SERGIO MORALES

El
M LI Siglo

La judeo-masonería
y la revolución mundial

ISBN 968-22156-X
Primera edición, 1994
Impreso en México
(Elaborado en 1992)

El Mito del Siglo XX

Tabla de Contenido

INTRODUCCIÓN

EL inicio de la era nuclear y la conquista del espacio exterior podrían ser considerados por las generaciones venideras como los acontecimientos del siglo XX, mientras que para otros la revolución sexual de los jóvenes, el movimiento feminista, el fenómeno ovni o la destrucción del equilibrio ecológico quizá despierten mayor interés.

Quienes presenciamos este espectacular periodo debemos reconocer, sin embargo, que ningún hecho social caracterizó ni convulsionó tanto la historia de nuestro tiempo como el fenómeno del comunismo, cuyo principio revolucionario reclama la destrucción del orden social capitalista existente.

Aunque el proyecto del comunismo parece cancelado y sin posibilidades de resurgimiento tras el colapso del bloque soviético durante la última etapa de la Guerra Fría (cuando las perspectivas de la izquierda de ayer no eran las de hoy), al mismo tiempo que la "aplanadora" marxista avanzaba alegremente por todas partes, los días del capitalismo se daban por contados y los intelectuales en Occidente no hablaban de otra cosa que del "cambio social", "el fin de la explotación del hombre por el hombre", "la racionalización de la economía" o "el reparto equitativo de la riqueza".

Durante este periodo, la expansión del comunismo no había llegado tan lejos desde el fin de la II Guerra Mundial. Muchos países, como Vietnam, Corea, Camboya, Cuba y casi toda Europa Oriental, ya habían caído en la órbita soviética, y otros estaban cerca de hacerlo: Nicaragua, Afganistán, Angola, El Salvador, etcétera. En los demás, o se estaba abandonando la economía de mercado o habían triunfado partidos políticos de izquierda, casos de Francia, Grecia o Italia, en medio de una avalancha ideológica que inundaba a la prensa, a las universidades y a los partidos políticos. Prácticamente, el último bastión del capitalismo se reducía a unos cuantos países con Estados Unidos a la cabeza, a punto de perder

la Guerra Fría. Ahora está claro que si no ocurrió así, fue porque el triun fo mundial de la izquierda era más aparente que real.

La revelación de la aterradora realidad tras el fin del bloque comunista hizo caer la venda de los ojos a los incrédulos, aunque las insuperables crisis por las que atravesó este movimiento político-social fueron evidentes desde un principio. Lo más sorprendente no es el que tantos ideólogos y jefes de Estado hayan respaldado a un sistema político "equivocado", sino el que se haya apartado la vista ante la montaña de mentiras sobre la que se edificó el socialismo.

Sin hablar de los extravíos en los que incurrió el marxismo, las incongruencias que caracterizaron a los regímenes comunistas son conocidas desde sus orígenes. ¿No fue acaso Trotsky el primer disidente en señalar que en Rusia se había establecido el capitalismo de Estado en lugar del socialismo, y que la supuesta dictadura del proletariado era más bien la dictadura sobre el proletariado?

Pese a los deslumbrantes éxitos de la Unión Soviética en materias de armamento, de deportes y de tecnología espacial, las limitantes y aberraciones de este "gigante con pies de barro" eran perfectamente conocidas. El fracaso de la agricultura colectivizada que obligaba a la importación de millones de toneladas de cereales año tras año para alimentar a los pueblos eslavos, la escasez en general y el bajo nivel de vida de las economías planificadas no fueron un secreto para nadie; inclusive, en Occidente se denunció que en los llamados países socialistas las clases sociales estaban lejos de desaparecer, contrariamente a lo que se pretendía, ya que la burocracia, o la "nueva clase" —como la llamaba el disidente yugoslavo Milovan Djilas--, se había erigido sobre el proletariado como una nueva capa social privilegiada.

No obstante, a todo aquel que tuvo la osadía de sostener que en Rusia la opresión y la dictadura prevalecían sobre la libertad y la democracia fue arrojado a los pelotones de fusilamiento o a los campos de concentración, al mismo tiempo que en Occidente se le tachaba de fascista o reaccionario. El hecho de que en 1939 las democracias occidentales hayan lanzado la mayor cruzada de la historia contra los regímenes autoritarios de Hitler y Mussolini para "regalarle" la victoria a Stalin, de cuyo gobierno arbitrario se hicieron cómplices después, resulta inconcebible. ¿Alguién sabía que mientras los delegados de la UNESCO se pusieron de pie el 29 de noviembre de 1966 para dar un prolongado aplauso en me-

moría de Lenin, la cifra de detenidos políticos en Siberia se calculaba en más de diez millones de personas?

Al hacer caso omiso de la cruda evidencia, para "los campeones" de la libertad y la democracia en Occidente fue insuficiente el aplauso tributado a los regímenes totalitarios; no conformes con las campañas antibelicistas para el desarme unilateral de Occidente, hicieron hasta lo imposible por imitar el modelo social soviético. La estatización mundial de la economía durante la década de 1970 encaminó el primer paso para la socialización internacional de la producción. El inconveniente fue que la receta fracasó, y el resultado inflacionario y deficitario de la economía dirigida condujo a una de las mayores crisis que registra la historia.

Lo paradójico de esto es que la responsabilidad del desastre no se atribuyó a quienes lo provocaron, es decir, a los discípulos de Marx y de Keynes (este último instigador de la política económica inflacionaria), sino a la "decadencia del capitalismo", cuya caída se consideraba inminente.

Contra lo esperado, antes de que la crisis tocara fondo, en Occidente surgió el neoliberalismo y el capitalismo se salvó abandonando la economía de Estado; mientras que los regímenes "socialistas", arruinados por la escasez y las bajas tasas de crecimiento económico, aunada la falta de libertad y democracia, fueron barridos por sus propios pueblos. Hasta entonces reconocieron muchos intelectuales que el orden social con el que se habían identificado no había traído al mundo la justicia y la abundancia, sino la represión y el genocidio.

La historia de este absurdo todavía está lejos de conocerse en todos sus pormenores. Pese a la *perestroika* y a la desestatización de la economía en Occidente, subsisten poderosos intereses a nivel internacional que se resisten a deslindar cierta responsabilidad histórica. *El mito del siglo* XX —que no es una apología del capitalismo— sintetiza esta trama, en la que los judíos y la masonería desempeñaron un papel preponderante *—del que no nos hablaron los ideólogos de la revolución.*

CAPÍTULO 1

Los orígenes del socialismo

El socialismo, fundado en el principio que tiende a establecer la igualdad social mediante la propiedad colectiva de los medios de producción, la racionalización de la economía a partir de la crítica del individualismo y lo que se considera como la anarquía de la producción, en general es un conjunto de teorías y doctrinas que se inicia a fines del siglo xvIII como reacción contra la injusticia y la desigualdad social del capitalismo liberal; sistema al que pretende suprimir a través de la vía revolucionaria o reformista.

No obstante las tentativas revolucionarias efectuadas hasta el presente para la implantación de dicho orden social, más que una realidad, el socialismo sólo subsiste como un ideal.

Los antecedentes del principio colectivista se remontan a los orígenes de la sociedad humana, puesto que durante esta etapa de la historia el orden social que prevaleció fue el comunitarismo; práctica que posteriormente adoptaron las primeras comunidades cristianas de Jerusalén, el sistema comunal del *ayllu* de la región incaica y los ejidos de propiedad comunal durante la dominación española en América.

Las primeras ideas socialistas, por otra parte, han sido atribuidas a Platón, incluso cuando sus ideas sobre la comunidad de bienes —asignada exclusivamente a la clase dominante— contradicen el principio de igualdad; toda vez que en la sociedad ideal de Platón ni siquiera desaparecen las clases sociales que el marxismo actual pretende suprimir. Incongruencia a la que se podría añadir la falta de realismo de su modelo social, más apegado a la imaginación que al análisis.[1]

---

1 En la sociedad ideal de Platón —que no rompe con la esclavitud— la vida conyugal de las clases superiores queda bajo el control de los magistrados, quienes prescriben la mujer de cada cual, y hasta los periodos de relaciones sexuales de las parejas. Los hijos "ilegítimos", nacidos fuera de estos límites, están excluidos de su esquema social.

Con la aparición del socialismo francés de fines del siglo XVIII, los reformadores sociales de este periodo superaron con creces a Platón, aunque discurrieron en nuevos proyectos de fantasía social sin historia ni análisis; pero la crítica de la desigualdad y la injusticia de la sociedad de su tiempo fue el punto de partida del socialismo contemporáneo.

El medio en el que se originaron estas ideas —la revolución francesa—, contenía ya el germen del socialismo, pues si bien los intereses que representaba tal revolución (los de la burguesía) aparentemente tienen poco que ver con el socialismo, los ideales de libertad, igualdad y fraternidad a la larga se convirtieron en plataforma de una revolución más radical. Tendencia a la que contribuyó el incumplimiento de estos principios, pues por más que la revolución suprimiese la injusticia feudal, mientras permaneciese intacto el derecho tradicional de propiedad (según objetó el marxismo) no se cumplirían los ideales de la revolución, especialmente en lo que se refiere a la igualdad. No tiene nada de extraño, por consiguiente, el que debido a esta insatisfacción surgiese entre los utopistas franceses la idea de extender la revolución hasta sus últimas consecuencias; en parte también como una continuación lógica de la corriente racionalista del siglo XVIII.

Esta toma de conciencia revelaría su importancia al pasar a formar parte, junto con la filosofía clásica alemana y la economía política inglesa, del cuerpo de ideas en el que se apoyó Marx para estructurar su teoría socioeconómica, a pesar de la inconsistencia del socialismo francés. Al que más adelante calificó de utópico, por sus argumentos sin teoría ni razonamientos basados en la imaginación, y por los medios a los cuales recurría para intentar hacer realidad sus reformas sociales: la persuasión moral o el terrorismo, por ejemplo.

Bajo una atmósfera de fantasía fue como Fourier (quien criticaba el egoísmo de la civilización) llegó a concebir un mundo en el que en vez de guerra habría concursos gastronómicos, sin más argumentos que la organización de la sociedad en *falanges*[2] de hombres, mujeres y niños afines entre sí, como si solamente se tratara de poner manos a la obra para

[2] Así denominaba Fourier a la comunidad de familias asociadas para las tareas agrícolas, industriales, artísticas, etcétera.

hacerlo realidad. Enfrentado a la ingenuidad de semejantes argumentos, Marx señalaría después que "Fourier era un hombre bien intencionado creador de mitos".

De todos los utopistas franceses, fue el conde de Saint-Simon quien demostró tener mayor congruencia. Este enemigo acérrimo de la propiedad privada supo comprender que los cambios operados en la estructura de la sociedad de ningún modo obedecen al capricho o al azar, sino a las leyes de desarrollo social —desconocidas en su tiempo—, en las que hizo hincapié para su estudio con el objeto de integrar una nueva ciencia de la sociedad. Quien mayor influencia habría de ejercer en el movimiento socialista del siglo Xix, sobre todo en la corriente anarquista, no fue Fourier (quien ni siquiera preconizaba la abolición de la propiedad privada), ni Saint-Simon (quien creía ingenuamente en la compatibilidad de intereses entre los dirigentes de la industria y los obreros), sino otro conocido reformador (todavía menos congruente por su ambiguo concepto de la propiedad): Proudhon, entusiasta partidario del estudio de la ciencia social postulada por Saint-Simon, aunque no se distinguió por la claridad de sus ideas.

Es a Proudhon a quien hay que atribuir la mayor invectiva contra el derecho a la propiedad de los medios de producción: "La propiedad es un robo", afirmaba en su famoso ensayo de 1840 ¿Qué *es la propiedad?* Asimismo, en contra de la propiedad colectiva, abogó por la posesión de los medios de producción del pequeño agricultor y de los artesanos. Lo paradójico es que predominó a tal grado este último punto de vista, que Proudhon acabó combatiendo las ideas comunistas y la propiedad estatal. A pesar de semejante contradicción, fue sorprendente la popularidad que alcanzaría más tarde, principalmente en la revolución de la Comuna de París.

La inconsistencia de estas ideas, sumada la de otros célebres refor madores (situación de Robert Owen en Gran Bretaña o de Weitling en Alemania, quien se inspiraba en el cristianismo primitivo, malinterpre tándolo), acabaría por desaparecer ante la llegada del marxismo. Por eso es que el mérito de la utopía premarxista, antes que una decisiva contri bución a la causa del comunismo, consistió en haber "encendido la me cha" del futuro movimiento a partir de la crítica de la injusticia de la sociedad burguesa basada en el capitalismo liberal. Así sabrían apreciar lo Marx y Engels, quienes combatieron la inmadurez intelectual de los

precursores del socialismo, pero no desdeñaron este antecedente desde el cual se originó su propia concepción sobre el socialismo.

Un elemento de mayor alcance que las ideas del socialismo utópico, que condujo a través de Marx a la única teoría socialista que trascendió, y a la que debemos la importancia del comunismo del siglo XX, fue la influencia de la filosofía hegeliana.

A fines del decenio de 1830, en el siglo XIX, antes de que Marx hablara en nombre del comunismo, Hegel (el máximo exponente de la filosofía clásica alemana) había llevado al idealismo al "pináculo de la gloria". La impresionante síntesis intelectual a la que había llegado este filósofo representaba, ni más ni menos, la tentativa de ser una conclusión de la filosofía; tarea que, apoyada en el método dialéctico, implicaba la arrogante pretensión de haber resumido la historia de la filosofía, e incluso la filosofía de la historia.

En ese entonces, en pleno apogeo de esta escuela (que se había ganado el[3] reconocimiento como la filosofía oficial del Estado prusiano), Marx, entusiasmado, frecuentaba el círculo de los "jóvenes hegelianos" (fracción opuesta a los ortodoxos pietistas; y que representaba el ala izquierda de los discípulos del gran filósofo, pero que, insatisfecha por el conservadurismo en el que había redundado una enseñanza que otrora se prometiera dinámica, había reaccionado en contra de la religión). Hasta ese momento los principios fundamentales del sistema hegeliano habían sido respetados como dogmas intangibles y la relativa unidad en torno al maestro había permanecido a salvo.

La hora de la disolución llegó con la restauración del materialismo por Feuerbach. El rechazo de este filósofo a la concepción de la naturaleza como simple enajenación de la idea absoluta, en contra de la cual sostuvo que ésta existía con independencia de la conciencia, además de su crítica a un sistema alejado de la vida y fundado exclusivamente en el pensamiento abstracto, fueron determinantes para Marx, quien se adhirió rápidamente al materialismo feuerbachiano. Tiempo después, en 1842, a través de su colaboración en la Gaceta Renana, el

[3] Engels llegaría a afirmar años después que sin la existencia de la filosofia clásica alemana, sobre todo la de Hegel, el socialismo científico alemán no se hubiese fundado.

órgan o de la burguesía radical que aspiraba a la supresión del feuda lismo en Alemania, pudo constatarse su rechazo al lado reaccionario del hegelianismo, sumado al despertar de su conciencia revoluciona ria

En contra de la concepción hegeliana del Estado como encarnación del espíritu universal, Marx percibió que en realidad sus leyes solamente servían para proteger a las clases privilegiadas, a la par que los pobres eran sacrificados a la "mentira legalizada".

"Reivindicamos para los pobres el derecho consuetudinario —escribió en uno de sus primeros artículos—. Y, yendo todavía más allá, afirmamos que el derecho consuetudinario, por su propia naturaleza, sólo puede ser el derecho de una masa humana desheredada, desorganizada".4

La ruptura hacia una teoría que entendía la realización de la "verdadera libertad humana" dentro de los límites del Estado nacional, no podía ser más radical. Ahí donde Hegel había encontrado un eje de confluencia en el que se conciliaban las clases sociales, es decir, en el Estado, Marx encontró el instrumento de coerción de unas clases por otras; aunque, por otra parte, ciertas especulaciones suyas sobre algunos conceptos abstractos, como la "universalidad", "totalidad" y "alienación", expuestos en sus primeras obras, evidencian rasgos de la herencia hegeliana.5

En torno a estos conceptos giraba la respuesta que dio Marx para realizar la "vocación de la humanidad". Si en la *Crítica del derecho* de Hegel el individuo aparecía en una situación contradictoria por su imperfecta participación de la universalidad, limitada al voto electoral de cada cuatro o cinco años, Marx atribuía básicamente esta imperfección a la división de los miembros de la sociedad civil entre sí a la propiedad de los medios de producción, que situaba a unos individuos al servicio de otros.

Por lo que se refiere a la alienación (palabra que significa llegar a ser extraño a sí mismo ; cuando el individuo deja de reconocerse en su

---

4 **F.** V. Konstantinov, *Fundamentos de la filosofía marxista,* p. 93.

5 Si bien Marx se había convertido en el detractor de Hegel, en su crítica recalcitrante subsistía un fondo filosófico-moral. Marx reconocía que bajo la concepción hegeliana, en la que se resumía la totalidad de la historia, la filosofía clásica había llegado a su término; pero después de haber elevado la experiencia de la humanidad a la conciencia explícita, el hombre todavía no había cobrado conciencia de su vocación.

actividad y en sus obras), también es reprochada a la propiedad privada de los medios de producción, y se manifiesta en cuanto el trabajo deja de ser la expresión del hombre y se degrada a la condición de simple medio de vida.

De forma similar, la "mutilación" producida por la división del trabajo se atribuye al modo de producción capitalista, porque el "hombre total", el hombre no-alienado por las condiciones inhumanas de la especialización del trabajo, únicamente será posible —según Marx— tras la supresión de la propiedad privada de los medios de producción mediante una capacitación más variada en las funciones del obrero. Empero, lo que omitieron Marx y sus divulgadores, es que si la eficiencia y la elevada productividad de la sociedad industrial se debe a la división del trabajo, entonces ¿bajo qué sistema la sociedad socialista superaría la elevada productividad del capitalismo?

En 1845, vía *La ideología alemana* (escrita en colaboración con Engels, su colega inseparable desde 1842) aparecieron los fundamentos del materialismo histórico, y con ellos la antítesis de Hegel. De acuerdo con la nueva concepción del mundo —que rompió con toda una tradición de filosofía, desde Platón a Hegel—, ya no había razón para buscar los orígenes del devenir de la sociedad en las ideas de los hombres o en la voluntad divina.

"Los fantasmas del cerebro humano son sublimaciones necesarias del proceso material de vida de los hombres, el cual puede ser empírica mente constatado sujeto a bases materiales. La moral, la religión, la metafísica y todo el resto de la ideología, juntamente con las for mas de conciencia correspondiente, pierden con ese hecho cualquier apariencia de existencia autónoma. No tienen historia ni desarrollo pro pio, son los hombres los que desarrollando su producción material y sus relaciones materiales modifican, junto con su existencia real, el pensa miento y los productos del pensamiento. No es nunca la conciencia lo que determina la vida, sino la vida lo que determina la conciencia".6

[6] C. Marx y F. Engels, *La ideología alemana,* México, Ediciones de Cultura Popular (Biblioteca Marxista), p. 37.

La ruptura con el idealismo era categórica. Una célebre sentencia de Marx, la "XI tesis sobre Feuerbach", sintetiza el punto de partida del materialismo marxista:

"Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo".7

Como una excepción y un vestigio de la vieja filosofía, solamente la dialéctica, incorporada a la concepción materialista, sobrevivió a la crítica demoledora; pues la novedad, que había introducido Marx ante el materialismo mecanicista —aunque opuesta a la versión metafísica de la dialéctica de Hegel—, consistía en su reconocimiento pero no como una "ley pura del pensamiento otorgada a la naturaleza desde lo alto", sino como la ley natural inherente al mundo de los fenómenos.

¿A que se debía la importancia que Marx había atribuido a la dialéctica?

La respuesta es clara. Al igual que en el sistema hegeliano, Marx seguía considerando la contrariedad como la fuente del acontecer histórico; sólo que lo que para Hegel significaba la causa, el espíritu, para Marx era resultado de la naturaleza. Así, bajo la acción de este principio, la historia de la sociedad desde el esclavismo hasta el capitalismo, pasando por el feudalismo, aparecía como el resultado de sus propias contradicciones. Apoyándose en ellas, Marx logró mediante su investigación la primera teoría socialista basada en las leyes de la dialéctica. Con estos antecedentes, la concepción de la sociedad comunista, es decir, la sociedad cimentada en la supresión de la diferencia de clases, ya no surgía como resultado de la utopía o de la imaginación, provenía como desenlace de las contradicciones de la sociedad antagónica; o sea, de la sociedad de clases cuya contradicción esencial se inicia a partir de la apropiación del fruto del trabajo ajeno, de donde se deriva la lucha de clases.

Aunque Marx y Engels estaban lejos de la etapa de investigación de *El Capital,* en el *Manifiesto del partido comunista,* publicado en 1848 bajo encargo de la *Liga de los Comunistas,* si aún no representaba un trabajo de carácter científico y sí un panfleto de tipo propagandístico, de

C. Marx y F. Engels, "Tesis sobre Feuerbach", en *Obras escogidas*, p. 26.

todas formas en él aparecen expuestas por vez primera sus ideas funda mentales.

En contraste con el socialismo utópico, las tesis teóricas de dicho manifiesto "no se basan en las ideas o los principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo",[8] sino en las condiciones de la lucha de clases del capitalismo, cuyo enfrentamiento tarde o temprano —afirma— dará cuenta del actual sistema y conducirá al socialismo. La lucha de clases, por otro lado, no es característica exclusiva del capitalismo, sino de la "historia de todas las sociedades hasta nuestros días".[9]

Considerada por Marx como el motor de la historia, la lucha de clases "terminó siempre en la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna".[10]

"Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta".[11]

La sociedad burguesa actual, sucesora del extinto régimen feudal, lejos de sustraerse a dicho antagonismo tampoco ha suprimido las contradicciones de clase; simplemente ha reemplazado las viejas clases y formas de opresión por otras nuevas, caracterizándose, en cambio, de las anteriores formaciones sociales por la simplificación de las clases en dos grandes campos irreconciliables: la burguesía y el proletariado. En cuanto a las demás clases, van degenerando y tienden a desaparecer con el desarrollo de la gran industria.

La dominación de clase de la burguesía, empero, ha puesto en movimiento fuerzas productivas más abundantes y poderosas que se hubieran podido imaginar en el pasado: la producción en serie, gracias a la intervención del proletariado y la maquinaria; la tecnología y la ciencia al servicio del progreso; la revolución de las comunicaciones a partir de la navegación a vapor, los ferrocarriles y el telégrafo.

---

[8] C. Marx y F. Engels, *Manifiesto del partido comunista*, p. 43.

[9] Ibíd., p. 32.

[10] Ibíd., p. 33.

[11] Ibíd., p. 41.

Aun con todos estos medios a su disposición, el desarrollo del capi talismo no es ilimitado, ni su reinado eterno. Por grande que pueda re sultar el impulso de la burguesía al sistema, al alcanzar los medios de producción cierto grado de desarrollo las relaciones de produc ción (burguesía-proletariado) entran en contradicción con las fuer zas productivas y se convierten en un obstáculo para el progreso, que a la postre conduce a la supresión del capitalismo mediante la revo lución social; de la misma manera que la nobleza feudal se convirtió en un freno para el progreso que precipitó la revolución de 1789.

El germen autodestructivo de las contradicciones de clase, por ende, no es fatalidad exclusiva del capitalismo; es el azote de todas las socieda-des de clase cuyas fuerzas productivas cesaron de favorecer al régimen de propiedad vigente.

La sociedad burguesa actual, afectada por este germen autodestruc-tivo, sobrevive únicamente a costa de continuas crisis comerciales en las que amenaza con desplomarse este orden social; a lo que hay que agregar la creciente explotación del proletariado, el cual tiende a sublevarse aisladamente a medida que cae en la miseria, hasta que después, unificado por la gran industria, se rebela en masa contra la burguesía. En esta forma es como el capitalismo "produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables".12

Hasta aquí algunas de las ideas fundamentales del Manifiesto, opúsculo brillante e incendiario que tanta influencia ejercería en Europa y en el mundo entero. A través de él, Marx y Engels dieron una imagen descarnada del capitalismo del siglo XIX e intentaron, asimismo, señalar los derroteros de este sistema.

Si en confrontación con la realidad, las previsiones de Marx y Engels hasta ahora han resultado desapegadas a los hechos, no ha de perderse de vista la advertencia ulterior de Marx cuando afirmó que las leyes o tendencias enunciadas en el volumen I de *El Capital* (que ratificaban la postura del *Manifiesto),* no debían ser interpretadas como predicciones concretas del futuro en virtud de su alto nivel de abstracción, dado que

su validez relativa dependía de las modificaciones ulteriores al llegar el análisis al nivel de lo concreto. (Más adelante, en los capítulos VII, VIII y IX, abundaremos en más detalle estas vicisitudes.)

CAPÍTULO II

Los orígenes del movimiento obrero

EN Inglaterra, cuna de la moderna sociedad industrial, el carácter explosivo de la industrialización se manifestó desde sus comienzos. Gracias a la sustitución del carbón vegetal por el coque en los altos hornos, la producción de hierro se triplicó entre 1788 y 1806. La construcción de mejores carreteras y de canales para los vapores marítimos hicieron posible el transporte de la creciente producción metalúrgica, necesaria para el desarrollo de otras industrias como la minería, los ferrocarriles o la producción textil. De este modo, los orígenes de la nueva sociedad, basada en la producción en serie, se encontraban en plena gestación.

Detrás de este despliegue de técnica y progreso, trabajando bajo condiciones extremas, "de sol a sol", se encontraba como protagonista de esta empresa una nueva clase social en sustitución de los antiguos talleres artesanales: el proletariado. Las precarias condiciones de vida de esta nueva clase, a menudo por debajo del nivel de subsistencia, representan el más vergonzoso rasgo del capitalismo en los inicios de la Revolución Industrial.

En Gran Bretaña, escenario de la mayor explotación del hombre por el hombre, los obreros trabajaban turnos de hasta 16 horas a cambio de un mísero salario; en lúgubres factorías desprovistas de ventilación o calefacción adecuadas, aparte de la falta de seguridad contra los frecuentes accidentes de trabajo. Tarde o temprano, este sistema de producción fabril, en el que también participaban mujeres y niños devengando salarios aún más bajos y en condiciones infrahumanas, habría de extenderse por Europa y los Estados Unidos, aunque con menor rapidez. En Francia, por ejemplo, la industrialización tardó en difundirse plenamente. En los Estados Unidos, debido a la abundancia de tierras baratas y a la escasez de trabajadores, la explotación de los obreros no llegó a sus peores extremos. En Alemania, durante la primera etapa del siglo XIX tampoco se verificó

ningún salto industrial extraordinario, con todo y que la producción de carbón se incrementó de 300 000 toneladas en 1800, a 6 700 000 en 1850; y la del hierro, que pasó de 40 000 a 90 000 toneladas en el mismo periodo. De cualquier manera, la difusión de la industria significaba otro acontecimiento irreversible: la difusión del proletariado.

En Prusia, entre 1801 y 1858, el número de artesanos dependientes se elevó de 110 000 a más de medio millón, mientras que la cifra de trabajadores que emigraron a las fábricas oscilaba en alrededor de medio millón. La competencia resultó ruinosa para los artesanos, quienes se vieron en la necesidad de enviar a trabajar a sus mujeres e hijos, después de aumentar su propia jornada.

Ante este estado de cosas, la resignación de la clase obrera no podía durar demasiado. En 1802 y en 1811 se produjeron en Austria las primeras huelgas contra el sistema, y en 1809 fue necesaria la intervención de la policía para impedir la destrucción de una máquina para fabricar paños por una turba de trabajadores exasperados; a la vez que en Gran Bretaña, en 1815, ocurrieron graves disturbios y destrucción de máquinas a causa de una crisis económica de sobreproducción, por lo que muchos obreros se habían quedado sin trabajo.

Todas estas protestas contra la injusticia social, carentes de coordinación, dificilmente podían pasar de meras tentativas de reforma laboral sin el recurso de una estrategia de dimensiones políticas adecuadas. Es cierto que, posteriormente, mediante la huelga y los sindicatos, que se convertirían en las mejores armas de los obreros, mejoraría notablemente la situación económica. Pero más allá de cuanto pudiesen lograr los trabajadores reducidos a sus limitadas posibilidades, solamente los comunistas —quienes tenían planes de mayor alcance para el proletariado— poseían la capacidad necesaria para unificar y dar fuerza al movimiento obrero. El encuentro entre unos y otros, en la *Liga de los Comunistas* de 1847, representó el principio del movimiento obrero organizado, y del comunismo como fuerza activa.

La Liga de los Comunistas

Los ORÍGENES de la *Liga de los Comunistas,* con la que se inició el movimiento socialista moderno, datan de 1834 a resultas de la represión contra la organización de la lucha obrera en los estados de la federación alemana;

contrariedad que no logró impedir la integración de la *Sociedad de los Proscritos* por un grupo de intelectuales y artesanos exiliados en París, dispuestos a reanudar la lucha desde el extranjero.

Otra sociedad que surgió de esta misma célula de origen, pero encaminada más bien a la discusión teórica que a la lucha política, fue la *Sociedad de los Justos;* integrada en 1836 y cuyo objetivo, situado más allá de las demandas laborales, consistía en el aniquilamiento de la burguesía por el proletariado como condición necesaria para el establecimiento de una nueva sociedad basada en la supresión de los privilegios y de las clases sociales.

En 1839, con motivo del asalto de los arsenales de Saint Denis y Saint Martin, en **el** que se vio implicada la *Sociedad de los Justos,* los contactos de la organización lograron extenderse más allá de París a raíz de la persecución que se desató contra sus prosélitos y que llevó a algunos de ellos a refugiarse en Londres; ciudad en la que fundaron otra rama de la organización, a la que se adhirieron pronto simpatizantes de otras nacionalidades. Marx y Engels, quienes hasta ese momento se habían mantenido apartados de las sectas socialistas, recibieron una invitación para afiliarse a la facción londinense en 1847 vía el relojero Joseph Moll. Aunque Marx criticaba inicialmente cierta oscuridad ideológica de la sociedad, como la invitación se acompañó de una propuesta para redactar un programa que sería publicado oficialmente, Marx y Engels aceptaron finalmente.

Una vez dentro de la *Sociedad de los Justos,* la influencia y personalidad de los fundadores del "socialismo científico" se hizo sentir. En junio de 1847, para distinguirse del "socialismo burgués", el nombre de la sociedad se sustituyó por el de *Liga de los Comunistas;* y unas semanas antes de la Revolución Francesa de febrero de 1848, fue aprobado y publicado el programa expuesto por Marx y Engels con el título de *Manifiesto del Partido Comunista.*

La existencia de la *Liga de los Comunistas* no tuvo larga vida. Su objetivo, además de la agitación y la conscientización teórica, consistió en difundir por vez primera la idea de la solidaridad internacional del proletariado. A continuación de la agitación política europea de 1848 y las persecuciones y procesos que se desataron en contra suya, la liga se disolvió en 1852 a instancias de Marx.

Respecto a los sucesos revolucionarios de 1848, más que el afloramiento de una causa popular, representaron el retroceso del Antiguo Régimen frente al avance del liberalismo burgués; además de la tendencia europea a la creación de Estados nacionales, lo que relegó a segundo término las reivindicaciones de la clase trabajadora. En Francia, por ejemplo, el general Cavaignac derrotó a los trabajadores socialistas que intentaban apoderarse de la nueva república; y en Alemania, mediante un acuerdo entre Austria y Prusia, se restableció la *Liga Alemana* en la forma en que había existido hasta 1848.

Frente al poder absoluto restablecido, la presión del liberalismo supo contemporizar a tiempo, beneficiándose con ello de la protección de la ley del Estado, que hizo posible la realización de la economía burguesa.

El precio de la paz restablecida no significaba para los obreros otra cosa que la reanudación de la rutina en iguales condiciones de privación y miseria; pero para la burguesía representaba una oportunidad más para continuar su enriquecimiento, obtenido con el acelerado desarrollo de las fuerzas productivas.

La extrema desigualdad de la distribución de la riqueza puede evidenciarse —como lo demostró Marx posteriormente en la alocución inaugural de la I Internacional— si comparamos las crecidas cifras dadas por Gladstone en sus discursos sobre el presupuesto de Gran Bretaña con las estadísticas oficiales de los libros azules, en donde consta la insignificante participación en los ingresos por el proletariado. Situación análoga a la que prevalecía en otros países europeos en proceso de industrialización.

Con la disolución de la *Liga de los Comunistas* desapareció el primer intento de unificación de la lucha del proletariado europeo, subsistiendo tras su ocaso otras asociaciones revolucionarias de menor importancia, como los *Fraternals Democrats* (Demócratas Fraternales), disueltos más tarde durante la guerra de Crimea; o la *Asociación Internacional,* que logró congregar a varias agrupaciones obreras de algunos países de Europa.

Entre tanto, la presión de los obreros en Londres concentraba sus esfuerzos por la reducción de la jornada a 9 horas; a la vez que sus patrones, en deliberada violación de la legislación laboral, conminaban a las mujeres y a los niños a trabajar hasta 14 ó 16 horas diarias, cuando ya la ley había establecido un límite de 10 horas para ellos.

CAPÍTULO III

La 1 Internacional

ANTE las referidas precarias condiciones de la clase obrera durante su etapa de gestación, el proletariado sentía cada vez más la urgencia de una organización de alcance internacional para solucionar sus penurias, inquietudes y necesidades.

La crisis algodonera producida en Gran Bretaña a causa de la guerra civil en Norteamérica (crisis que se manifestó en el desempleo de obreros de la industria textil, además de la práctica extendida en los empresarios ingleses de recurrir al "esquirolaje" para combatir la inconformidad y oposición de los obreros), volvió imprescindible la reactivación de las *tradeunions(primeras* organizaciones sindicales obreras, aunque carentes de plena existencia de derecho).

Las *tradeunions* ya habían organizado una manifestación en la primavera de 1864, dirigida contra los planes de intervención a favor de los estados sudistas en el conflicto americano; protesta que influyó para la disuasión de los propósitos intervencionistas.

Una sublevación de los polacos en 1863 contra la opresión del imperio ruso vino a estrechar más los lazos de solidaridad de los obreros, que entre tanto les manifestaron su apoyo en los mítines de homenaje que se celebraban en Londres, año con año, en el aniversario de la revolución polaca de 1830. La lucha por la independencia de Polonia había gozado en Europa de popularidad, y ese año los festejos conmemorativos alcanzaron especial realce.

Unos días después, en un comunicado de agradecimiento a la delegación francesa por su participación —aparentemente sin gran importancia—, Odger se refirió al principal problema con el que se enfrentaba el proletariado insular sobre el recurso de sus empresarios de contratar obreros "rompe huelgas" traídos desde el continente; medida que contribuía a deprimir el salario del obrero inglés. "Esto ocurre no por mala voluntad de nuestros hermanos del continente europeo —mencionó Odger—, sino por falta de contacto regular y sistemático de la clase obrera de todos los países".1

El comunicado señalaba también, como causa de estas irregularidades, la ausencia de una asociación, en cuya necesidad se hacía hincapié para coordinar la cooperación y la comunicación internacional de los obreros.

Fue tal el eco que la lectura de la carta encontró en las fábricas y talleres de París que se decidió dar una respuesta personal por medio de una comisión obrera, para la que se reunieron los fondos necesarios para sus gastos.

En Londres, para recibir a la delegación francesa, se preparó una asamblea a la que asistieron representaciones de Suiza, Alemania, Italia y Polonia el 28 de septiembre de 1864. En el local, Tolain dio lectura a la nota enviada por los franceses. Después de la salutación protocolaria, acompañada de una apasionada apología sobre la libertad de Polonia, exhortó a la unidad de los "trabajadores que deseaban liberarse" y pronosticó asimismo el fin del "poder despótico".

Contra la degradación del obrero al nivel de las máquinas, Tolain afirmó: "Está surgiendo una esclavitud industrial que será peor que el sistema de esclavitud que destruyeron nuestros antepasados durante las grandes jornadas de la revolución francesa, si es que los trabajadores no se unen solidariamente".[2]

La asamblea acordó integrar un comité provisional para dar forma y programa a una asociación obrera, es decir, a la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Una vez integrado el comité que representaba a diversos países de Europa, se eligió una comisión que se encargaría de formular los estatu tos y el programa de la nueva organización; tarea que recayó sobre Guiseppe Mazzini, quien se identificaba más con el movimiento por la unidad en Italia que con la lucha de clases. [3] Por otra parte, sus ideas superficiales sobre el socialismo eran inadecuadas para el movimiento

1 K.-L. Günsche y K. Lanterman, *Historia de la Internacional Socialista,* p. 30.

2 Ídem.

3 Mazzini se separó más tarde de la Internacional y se convirtió en acérrimo enemigo de la lucha de clases.

obrero y no satisfacían los requerimientos y alcances de la Internacional, por lo que su programa fue rechazado.

El mérito de la redacción de los documentos relevantes de la I Internacional estaba reservado a Marx, quien ya había podido advertir que el comité obrero internacional que acababa de formarse no carecía de importancia.

Contra las esperanzas de muchos entusiastas fundadores de la Internacional, desde el principio se evidenció la amenaza de división en el seno del movimiento a causa de la diversidad de doctrinas que convivían en ella. En donde tenían cabida las *tradeunions,* los proudhonianos, los marxistas, los anarquistas y, en general, "todo aquel que reconozca y defienda los principios de la Asociación", según constaba en el estatuto número 9.

En aquel concilio cada quien hablaba en su "propia lengua": los proudhonianos pregonaban la anarquía "sin autoridad ni soberanos"; por su parte, los blanquistas pretendían la revolución como única alternativa para la creación de un nuevo orden social.

Por eso es que Günsche y Lanterman escribieron sobre el mitin del 28 de septiembre: "La Asamblea se guardó del intento de formular una definición de socialismo que hubiese podido atar a los miembros de la nueva organización, partiendo de la base de que tal intento habría significado el fin inmediato del movimiento recién creado".[4]

Marx estaba al tanto de la contrariedad reinante en el campo socialista; y, decidido a dar forma y unidad al movimiento que había de luchar por las urgentes reivindicaciones del proletariado, omitió en la alocución inaugural cualquier formulación ideológica que suscitara la controversia, aunque denunció la dominación burguesa de la clase trabajadora, cuya misión histórica —según manifestó en el preámbulo a los estatutos— ra[5]-dicaba en la "emancipación de la clase obrera por la propia clase obrera" así como la total supresión de cualquier dominio o privilegio de clases./

[4] **K.- L.** Günsche y K. Lanterman, *op. cit.,* p. 31.

[5] De acuerdo con el preámbulo de los estatutos

[6] Lo que no se menciona en dicho preámbulo es la tesis dogmática de la dictadura del proletariado como clase dominante de la sociedad socialista previa al comunismo. Aca-

En cuanto al alcance de la revolución proletaria, Marx escribió que: "la emancipación de la clase obrera no es un cometido local ni nacional, sino social que abarca a todos los países en los que existe la sociedad moderna":

El reclutamiento de los afiliados de la Internacional se cumplió sin mayores dificultades, de modo que para el Congreso de Basilea de 1869 se dio a conocer la existencia de 95 000 agrupaciones afiliadas a la organización. Desde un principio podía vaticinarse el éxito que le esperaba, dado que las condiciones creadas para ello se hacían cada vez más presentes: "La palanca más poderosa del gran auge experimentado por la Internacional durante estos años —escribió Franz Mehring— fue el movimiento general de huelgas producido en todos los países de desarrollo más o menos capitalista por el crac de 1866".8

En una carta dirigida a Kugelman el 23 de febrero de 1865, Marx expresó su satisfacción por el crecimiento de la Internacional, y sólo lamentó la competencia producida en Alemania por los prosélitos de la Asociación Obrera General de Alemania, establecida por Lasalle en 1863. Los seguidores de Lasalle pretendían las mismas transformaciones sociales postuladas por Marx, sólo que a través de la "vía pacífica y legal", es decir, por el sufragio universal. Por lo que se mantuvieron desde un principio al margen de la Asociación Internacional de los Trabajadores en razón de su discrepancia acerca de la transformación social; y aunque su actitud inicial fue de cordialidad ante la Internacional, posteriormente la agudización de sus diferencias habrían de alejarlas definitivamente.

Entre otras dificultades a las que tuvo que hacer frente la Internacional, la autosuficiencia financiera para la realización de su cometido fue uno de los obstáculos contra los que se tenía que luchar día a día. En las conferencias de Londres, en septiembre de 1865, se informó que durante el primer año de actividades apenas se habían logrado reunir 33 libras, siendo que para los gastos de propaganda y del primer congreso se calculaba que se necesitarían 150 libras. Desmintiendo falsas sobres

so se trate de otro camino de compromiso seguido por Marx para evitar fricciones.

Preámbulo a los estatutos de la Internacional.

F. Mehring, *Marx*, México, Grijalbo, p. 418.

timaciones que circulaban en los medios burgueses sobre los recursos de que disponía la Internacional, Engels reconoció que el comité no había dispuesto —casi siempre— más que de deudas. Sin embargo, los rumores exagerados sobre el supuesto poderío de la Internacional contribuyeron en más de una ocasión para resolver favorablemente algunos conflictos surgidos entre el capital y el trabajo. Tal y como sucedió una vez en una fábrica de metales de París, cuando el dueño de la empresa había despedido a 1 500 trabajadores y amenazado a otros 4 000 en represalia por la reciente creación de un sindicato. En cuanto la Internacional fue avisada de lo sucedido, se integró un fondo de donaciones que auxilió rápidamente a sus camaradas. Frente a este acto de solidaridad, los patrones retrocedieron e inmediatamente suspendieron el *look-out* (`la suspensión de trabajo por parte de los empresarios'). En otra ocasión, en Ginebra, con motivo de una huelga los trabajadores de la construcción demandaron la reducción de la jornada de 12 a 10 horas, y bastó el rumor de que la Internacional concedería préstamos de 40 000 francos al mes en apoyo a los huelguistas para obligar a los empresarios a emprender la negociación.

No obstante el mejoramiento de las condiciones de los trabajadores, alcanzado con el transcurso del tiempo, gracias al esfuerzo de la Internacional, el objetivo de esta organización, paralelamente al bienestar de la clase obrera, consistía en el derrocamiento del orden social existente, que tanto se pregonaba en la literatura comunista. Por lo que, no debe sorprender que la Internacional se viera muy pronto involucrada en la violencia antimonarquista.

A fines del mes de abril de 1870 fue descubierto por la policía imperial un complot dinamitero, que se decía estaba organizado por la Internacional contra la vida del emperador. La policía organizó una pesquisa, que se extendió por toda Francia, para la captura de los presuntos culpables. Esa ola de detenciones, que concluyó con una serie de sentencias inferiores a un año, fue acompañada del correspondiente proceso judicial.9

Acerca de este proceso existe un reporte del procurador general Gran Perret, publicado el 4 de mayo en el *Journal Officiel* (Jornada Oficial), en donde se da a la luz a cierta correspondencia que aparece comprometedora para los acusados.

Pese al proceso efectuado, y contra las pruebas presentadas en él, no ha faltado quien haya sugerido la duda sobre su autenticidad. Ciertos escritores, como Franz Mehring, al referirse al asunto, tildan el proceso de "tan burdo que ni los tribunales bonapartistas se lo hubieran tragado".[10] Hasta en los periódicos de la época llegaron a aparecer algunas insinuaciones que atribuían a la policía la trama de la conspiración.

La pretendida inocencia de la Internacional contrastaba con la exaltada literatura comunista, que no hacía un secreto de sus ideas subversivas. Veamos ahora, en una proclama de la Asociación Internacional de los Trabajadores, aparecida el 17 de mayo, cuál era la respuesta de los internacionalistas a las acusaciones:

"El gobierno exclama: 'Ustedes son los facciosos' y hace apresar a todos los que protestan; después dice: 'Nosotros hemos hecho hoy una buena obra, hemos suprimido el socialismo'.

"Así, para esa ceguera deliberada, el problema social se reduce a un problema de personas, y, suprimiendo a las que protestan, ellos creen haber acabado con la causa de las protestas. ¿Por qué no declarar por decreto que la miseria y las injusticias sociales quedan suprimidas a partir de este día?

"¿Cómo vienen ellos a hablarnos de complot? Nosotros no conocemos más que un gran complot: es el complot de todos los hambreadores del pueblo y la alta banca, de la gran industria y de la gran propiedad; y si existen perturbaciones en la sociedad actual, es a ese complot al que puede atribuírselas".11

De acuerdo con la versión partidaria del mito del complot terrorista, se ha pretendido —y así lo manifestó la misma Internacional— que la violencia ejercida sobre la sección francesa tenía por objeto la manipula ción del próximo plebiscito que iba a realizarse, y en el que el electorado francés habría de manifestarse por el imperio parlamentario o monárqui co. Franz Mehring (el biógrafo de Marx) llegó a comentar, a raíz del res tablecimiento del imperio, que gracias a las "medidas sensacionalistas de

10 F. Mehring, op. *cit.*, p. 456.

11 0. Testut, *L Internationale et le Jacobinisme au ban de L Europe* (La Internacional y el jacobinismo al asalto de Europa), tomo I, p. 85.

violencias" aplicadas a la Internacional triunfó el "fin indigno" al que servían. Al margen de este parecer, la inclinación de los franceses por el imperio era tan popular por aquel entonces que Napoleón III no tenía necesidad de reprimir a la Internacional para coronarse emperador. El resultado del plebiscito, que arrojó más de 7 millones a favor del imperio contra menos de medio millón, desmentía las pretensiones de Mehring. Los ideales socialistas de fraternidad internacional, en confrontación con los sentimientos nacionalistas predominantes del siglo XIX, estaban de masiado lejos como para ser comprendidos por la masa popular, más in clinada a la religión y a la dinastía que a los radicales que hablaban en su nombre. Más adelante, la impotencia de la Internacional ante el de sencadenamiento de la guerra franco-prusiana de 1870 mostraría la cru da realidad.

Acerca de la misión pacifista de la Asociación Internacional de los Trabajadores, el internacionalismo proletario hizo hincapié sobre su fir me propósito de unión y fraternidad universal. "Nunca olvidaremos —rezaba una máxima de la Internacional— que los obreros de todos los países son nuestros amigos, y los déspotas de todos los países, nues tros enemigos".12

La sección berlinesa declaró por su parte, en respuesta a un comunicado de los obreros franceses:

"Prometemos solemnemente que ni el toque de trompetas ni el tronar de los cañones, ni la victoria ni la derrota nos apartará de nuestra empresa común en pro de la unión de los trabajadores de todos los países".13

Para abogar por la paz dentro de la tradición militarista del siglo XIX, no bastaba con manifestarse en edificantes discursos. Sin la puesta en práctica de eficaces medidas de presión, los mejores deseos de la Internacional serían inútiles.

No se trata de culpar a la Asociación Internacional de los Trabaja dores por el desencadenamiento del conflicto, pero ésta se esforzó poco por hacer triunfar sus ideales, pues sus esfuerzos pacifistas se limitaron

[12] G. Nollau, *Las Internacionales,* Barcelona, Luis de Caralt, p. 24.

[13] **Ídem.**

a la publicación de un manifiesto de condena a la "guerra dinástica", la cual "sólo podía conducir a un despotismo a ambos lados del Rin", según se afirmaba.

La huelga general que se tenía prevista por el Congreso de Bruselas para el caso de una guerra, tampoco pudo realizarse a falta de apoyo obrero; mientras que en Alemania los diputados socialistas, salvo las abstenciones de Liebknecht y Bebel, votaron los créditos de guerra. Lo más sorprendente fue que la Internacional ratificó la actitud de los socialistas alemanes en vista del papel a la defensiva en el que se encontraban. Posteriormente, cuando las victorias alemanas de Metz y Sedán invirtieron el curso de la guerra, la Internacional reconoció a su vez a los franceses el derecho de defensa de su patria. La impotencia de la Internacional ante la avalancha militar era evidente.

Conscientes de esta fatalidad, al mismo tiempo Marx y Engels estaban conscientes de que una victoria de Prusia aportaría más beneficio al movimiento obrero europeo que la consolidación del bonapartismo. Si la guerra era inevitable, por lo menos habría que inclinarse del lado que más favoreciese a la clase obrera.

"Los franceses necesitan una zurra —escribió Marx a Engels—. Si los prusianos vencen, la centralización del Estado favorecerá la centralización de la clase obrera. Además, la supremacía alemana desplazará el centro de gravedad del movimiento obrero del occidente de Europa, de Francia a Alemania, y no hay más que comparar el desarrollo del movimiento en ambos países desde 1866 para acá, para convencerse de que la clase obrera alemana está por encima de la francesa, lo mismo en teoría que en organización. El triunfo de la primera sobre la segunda en la escena del mundo representaría a la par el triunfo de nuestra teoría sobre la de Proudhon".14

Engels respondió:

"Si Badinguet[15] triunfa, el bonapartismo se habrá consolidado para una serie de años y Alemania quedará destrozada para muchos años también y acaso para varias generaciones. Ya no habría que pensar en un

[14] F. Mehring, op. cit., p. 464.

[15] Engels se refiere en clave a Napoleón III.

movimiento obrero alemán autónomo; la lucha por restaurar la unidad nacional lo absorbería todo, y en el mejor de los casos los obreros alemanes irían a la zaga de los franceses. La victoria de Alemania daría al traste, desde luego, con el bonapartismo francés, acabaría de una vez con las eternas disputas por la restauración de la unidad alemana, los obreros alemanes podrían organizarse sobre una base nacional muy distinta de la de hoy, y los franceses, cualquiera que fuese el gobierno que se les deparase, tendrían siempre un camino más libre que bajo el bonapartismo".[16]

Con base en estos comentarios confidenciales, difícilmente podría acusarse de oportunismo a Marx y a Engels pero, a la luz de los hechos, el supuesto antibelicismo del internacionalismo proletario no debe confundirse con el rechazo a la violencia. No olvidemos que el comunismo ha proscrito todas las guerras, menos la propia.

[16] F. Mehring, *op. cit.*, p. 464.

CAPÍTULO IV

La Internacional y el fin del II Imperio

ANTES de la guerra franco-prusiana, último conflicto que hundió al régimen de Napoleón III, ya operaban en Francia fuerzas e intereses empeñados en el derrumbe del imperio. Las reformas liberales de 1867-1868, arrancadas a este régimen, habían dado a la opo sición nuevas armas para ser utilizadas en contra suya. Gracias a la libertad de prensa, por ejemplo, aparecieron en Francia 50 periódicos liberales o republicanos que, gozando de ese derecho, pudieron dirigir sus campañas de propaganda contra el II imperio.

De entre las fuerzas que acechaban el fin de Bonaparte en la antesala de la revolución, además de la Internacional, existía otro agente de influencia decisiva desde las jornadas de 1789: la francmasonería.

Esta "sociedad secreta", que bajo la cobertura esotérica-altruista había encubierto sus móviles políticos, presidía desde la clandestinidad, incluso antes de Marx, el racionalismo y la revolución política en contra de la monarquía. La actividad política de la masonería podrá resultar poco conocida para los profanos, pero la revolución francesa y los movimientos nacionales de independencia en Iberoamérica representaron el mayor golpe dirigido por la masonería contra el Antiguo Régimen.

La revolución de la Comuna, que estalló en Francia después de la derrota de 1871, fue un caso más entre tantos conflictos en los que se involucró esta orden en su lucha a muerte contra la monarquía, resultando como novedad la curiosa confluencia entre la masonería y el socialismo. El que algunos destacados dirigentes socialistas de la Comuna, como Félix Piat y Blanqui, militaran en la masonería fue significativo a este respecto.

Como preludio a la tragedia de la Comuna, los primeros brotes de agitación social estallaron en julio de 1870 y se extendieron a Neuvy y Arquian. Más tarde, en Marsella, a raíz de las noticias que comenzaron a llegar del frente, una multitud encabezada por un comité socialista

invadió el ayuntamiento en busca de armas "para resguardar las fronteras", según aducían. Después de un encuentro sostenido contra la policía, algunos de los autores del enfrentamiento resultaron ser miembros de la Internacional: Combes, Alerini, Maviel, Pillard, Vieux, y otros.

Al mismo tiempo que esto sucedía, comenzaron a aparecer en otros lugares de Francia grupos presididos por la bandera roja al grito de ¡Abajo Francia! ¡Viva Prusia!

Así, mientras algunos avisados radicales exigían armas "para defender al país", otros aplaudían la invasión extranjera.

En París, la capital de la revolución, la violencia se precipitó. El 14 de agosto, un contingente de inconformes se encaminó a la estación de bomberos de La Villete con la intención de extraer las armas allí almacenadas y dirigirse al cuerpo legislativo para proclamar la república.

De la negativa del comandante para entregar los fusiles, resultó un zipizape; entre tanto, la policía, que contó con el apoyo de la población, acudió a sofocar el motín, logrando arrestar a algunos de los agitadores mas sin poder evitar que los que huyeron se llevaran parte del armamento de la estación.

Como entre el grupo de arrestados aparecieron algunos militantes de la Internacional, la inculpación recayó sobre esta organización, que negó cualquier injerencia en el asunto y reaccionó acusando al poder público de propalar calumnias sobre su integridad.

La renuencia de la Internacional a reconocer su injerencia en los conflictos en los que aparecía implicada, habría de ser la regla de su proceder; así, cada vez que surgía un desorden en el que resultaba involucrada se declaraba ajena a lo sucedido, no viendo en los hechos más que provocaciones dirigidas contra su existencia.

De acuerdo con la versión de la Internacional, esta campaña de "desprestigio" se había manifestado en relación al "complot contra la vida del emperador", así como durante los disturbios de Verviers en junio de 1870 imputados a la Internacional.

Esta imagen de inocencia, apoyada en razones de orden estratégico, no pudo ser sostenida por mucho tiempo pues la guerra revolucionaria librada por la Comuna, en la que participó la Internacional, mostró la trayectoria revolucionaria de esta organización obrera en su plenitud.

Desde la última batida de Nápoleón, librada en relación al "complot de las bombas", la Internacional se encontraba casi desmantelada y con

buena parte de sus adeptos cumpliendo condenas en los presidios del segundo imperio. Muy pronto, a raíz de la derrota que infligieron los pru sianos a las tropas de Bonaparte, las perspectivas de la Internacional experimentaron una inesperada recuperación.

El 4 de septiembre, al mismo tiempo que los soldados franceses caían prisioneros por millares a manos de los alemanes, el pueblo de París proclamó la república. Coincidentemente, "una cuadrilla de abo gados arribistas —escribió Marx—, con Thiers como estadista y Trochu como general, se posesionaron del hotel de Ville. Por aquel entonces esta ban imbuidos de una fe tan ciega en la misión de París para repre sentar a Francia en todas las épocas de crisis históricas, que, para legitimar sus títulos usurpados de gobernantes de Francia, considera ban suficiente exhibir sus actas ya caducas de diputados por París".1

Este grupo de diputados del antiguo colegio electoral, que echó sobre sus espaldas la responsabilidad de la representación popular durante este interregno, se había apoyado en la presión ejercida por las masas para la continuación de la lucha contra la invasión extranjera. La Guardia Nacional, que se integró por voluntarios aptos para la lucha, era la mejor prueba de esta determinación de resistir.

Mas este gobierno, formado por burgueses republicanos, recelosos de los obreros armados, defraudó las esperanzas puestas en él; y de espaldas al pueblo, en vez de prepararse para la defensa nacional, envió a Thiers al extranjero para ofrecer la mediación en busca de la paz.

En la ciudad de Lyon, donde la agitación se desencadenó con mayor intensidad después de París, se formó un Comité de Salud Pública luego de que fueron invadidas las alcaldías y el ayuntamiento por una turba enardecida. El número de miembros de este comité se elevó a más de cien para el 15 de septiembre, de los cuales 30 por lo menos eran miembros reconocidos de la Internacional.2

Con el objeto de garantizar la seguridad de la república se constituyó el Comité de Seguridad Pública, el cual asumió la nueva autoridad desde

---

1 C. Marx, *La guerra civil en Francia*, Moscú, Progreso, p. 280.

2 O. Testut, *L Internationale et le Jacobinisme au ban de L Europe* (La Internacional y el jacobinismo al asalto de Europa), torno II, p. 1.

el cuartel de policía bajo las órdenes de Timon, quien acababa de ser puesto en libertad por sus colegas de la Internacional para dirigir la per secución contra los enemigos del nuevo orden. Inmediatamente se puso en práctica el antiguo y odiado método policial de `Lettre de Cachet (`Car ta Sellada),[3] como arma de la revolución para formalizar la arbitrarie dad de cuanta detención se considerase necesaria. Como resultado de todo esto, fueron a dar a la cárcel sin más trámite las autoridades y fun cionarios que hasta ese momento se encontraban ejerciendo sus cargos.

Lejos de parar ahí, la ola de detenciones se hizo extensiva a las órdenes religiosas que experimentaron el allanamiento y saqueo de sus bienes. El Comité de Salud Pública había ordenado, inclusive a sus cuerpos de tiradores, el instalar sus cuarteles en los establecimientos religiosos, y a algunos clérigos se les llegó a expulsar bajo la amenaza de no volver a pisar tierra francesa, después de haber sido registrados y despojados.

Éstos eran los procedimientos de los que la revolución se servía para castigar de antemano a los "enemigos del pueblo", que, declarados o no, representaban una amenaza potencial para sus fines. Gracias a esta misma "justicia espontánea" pudieron abrirse las puertas de las cárceles, no sólo a los cabecillas de la Internacional sino hasta a los condenados por delitos de orden común.

De acuerdo con la documentada obra de Oscar Testut,[4] en los días siguientes al 4 de noviembre fueron liberados en la ciudad de Lyon 129 reos de derecho común, acontecimiento a continuación del cual los antiguos presidiarios acabaron convirtiéndose en los nuevos celadores; tal y como sucedió con Timon, jefe del Comité de Seguridad, quien había sufrido al menos dos condenas, una de ellas por robo. Su primer medida, en cuanto ascendió a jefe, consistió en rodearse de colaboradores de su mismo medio: Mathius, Riéaux, Pierre Boisson y Auguste Bry, condenados por delitos del derecho común; destacaban entre otros, en cambio, Schettel y André Blanc, pertenecían a la Internacional.

---

[3] La Carta Sellada , durante la monarquía, conducía al encarcelamiento o destierro de una persona.

[4] O. Testut, *L Internationale et le Jacobinisme au ban de L Europe* (La Internacional y el jacobinismo al asalto de Europa).

Así pues, la ola del 4 de septiembre no tuvo empacho en reclutar entre sus filas a pillos y vagabundos que fueron enrolados hasta en las compañías de fusileros de la Guardia Nacional, en donde detentaron algunas veces grados superiores sin restricción alguna.

De menor arbitrariedad y desenfreno fueron los sucesos acaecidos en otras ciudades francesas, como Tolouse, Brest y Le Creuzot; centro industrial este último, donde la supremacía de la Internacional fue indiscutible bajo la influencia de Assi, quien había sido nombrado coronel del 129 batallón de la Guardia Nacional. (Assi era miembro, al mismo tiempo, de la masonería y de la Internacional; más tarde habría de ser elegido para formar parte de la Comuna.)

A grandes rasgos, ésta es la situación que prevalecía en la nación francesa durante aquellos tormentosos días. Por lo que respecta a París, la capital del Imperio, no existe mucha información sobre la subversión de la Internacional. Lo cierto es que el sitio de la ciudad por el enemigo se tornó inevitable, con lo que a partir del día 16 quedó cortada toda posible escapatoria al exterior. Los últimos intentos del ejército francés por liberar a la capital fracasaron en Le Mans y Buzenbal el 10, 11 y 19 de enero.

Después de la rendición de París, y de acuerdo con las cláusulas del armisticio, fueron convocadas las elecciones para integrar una Asamblea Nacional encargada de determinar si habría de ser continuada la guerra o si debían ser aceptadas las condiciones para firmar la paz.

León Gambetta, ministro del interior, quien era partidario de la reanudación de la lucha, se encontraba ocupado en organizar la resistencia en las provincias, pero sabía que el espíritu belicoso de la nación se encontraba en su grado más bajo de combatividad; y temía por ello que el electorado en provincia —que se identificaba más con la monarquía— excluyese a los candidatos republicanos, empeñados en enfrentar a los franceses contra la amenaza exterior para consolidar de esa manera la unidad nacional en torno a la república.

Como Gambetta era hombre de acción, en contra de las evidencias, excluyó por decreto de las candidaturas a la Asamblea a los príncipes, funcionarios y diputados comprometidos de alguna manera con el régimen imperial.[5] Mas como la noticia de esta maniobra llegase a oídos de Bismarck, quien tenía especial interés en tratar con los legítimos representantes del cuerpo electoral, logró impedir con su intervención el efecto

de esta medida, provocando de paso la dimisión del airado ministro, quien se retiró quejándose contra aquella "insolente pretensión".

Cuando se celebraron las elecciones los días 5 y 8 de febrero, la diputación conservadora confirmó con su victoria el temor de Gambetta con una proporción de más de 2 a 1, quedando garantizadas las negociaciones para una rápida firma de la paz.

En contraste con la Asamblea Nacional, que una vez reunida se hallaba en disposición de aceptar las duras condiciones impuestas por Prusia para la firma de la paz, la Guardia Nacional, con las armas en la mano, se tragaba impotente "el amargo bocado".

Desde un principio, Thiers y consortes habían engañado al pueblo de París alimentando la farsa de la defensa nacional; pues nadie mejor que ellos sabían que cualquier victoria obtenida por la Guardia Nacional, es decir, por el proletario en armas, más que su victoria sería la de la revolución social. Con todo y este engaño, una asamblea conservadora, legítimamente constituida y dispuesta a firmar los preliminares de paz, ratificaba la opción elegida por la mayoría de los franceses.

En cuanto a la Guardia Nacional, la Asamblea decretó el término de la paga en vista de que la guerra había concluido, aunque no la disolución de los 300 000 guardias nacionales.

La Asamblea, lejos de sentirse respaldada por este cuerpo armado, se sentía amenazada por el desbordamiento de su fuerza popular; que, por cierto, mantenía controlados a los alcaldes de París por los comités de vigilancia desde el 5 de septiembre.

El decreto de la asamblea fue para la Guardia Nacional "la gota que derramó el vaso"; y, animada por el ambiente explosivo que reinaba en París, se declaró en rebeldía al responder a la Asamblea que "ya no reconocía más jefes que los suyos propios".

Las consecuencias de esta declaración conducirían inexorablemente a la guerra civil, único terreno en el que la Guardia Nacional podía medir

---

[5] Gambetta era iniciado en la logia *La Reforma de Marsella* desde 1869. Véase Saint Pastour, *La Franc-MaÇonn,erie au Parlement* (La francmasonería en el parlamento, p. 128.

sus fuerzas con la Asamblea Nacional, "ya que no se le había dejado otra alternativa".

La alternativa hubiese sido que la Asamblea ratificara sin elecciones la república del 4 de septiembre, que aunque había encontrado una acogida triunfal en algunas ciudades francesas, no tenía bases jurídicas. Marx en su apología que escribió sobre la Comuna exclamó: "la revolución obrera de París del 4 de septiembre era el único título legal de la Asamblea Nacional", la cual fue convocada en su nombre, y "esa revolución era ahora la forma legal del Estado de Francia".6

Lo que Marx entiende por legalidad es incompatible con el derecho burgués tradicional, ya que la revolución podrá ser justa o injusta pero en todo caso ilegal.

Al margen de cualquier partidismo en pro de la revolución del 4 de noviembre, aclamada —según Marx— "de un extremo a otro de Francia sin una voz disidente", [7] el pueblo manifestó su opinión en el resultado antirrepublicano de las elecciones del 8 de febrero.

Una vez que la Asamblea fue desconocida por la Guardia Nacional, en la que se supone descansaba su poder armado, optó por su traslado a Versalles en una votación que se efectuó el 10 de marzo. Ese mismo día, la Asamblea acordó que la decisión sobre la clase de régimen (republicano o monárquico) que había de gobernar a Francia sería diferida hasta después de la reorganización nacional. Entre tanto, la autoridad de la Guardia Nacional en París, que se consolidaba día a día, eligió el comité central del 13 de marzo. En esta forma, quedó consumada la separación irreconciliable que enfrentó de un lado a burgueses y conservadores apoyados en el favor provincial y del otro a la casi totalidad de París, en donde había aumentado el resentimiento contra el gobierno de la Asamblea a causa de sus manifestaciones antirrepublicanas y por las leyes de Dufaure sobre la letras y los alquileres vencidos, entre otras cosas.

La mañana del 18 de marzo fueron rechazadas por la Guardia Na cional las tropas del gobierno, que habían sido enviadas por Thiers para apoderarse de los cañones que apuntaban desde las alturas de Montmar

[6] C. Marx, *op. cit,* p. 289.

Ibíd, p. 280.

tre; fracaso tras del cual estas mismas fuerzas se pasaron en masa a la revolución después de haber sido cercadas. A partir de estos acontecimientos, el proceso revolucionario que condujo a la Comuna se desencadenó de manera automática.

Sintiéndose segura de la popularidad de que gozaba, la Guardia Nacional convocó a los habitantes de París para que eligieran una comuna. Esta instancia encontró la respuesta inmediata de los parisinos que, contrariando las esperanzas de Versalles, acudieron en masa a las urnas. El resultado de este referéndum fue que el 28 de marzo se proclamó la Comuna en la capital de Francia.

CAPÍTULO V

La Comuna de París

La efímera historia de la Comuna de París, que hubo de sucumbir ante la superioridad de los ejércitos imperiales devueltos por Bismarck al gobierno de la Asamblea Nacional establecido en Versalles, representa la primera gran tentativa revolucionaria por la consolidación del poder socialista en un país europeo en plena etapa de desarrollo del capitalismo liberal.

Apenas instalada en el poder, la Comuna llevó a la práctica el carácter popular de su política. En una de sus primeras proclamas en defensa de los intereses del proletariado, declaró que los costos de la guerra debían ser pagados por los responsables directos de la misma.

Amenazada desde el primer día por la contrarrevolución de Versalles, la Comuna basaba su defensa en el poder armado de la Guardia Nacional, a la cual declaró única fuerza armada; a la vez que abolía el ejército regular y la conscripción "inherente a la sociedad de clases".

Atendiendo el problema de las letras y los alquileres vencidos, la Comuna dio la solución que era de esperarse: condonó las deudas por los alquileres de viviendas desde octubre de 1870 hasta abril de 1871; suprimió el pago de intereses por las deudas subsiguientes en el comercio, además de prorrogarlos por 3 años más.

En el aspecto laboral, la Comuna tomó algunas medidas de carácter correctivo como, por ejemplo, la abolición del trabajo nocturno para los panaderos; así como la supresión de las oficinas de colocación, que ya desde los días del imperio traficaban con los empleos de los obreros.

Sin embargo, en lo que se refiere a la estructuración del orden económico, que constituía el objeto esencial de reordenación de la revolución socialista, la Comuna se vio paralizada por una extraña amnesia que le impidió actuar para suprimir el capitalismo, toda vez que la socialización de los grandes talleres metalúrgicos ni siquiera se sugirió. Por otra parte, el funcionamiento del Banco de Francia no fue interferido; fatal omisión que Engels señalaría como uno de los principales desaciertos de la Comuna, pues el control de la banca le hubiera valido a la revolución —según

escribió lamentándose— más de 10 000 rehenes en su conflicto frente a las fuerzas de la Asamblea Nacional.1

Esta pasividad de la Comuna, por el motivo que fuere, significaba ni más ni menos que la renuncia a actuar en consecuencia con sus principios. ¿Cuál pudo haber sido la razón de este sustancial olvido? ¿Acaso habría dudado la Comuna en el último momento para actuar?

No es muy difícil que así haya sucedido. Después de todo, ¿con qué certeza podría llevarse a la práctica la acción de cambios tan audaces, cuyos efectos permanecían aún desconocidos?

La otra razón, más sencilla, sin dejar de influir en ningún momento de la breve existencia de la Comuna y que la justifica en ese aspecto, fue la presión a la que estaba sometida París por el sitio formado por las tropas extranjeras y por las fuerzas cada día más numerosas de la Asamblea Nacional. El caso es que la Comuna ni derribó el orden capitalista ni implantó el socialismo, simplemente introdujo un nuevo orden social dentro de la misma estructura económica.

Si la Comuna no estuvo a la altura de las circunstancias para alcanzar su objetivo en esta cuestión, fueron en cambio otras acciones suyas las que realzaron sus mejores facetas y que pusieron de manifiesto la elevada calidad moral que la colocó por encima de su época. La quema de la guillotina en plena vía pública y la destrucción de la columna Vendóme, construida con el bronce de los cañones tomados por Napoleón en 1809, fueron actos que, además de contar con el aplauso y participación del pueblo, demostraron la renuncia simbólica de la Comuna al recurso del terror y al chauvinismo y la guerra imperialista entre las naciones.

Cuando el pueblo de París eligió la Comuna el 26 de marzo de 1871, ¿sabía que estaba votando por la revolución socialista? Difícilmente po dría responderse afirmativamente a esta pregunta si reparamos, en pri mer lugar, en la escasa difusión que habían alcanzado por aquel entonces las ideas socialistas como para que arraigaran en la masa popular. A este respecto, resultaría instructivo el hecho de que la Comuna precisó, con singular precaución, en su declaración al pueblo francés del 19 de abril, que "París no impondría el socialismo".2

[1] Véase la introducción de F. Engels a *La guerra civil en Francia,* de C. Marx.

Las razones que habían llevado al pueblo de París a identificarse con la revolución de la Comuna radicaba, más bien, en su convencido republicanismo, exasperado contra las disposiciones monarquistas de la Asamblea Nacional, además de la entrega de Alsacia-Lorena al imperio alemán y la onerosa indemnización de los 5 mil millones de marcos / oro, ratificados por esta misma asamblea como precio a la paz por la "traidora" capitulación del gobierno de la Defensa Nacional.3

Otra razón que contribuyó a atraer la atención de los parisinos, radicaba en la esperanza que se albergaba en la Comuna para que ésta diera una solución al problema de las letras y los alquileres vencidos, conflicto que se había convertido en una poderosa traba para la reanudación del comercio y la industria. Más allá de estos sencillos motivos, ajenos a cualquier exaltada sobrestimación proselitista, no hubo otras razones de mayor importancia, según parece, para influir en el ánimo de París en su adhesión a la Comuna. A pesar de estas contradicciones, la Comuna contó con el apoyo y la entusiasta respuesta de la mayor parte de París; que aún sin entender el significado del socialismo, tampoco puede decirse que se haya equivocado en su identificación instintiva con la Comuna, pues ésta se mantuvo firme en sus reivindicaciones populares.

La Comuna, que no constituía un organismo parlamentario sino una corporación de trabajo ejecutiva y legislativa, estaba integrada por 80 alcaldes elegidos por sufragio universal —responsables ante este go bierno y revocables en cualquier momento—. De estos alcaldes, sólo el 26% habían salido de las filas del proletariado, los demás pertenecían a la burguesía; lo cual no disminuía la orientación proletaria de este movi miento, debido a que los intelectuales pequeñoburgueses que se habían pasado del lado de la revolución acabaron por convertirse en una Guardia de Corps a la cabeza del proletariado; logro conseguido incluso en ausen cia de homogeneidad ideológica entre las distintas facciones revoluciona rias que integraban la Comuna. Entre éstas se encontraban blanquistas,

[2] *La historia (Diccionarios del saber moderno)* bajo la dirección de M. Ferro, p. 22.

[3] Las sentencias de muerte contra Blanqui y Flourens, la supresión de los periódicos republicanos, el nombramiento de Vinoy para gobernador de París y el traslado de la Asamblea Nacional, así como otras medidas tomadas por la Asamblea Nacional, cons tituían disposiciones que habían conseguido el repudio de los parisinos.

proudhonianos, "venerables" de la masonería y uno que otro discípulo de Marx. Por eso es que para entender lo que realmente significó la expe riencia de la Comuna, la primera recomendación que ha de tomarse en serio es la renuncia a buscar la brújula de su trayectoria revolucionaria, pues la variedad de las doctrinas socialistas —disímiles entre sí— volvie ron imposible la adopción de una política definida.

La Comuna estaba compuesta por una mayoría blanquista partidaria de la centralización dictatorial de los poderes del gobierno de la revolución. Mas, en cuanto esta escuela de revolucionarios disciplinados y bien organizados, que pregonaban la toma del poder por un audaz golpe de mano, una vez llegados a él, convocaron a una federación libre de todas las comunas de Francia en sus proclamas a la provincia.

La segunda fuerza en importancia de la Comuna estaba integrada por los socialistas proudhonianos, que prevalecían en la sección francesa de la Internacional. Los objetivos de esta escuela doctrinaria, que se había declarado enemiga acérrima de la asociación de los obreros de la gran industria, pretendían preservar a los artesanos independientes y a los pequeños campesinos de los "efectos nefastos" de dicha asociación; de la cual, se aseguraba, no compensaba con sus ventajas la pérdida de la libertad del obrero, además de otros inconvenientes; los cuales, según se decía, "crecían más de prisa que sus ventajas". [4] A la larga todos estos puntos de vista corrieron con la misma suerte que las teorías de Blanc, pues hacia 1871 la expansión de las grandes fábricas abarcaba a la gran mayoría de la masa proletaria, que desbordaba con su concurrencia las insignificantes posibilidades del productor independiente. De frente a la realidad, a los discípulos de Proudhon no les quedaba mejor alternativa que la de renunciar a sus principios, si es que no querían navegar contra la corriente.

Gracias a esta omisión, la Comuna pudo disponer en uno de sus más importantes decretos la organización de los obreros de la gran industria bajo el supuesto de la asociación dentro de cada fábrica y la unificación de cada una de estas asociaciones en una gran unión que tenía poco que

[4] Véase la introducción de F. Engels a *La guerra civil en Francia, op. cit.*

ver con las ideas originales de Proudhon y sí, por el contrario, convergía con la unidad del proletariado preconizada por Marx.

A pesar de esta insustancialidad, hoy, a más de un siglo de la revolución comunalista, los profetas de la revolución continúan mirando retrospectivamente hacia esta primer gran tentativa de reforma social en busca quizá del rumbo perdido. ¿Por qué hacia la Comuna?

Porque a pesar de sus extravíos y equívocos, la supresión del Estado —condición para la transición al comunismo— fue el gran paso hacia adelante de la Comuna, después del cual ninguna revolución popular ha podido llegar más lejos.

Si el Estado constituye una excrecencia parasitaria que consume las energías de la sociedad, tal y como lo afirmaba Marx; si su verdadera utilidad consiste en servir de instrumento de dominio de unas clases sobre otras (al contrario de la posición de Hegel, quien atribuía al Estado la conciliación de los intereses de todas las clases), de ahí se sigue que la tarea primordial del socialismo consiste en el desmantelamiento paulatino del Estado, a medida que deben ir desapareciendo a su vez el antagonismo y las diferencias de clase.5

La revolución de la Comuna fue más allá de la supresión del orden estatal encarnado por la burocracia, la policía y el ejército; simultáneamente dio el primer paso encaminado a la abolición de las diferencias de clase al establecer los sueldos de sus funcionarios al mismo nivel de la clase obrera, para evitar "que los servidores de la sociedad se convirtieran en sus señores" —según escribió Engels.

La adopción de esta medida fue tan importante como la de la supresión del Estado, ya que constituye su propio fundamento, puesto que en la medida en que debía desaparecer la clase dominante se desvanecería con ella su instrumento de dominación: el Estado.

Si en esto consisten los presupuestos del verdadero socialismo, por oposición a lo que se puso en práctica durante el experimento soviético,

5 Sin pretender suprimir la unidad de la nación, ni las pocas pero importantes funciones del gobierno encargadas a los agentes comunales, la Comuna estaba destinada a servir de modelo que revistiese desde los grandes centros industriales de Francia, hasta la más pequeña aldea del país.

entonces ¿no podría pensarse, después de todo, que la revolución de la Comuna no estaba tan errada conforme a las teorías socialistas?

Así parece ser, sólo que la Comuna no sobrevivió el tiempo suficiente para demostrar que su ideal era posible.

La guerra civil

LA LUCHA POR LA EXISTENCIA fue la única alternativa, y a la vez la inútil tragedia, en la que la Comuna de París consumió sus energías, sin llegar a conseguir el suficiente arraigo popular para desbordar a las masas; porque si bien la difusión del comunalismo llegó a extenderse a otras ciudades de Francia, en cambio la ausencia de apoyo en el campo, con el que no tenía ningún contacto esta revolución, representaba un importante inconveniente. Por lo tanto, los brotes de revuelta comunera sólo se ma nifestaron en una serie de ciudades en la que tomaron parte activa algunas veces los obreros, así como otras facciones políticas conocidas por sus vínculos con la Internacional o con la masonería.

Más allá de París, en el Midi y en el valle del Ródano, las dimensiones de la rebelión alcanzaron mayor intensidad, pero en ausencia de una coordinación más estrecha con el resto del movimiento, se tornó inevitable la fragmentación de la revolución en múltiples manifestaciones carentes de sustento. En Lyon, la Comuna se desintegró por su propio peso a falta de respaldo popular. En Tolouse, donde la Comuna se apoyó en la Guardia Nacional, el levantamiento se caracterizó por su filiación no socialista, y en Le Creuzot el dominio de la situación corrió a cargo casi exclusivamente de la Internacional. En fin, al término del mes de marzo todas estas tentativas malogradas, a las cuales habría que añadir la rendición de Narbona, Saint Etienne y Marsella, fueron sofocadas por el partido del orden. Sólo el foco principal de la insurrección —París— quedaba con vida; fue ahí donde la hecatombe de la Comuna llegó a su extremo.

Entre los errores cometidos por la Comuna —según señaló Marx en sus escritos sobre la guerra civil—, el no haber enviado a la Guardia Nacional inmediatamente sobre la ciudad de Versalles cuando ésta se encontraba indefensa, fue una oportunidad perdida de la que se aprovechó la Asamblea Nacional para reunir un ejército compuesto con los res, tos dP algunos regimientos de línea, además de otras unidades integradas

por infantería de marina y guardias municipales, que para fines de mar zo sumaban casi 22 000 hombres. Cuando esto sucedió ya era demasiado tarde para la revolución, pues estas fuerzas eran suficientes para poner en jaque a la Guardia Nacional, debilitada por la indisciplina y las au sencias injustificadas. Además, había sido tal la equívoca sobrestimación de este ejército que, pese a su superioridad numérica, en la práctica úni camente reunía de 30 000 a 35 000 combatientes; mientras que Thiers, quien llegó a conseguir autorización de Bismarck para mantener efecti vos superiores a los 40 000 soldados al norte del Loira, obtuvo la supre macía sobre la Comuna mediante la devolución de los prisioneros de guerra que le concedió la paz de Frankfurt del 10 de mayo.

Tras de los primeros encuentros contra estas tropas, los federados reconocieron pronto su dificil situación. Cluseret,[6] uno de los partidarios de la defensa, designado para el mando de la Guardia Nacional después del fracasado ataque del día 3, escribió a su asistente: "Yo calculaba que los fortines, así como las restantes defensas de París, no eran más que cuestión de tiempo. La verdadera defensa de París debía apoyarse en las murallas [...] lo demás era asunto de toda Francia, a la que yo quería dar tiempo para que nos ayudase políticamente. Con esta finalidad concebí la defensa de París".7

Desgraciadamente para las esperanzas de Cluseret, esta ayuda no llegó a materializarse. El empuje de la revolución **en la** provincia era tan débil, que la necesidad de ayuda del exterior era más urgente que en la propia capital. El único auxilio con el que contó la Comuna parisiense se circunscribió a aquellas vanas tentativas de conciliación emprendidas por algunas organizaciones como la Liga de los Derechos de París, la Unión del Comercio y de la Industria y la masonería, además de otros grupos políticos conocidos por sus simpatías por la Comuna; y que, por la misma razón, concentraron sus enérgicas protestas sobre la Asamblea Nacional, a la que llegaron a amenazar con la integración de una contra

6 Cluseret, al igual que Bastelica y Eudes, eran miembros de la Internacional; los 3 ostentaban el grado de general.

7 M. Ferro y otros, *op. cit.,* tomo II, p. 20.

samblea en Burdeos, aunque otras veces exigieron la disolución tanto de la Asamblea como de la Comuna.

Fue tal el efecto de las presiones a las que se vio sometida la Asamblea Nacional por parte de los radicales, que convencieron a Thiers de la necesidad de buscar el apoyo del pueblo, para lo cual, y bajo la seguridad que tenía del consenso popular, ordenó los preparativos para las elecciones municipales. Mediante ellas, Thiers confiaba en recobrar el crédito y la ratificación de la Asamblea para enfrentarse a sus opositores; pero, para su sorpresa, cuando éstas se efectuaron el 30 de abril, el resultado de la votación no favoreció a los conservadores. De los 700 000 concejales elegidos, los legitimistas, orleanistas y bonapartistas coligados, obtuvieron menos de 8 000.[8] El signo de los tiempos estaba cambiando a favor de los radicales debido en gran parte a la adhesión abrumadora de las grandes ciudades; sólo que este inesperado éxito fue insuficiente para rechazar a los conservadores, ya que Thiers había prometido la república a algunos alcaldes de provincia, en flagrante violación del Pacto de Burdeos,[9] a cambio de su neutralidad ante el conflicto de la Comuna. Hábil maniobra, mediante la cual logró el aislamiento de los insurrectos. Lo que quedaba de esta revolución, es decir, la plaza de París, era tarea que le correspondía terminar a Mac Mahon y sus hombres.[10] El fin de la Comuna estaba cerca.

El 9 de mayo, después de haber resistido un asedio durante 13 días de cruentos combates, el fuerte de Issy, reducido a escombros por el cañoneo, cayó en manos de los versalleses, al igual que el reducto de Moulin Saquet, abandonado por la Guardia Nacional el día 3; más tarde, el fuerte de Vanves había de correr la misma suerte.

En el frente occidental tampoco pudo la defensa resistir la presión de los asaltantes. En vano se constituyó un gobierno de guerra con poderes dictatoriales para enfrentarse a la crítica situación. Su principal ob-

8 Según datos aportados por C. Marx, *op. cit.*, p. 311.

9 Mediante el Pacto de Burdeos, del 10 de marzo, Thiers y la Asamblea Nacional (con mayoría monárquica) se habían comprometido a aplazar la clase de régimen —republicano o monárquico— que Francia habría de decidir para después de la reorganización nacional.

10 Mac Mahon era el mariscal al mando de las tropas de la Asamblea Nacional.

jetivo, la reorganización del ejército, era tarde para emprenderlo. El día 21 los versalleses lograron penetrar al interior de la ciudad, y una sema na después cesó toda resistencia. En su embestida, los versalleses deja ron tras de sí un saldo de aproximadamente 26 000 cadáveres de los revolucionarios; muchos de ellos fusilados sumariamente, acorde con la descabellada autorización de Thiers, o, en otros casos, asesinados a san gre fría»

Con la supresión de la Comuna, las repercusiones negativas sobre los socialistas fueron inmediatas. A las acusaciones lanzadas contra la Internacional sobre la responsabilidad de la insurrección, sobrevinieron las primeras consecuencias. Fueron muchos los obreros que abandonaron París por ese motivo. De acuerdo con una encuesta levantada por el Ayuntamiento, el número de fugitivos se elevó a más de 100 000. Cualquier surgimiento de la izquierda radical se volvió impensable, por lo menos durante algún tiempo. Todavía hasta 1875 continuaron los procesos y los consejos de guerra, en los que llegaron a dictarse más de 13 000 sentencias; en tanto que para la Internacional, las penurias y los golpes recibidos no terminaron con todo esto. Los mismos sindicatos obreros de Inglaterra se encargaron de asestarle otro gran golpe.

Más acordes con el flemático temperamento inglés que con la pasión parisina por las barricadas, cuyo "bárbaro método" reprobaban, las *tradeunions* decidieron separarse de la Internacional a causa de la famosa alocución de Marx en defensa de la Comuna. [12]

Aunque esta fue la razón que sus líderes adujeron para separarse de la organización, la causa de esta deserción hallaba su explicación en otros motivos.

Gracias al proyecto de ley expuesto por el gobierno británico en la primavera de 1871, referente al reconocimiento de los sindicatos obreros, además de la protección legal de sus cajas, las *tradeunions* —que no per

[11] Tal y como sucedió con Duval, obrero fundidor y general de la Comuna, fusilado por las tropas versallesas; al igual que Varlin, después de ser casi linchado por una furiosa multitud; y el periodista Milliere, de *La Marsellesa,* fusilado también sin enjuiciamien to en las escaleras del panteón, etcétera.

[12] Es decir, *La guerra civil en Francia* escrita como manifiesto del consejo general de la Internacional, que Marx redactó durante los meses de abril y mayo de 1871.

seguían otra finalidad que el mejoramiento de la clase obrera dentro del orden capitalista— se acogieron a la nueva ley en cuanto ésta se aprobó, a la vez que disolvían sus vínculos con la Internacional conforme a la prohibición de coaliciones de dicha ley. Con este proceder, quedaba confirmada su finalidad reformista, manifiesta desde el momento en que formaron parte de la Internacional. Por eso es que la alianza entre estas dos organizaciones había funcionado como una especie de matrimonio por conveniencia, en el que cada uno obtenía su beneficio correspondiente; pero una vez que la reforma electoral abrió las puertas a las tradeunions permitiéndoles el acceso hasta el parlamento, éstas ya no necesitaban más a la Internacional.

El Estado y la Comuna

FUERA DEL INFORTUNIO como experiencia social, la revolución de la Comuna dio lugar a la polémica en otros aspectos. Principalmente, desde el momento en que Marx tomó partido por dicha revolución, puesto que si sus previsiones teóricas sobre la extinción del Estado coincidían con la postura de los anarquistas, rechazaba su desmoronamiento inmediato, como lo había llevado a cabo la Comuna. La contradicción fue evidente entre los anarquistas, quienes atribuían el mal a todo principio de autoridad y pregonaban la supresión inmediata del Estado, al cual se consideraba causante directo de la mayor alienación humana.[13]

En oposición a la dictadura del proletariado, concebida por Marx como etapa de transición del Estado socialista autoritario previa al comunismo, en el que deben desaparecer la lucha de clases y el poder estatal, el anarquismo sostiene que toda revolución incapaz de suprimir el Estado de golpe, está condenada al fracaso; ya que la dictadura del proletariado (es decir, el comunismo autoritario) tiende a perpetuarse en el poder, mismo que no podrá abandonar en vez de disolverse en la democracia popular.

13 **Si bien** los anarquistas coincidían con Marx en la meta que se habían fijado, es decir, en la sociedad comunista como objetivo supremo de la revolución, entre ambas tendencias subsistían diferencias esenciales en cuanto a las vías para su consecución.

Confrontando las ideas anarquistas con la experiencia del socialismo soviético, tenemos que reconocer que el anarquismo se adelantó en mucho a su época al prever los motivos que impidieron la edificación del socialismo en el siglo XX. "Tomad al revolucionario más radical y colocadle en el trono de todas las Rusias, o dadle un poder dictatorial [...] y antes de un año se habrá convertido en peor que el mismo zar", escribió proféticamente Bakunin.[14]

Referente a la intervención de Marx, Bakunin exclamó que ante la Comuna "sus ideas se habían venido todas a tierra" y que "no había tenido más remedio que quitarse el sombrero ante ella, faltando a todas las reglas de la lógica, y hacer suyos su programa y aspiraciones".[15]

A raíz de las enseñanzas de la Comuna, Marx llegó a rectificar que "la clase obrera no podía limitarse a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como estaba y servirse de ella para sus fines".[16] En señal de reconocimiento de dichas enseñanzas, estas mismas palabras fueron insertadas en el prefacio de una nueva edición del *Manifiesto del partido comunista*, aparecida en 1872. Más adelante, en una carta dirigida a Kugelman el 12 de abril de 1871, Marx fue más explícito y escribió: "Si te fijas en el último capítulo de mi *Dieciocho Brumario*, verás que expongo como próxima tentativa de la revolución francesa no hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrática-militar, como venía sucediendo hasta ahora, *sino demolerla*, y esta es justamente la condición previa de toda verdadera revolución popular en el continente".[17]

Pese a estas enmiendas, Engels cambiaría de parecer. En 1873 escribió contra los que abogaban por la supresión del Estado: "Todos los socialistas están de acuerdo en que el Estado y con él la autoridad política desaparecerán como consecuencia de la próxima revolución social, es decir, que las funciones públicas perderán su carácter político, trocándose en simples funciones administrativas, llamadas a velar por sus intereses sociales. Pero los antiautoritarios exigen que el Estado político sea aboli

---

[14] M. Ferro y otros, *op. cit.*, p. 52.

[15] F. Mehring, *Marx*, México, Grijalbo, p. 479.

[16] C. Marx y F. Engels, *Manifiesto del partido comunista*, p. 28.

[17] "Marx a Kugelman", 12 de abril de 1871, en C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas.*

do de un plumazo, aun antes de haber sido destruidas las relaciones sociales que lo hicieron nacer. Exigen que el primer acto de la revolución social sea la abolición de la autoridad.

"**¿No** han visto nunca una revolución estos señores? Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe; es el acto mediante el cual una parte de la población impone su voluntad a otra por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿La Comuna de París habría durado acaso un solo día, de no haber empleado esta autoridad del pueblo armado frente a los burgueses?"18

Después de la muerte de Marx, Engels fue más lejos en su rectificación y suprimió el pasaje sobre el Estado que juntos habían añadido al *Manifiesto,* pero no logró borrar la ambigüedad en la que se había incurrido. Posteriormente, Lenin pasó por alto la contradicción, sin contribuir más al esclarecimiento de este punto.

La masonería y la revolución

UNA VEZ REFERIDOS los diversos aspectos de la Comuna, por lo que se refiere a la historia política, la actuación de la masonería, que representa el lado oscuro de esta encrucijada, es el otro tema importante, con el cual se completa este estudio. Sólo que hasta ahora no se le ha dado la importancia que amerita, a causa de la discreción que guardan las logias sobre sus actividades políticas.

Quizá podrá parecer que la masonería no tiene nada que ver con la revolución; sin embargo, existen algunas evidencias para demostrar lo contrario. La masonería, que constituye una sociedad "secreta" poco conocida (de aparente finalidad esotérica-altruista, ha sido utilizada para encubrir las actividades políticas del gobierno internacional más poderoso de todos los tiempos), puede considerarse como el agente revolucionario precursor del estatus jurídico-ideológico vigente hoy en gran parte del mundo; cuyas hondas raíces habría que situar en la revolución francesa

18 Véase Lenin, *El Estado y la revolución,* Moscú, Progreso, torno II, p. 342.

de 1789; movimiento político que descansaba en los postulados ideológicos de este grupo sectario, de donde procedían sus principales cuadros de mando.

En cuanto a los vínculos existentes entre la masonería y el comunismo durante el siglo XIX, consistían menos en la confluencia de dos organizaciones afines ideológicamente, que en la necesidad de apoyo mutuo frente al enemigo común: la aristocracia, la Iglesia y la monarquía. La coincidencia entre ambas organizaciones, por lo tanto, no era tan profunda como para hablar de una asociación total, pues ni todos los sectores de la masonería abrazaron sin más la causa comunista, ni todos los comunistas pertenecían a la masonería. Debe tenerse presente el pluralismo ideológico prevaleciente en las logias, en donde tenían cabida todos los puntos de vista políticos de la sociedad; aunque entre monarquistas, liberales y progresistas, estos últimos representaban la fuerza resultante de la masonería.

¿A partir de cuándo se originó el encuentro entre la masonería y los comunistas? Es una pregunta a la que dificilmente se podría dar una respuesta concreta, en vista del sigilo político bajo el cual actúa la masonería. Oscar Testut refiere en sus investigaciones sobre la Internacional,[19] que los primeros afiliados a esta organización fueron reclutados entre los adeptos de la Marianne, además de otras sociedades secretas; entre las que habría que incluir a la de los carbonarios, y sólo después en la masonería, sin la cual el movimiento comunista dificilmente hubiera llegado tan lejos. No puede pasar inadvertida la actuación de ciertos dirigentes y revolucionarios comunistas involucrados con la masonería. Casos de Millerand y Blanc, diputados en el parlamento francés; Proudhon y Saint Simon, los teóricos del socialismo utópico; Longuet y Lafargue, los yernos de Marx. Aparte de muchas otras personalidades como Jaurés, el jefe del Partido Socialista de Francia; Enrique Martín, el historiador popular; los revolucionarios de la Comuna: Blanqui, Assi, Pyat, Delescluze, Flourens. Y de ser ciertas las pretensiones de Martínez Zaldúa, hasta

---

[19] O. Testut, *L Internationale et le Jacobinisme au ban de L Europe* (La Internacional y el jacobinismo al asalto de Europa), pp. 3 y 6.

Marx / Engels, cuyas primeras obras fueron editadas por la Gran Logia Suiza. 1

Otros comunistas contemporáneos de Marx, que colaboraron con la Internacional y que probablemente también eran "iniciados" de la masonería fueron: Weitling, Fribourg, Emile Richord, Chaudi, Corbon, Lucraft y Cluseret.

¿Cuántos más habrán sido los radicales comprometidos con la masonería? ¿Cuáles fueron las estrategias y los acuerdos a los que se llegó a través de esta asociación clandestina? Más allá de ciertos límites impuestos por el secreto guardado por las logias, es difícil responder a estas interrogantes. Sin embargo, durante al torbellino revolucionario de la Comuna de París, ciertos acontecimientos salieron a la luz.

Cuando estalló el conflicto de la Comuna no todas las logias se sumaron a la revuelta, pues muchas de ellas, particularmente las de provincia, que previeron el fracaso del levantamiento, se abstuvieron de tomar parte activa en él mas sin dejar de manifestarle su apoyo.

Abogando por la suerte de la Comuna casi desde que ésta se proclamó, la mayoría de estas logias tomaron parte inmediata en aquella amplia campaña de conciliación emprendida para lograr un acercamiento entre la Asamblea Nacional y la Comuna, con el objeto de evitar los peores efectos de la guerra civi1.22

Pese a todas estas manifestaciones de apoyo, los puntos de vista de la masonería ante la revolución diferían a tal grado que dentro de sus filas habían surgido voces de condena al movimiento (como el caso del famoso diputado socialista Luis Blanc), y hasta de algunos de sus más irreconciliables opositores (de la talla de Jules Grévy, Picard, Jules Favre), junto a toda aquella pléyade de republicanos que desde el día de la división nacional se alinearon del lado de la Asamblea de Versalles y encabezaron desde esa ciudad el enfrentamiento armado contra la Comu na hasta sus últimos días.

---

[21] El mismo Marx confesó haber pertenecido a una sociedad secreta en una carta dirigida a Bessly el 12 de junio de 1871.

[22] Véase **H.** Coston, *La Republique Du Grand Oriente* (La república del gran Oriente), p. 22.

La guerra civil en la que degeneró esta disensión masónica —absur da en una sociedad filantrópica que supone su principal objetivo en hacer de la vida y el alma humana el "templo de la humanidad"—, estaba muy lejos de los principios de unidad y fraternidad que habían dado vida a la orden. No obstante, la creciente actividad política desarrollada por la ma sonería había adquirido una influencia tan importante desde el siglo XVII en la historia de muchos países de Europa y América, que el alcance de esta fuerza rivalizaba en importancia con el poder del absolutismo; aun que, a diferencia de éste, la acción de la masonería actuaba desde la som bra. En esto consistía el principal secreto de su poder, a merced del cual se encontraba el destino de tantos reinos y hasta de imperios completos. En la lucha por el poder, como fuente de discordia y de división, "la fra ternidad y el humanitarismo" de las logias no les impedían alinearse en bandos irreconciliables, para combartirse entre sí hasta el exterminio total.

Manifestación abierta de la Masonería

DÍAS ANTES de que se desencadenaran los feroces combates que vencieran la resistencia de París el 26 de abril, en una decisión sin precedentes en la tradición hermética de las logias, una asamblea masónica de todos los ritos resolvió manifestar públicamente su respaldo a la revolución de la Comuna. De acuerdo con lo que se planteó en esa reunión, los francmasones se dirigirían hasta las mismas murallas de París para plantar ahí sus banderas, y "si una sola bala les alcanzara, marcharían contra el enemigo común", según expresó Floquet, dirigente del partido radical.[23] Una vez fijada la fecha para el día 28, los congregados recibieron la bandera roja de manos del ayuntamiento, a donde entre tanto se habían dirigido para manifestar su reconocimiento a la revolución

Dos días más tarde, al llegar el momento señalado, una excéntrica multitud, con cintas de colores y ostentosas condecoraciones que llama ban la atención de los curiosos, se apiñaba a lo largo de la calle Conti para dar inicio a la susodicha marcha. Con todo y los lejanos estampidos que

esporádicamente hacían blanco en los reductos de Issy y Vanves, la pro cesión dio comienzo: encabezados por 65 banderas de diversas logias y una banda de música que ejecutó la Marsellesa, entre otros himnos ri tuales, se dirigieron al ayuntamiento guiados por una comitiva de la Co muna. En ese lugar se expresaron Beslay y Félix Pyat en nombre de la Comuna, y el "Hermano" Thirifoc habló emocionado:

"La Comuna es la más grande revolución que el mundo ha contemplado. Es el nuevo templo de Salomón, que los francmasones tienen el deber de defender".24

Al terminar esta ceremonia, y conforme con lo previsto, se reanudó la marcha desafiando el fuego de los obuses para llegar a las puertas de París y plantar sus banderas en plena línea de fuego. Cuando el general Mountandon, quien mandaba a las tropas versallesas al otro lado de las líneas, se enteró de los hechos, siendo él mismo "iniciado", hizo cesar el fuego y recibió a una delegación masónica, a la que permitió salir del sitio para dirigirse ante Thiers con el objeto de presentarle sus instancias; pero éste se mostró inflexible y declaró que el fin de las hostilidades sólo sería posible a condición de la capitulación total.

Después de este extraordinario acontecimiento, tuvo lugar el 2 de mayo otra marcha mayor que la anterior, en la que participaron 10 000 masones que desfilaron desde la plaza de la Concordia hasta el Circo Imperial.

Como puede apreciarse, subsisten evidencias para demostrar el apoyo manifestado por la masonería a la revolución de la Comuna; lo que en cambio resultaría más dificil de probar sería la magnitud de su contribución en el frente de batalla, aspecto sobre el que existe mucho menos información.

Para arrojar un poco más de luz sobre este punto, puede resultar instructiva la reproducción de uno de los manifiestos firmados por la Fe

---

[24] Otro discurso interesante, es el que dirigió **el** hermano Assi a los adeptos de la Inter nacional para sostener las huelgas en Le Creuzot. Reza así: "En nombre de la democra cia republicana social proclamamos en voz alta nuestra adhesión a la Gran Sociedad Internacional de los Trabajadores, que es la sublime Francmasonería de todos los pro letarios del mundo, la esperanza del porvenir [...]", N. Serra y Caussa, *La masonería al derecho y al revés,* p. 408.

deración de Francmasones y Compañeros, que apareció a principios del mes de mayo de 1871:

"Hermanos masones y compañeros:

"No tenemos otra solución que tomar que la de combatir y cubrir, bajo nuestra égida sagrada, la causa del derecho.

"¡Armémonos para defenderla!

"¡Salvemos París!

"¡Salvemos Francia!

"¡Salvemos la humanidad!

"Enfrentado a una crisis suprema, París, que encabeza el progreso humano, ha apelado a la masonería universal y a los compañeros de todas las corporaciones exclamando: ¡VENID A MI TODOS LOS HIJOS DE LA VIUDA!

"Este llamado será entendido por todos los francmasones y compañeros; y todos se unirán para la acción común protestando contra la guerra civil que fomentan los sostenedores de la monarquía [...]

"VOS HABÉIS MERECIDO LA PATRIA UNIVERSAL, vos habéis asegurado la dicha de los pueblos para el porvenir.

"¡Viva la República!

"¡Vivan las Comunas **de** Francia federadas con la de París!"25

¿Cuántos habrán sido los adeptos como Thirifoc, Malon, Clement, Pyat y otros, que en respuesta a este llamado empuñaron las armas por la Comuna? Es dificil saberlo. Quizá los afiliados a las logias de París, que acuden en peregrinación anual al Muro de los Federados en cada aniversario, lo sepan mejor.

---

[25] H. Coston, *op. cit.* p. 22.

CAPÍTULO VI

Fin de la 1 Internacional

TRANSCURRIDOS 9 días después de la hecatombe que había diezmado a las filas de la Internacional en el territorio francés, el gobierno de Thiers decidió llevar la persecución de esta organización revolucionaria más allá de las fronteras del país; de tal suerte que solicitó la colaboración de las grandes potencias mediante una circular enviada por Jules Favre, el ministro del exterior, con el objeto de crear "conciencia internacional" sobre la amenaza que representaba esta organización subversiva.

La acogida que la instancia encontró en algunos gobiernos pruden tes o temerosos, como los de España y Alemania, alarmados por la revo lución de la Comuna, estuvo cerca de alcanzar su objetivo de no ser por la negativa del gobierno inglés para hacer causa común. De nada servi ría, por tanto, cuanto se hiciese para defenderse de la Internacional mientras el territorio de Inglaterra le sirviese de refugio para hostili zar a los demás Estados de Europa, como lo hizo notar el gobierno de Bismarck.

Un hecho que resultó significativo, es que la respuesta de. lord Grainville a una segunda circular enviada por el gobierno de España se haya fundado en el "buen comportamiento de la Internacional"; aduciendo, en su negativa para intervenir, que esta organización se había limitado a asesorar a los obreros en sus demandas laborales, disponiendo para sus fines de sumas insignificantes; y que si ciertas finalidades revolucionarias se insertaban dentro de su programa, éstas reflejaban más bien las ideas de los extranjeros que el parecer de los obreros ingleses.

Si tomamos en cuenta las tendencias reformistas de las *tr adeunions* , puede reconocerse que el gobierno inglés estaba en lo cierto en sus apreciaciones sobre el carácter inofensivo de las organizaciones obreras inglesas; pero en cuanto a las demás agrupaciones de la Internacional en el continente, no podía decirse lo mismo. El ambiente subversivo que prevalecía en esta organización quedó de manifiesto en una declaración de Fargas Pellicer (el delegado español de la Asociación Internacional de los

Trabajadores), quien aseguró, en el Congreso de Ginebra de 1873, que en España "más de setecientas asociaciones que agrupaban a un total de 50 000 obreros, se encontraban listas para levantarse en masa".1

A pesar de las exageradas palabras de Pellicer, tras el fracaso de la Comuna la situación de la Internacional era poco alentadora como para intentar otro golpe revolucionario en Europa; pues aparte de las persecuciones y reproches de que fue objeto en algunos países, desde hacía cierto tiempo las constantes divisiones internas y divergencias ideológicas venían socavando la unidad de la organización.

Si a la serie de intrigas y desavenencias personales en las que decayó la Internacional agregamos la falta de respaldo obrero con que se empezó a enfrentar el movimiento, comprenderemos porqué Engels reconoció en 1874 "que la Internacional se había sobrevivido", y que para restaurarla habría faltado una depresión económica como la de 1849-1864. Con el paso del tiempo, lo que no lograron aniquilar ni Bismarck ni Bonaparte lo conseguirían las discordias internas. Desde el colapso de la Comuna las expectativas de la Internacional giraban en torno a una sola condición: la restauración de la unidad. Nada más que, para este propósito, en muy poco o en nada podían contribuir los intereses contrapuestos que convivían en la Internacional desde sus inicios.

La principal divergencia a la que había dado lugar esta diversidad de intereses, la cual acabó por erigirse en la amenaza de ruptura, radicaba en el creciente malestar entre los anarquistas, que constituían la facción mayoritaria de la Internacional, y el Consejo General encabezado por Marx, quien se empeñaba en detener a toda costa a sus adversarios.

. Este desequilibrio no podía durar mucho. La confrontación del an tagonismo encontró su clímax en el congreso que se efectuó en La Haya en septiembre de 1872. Antes de que pudiera tener lugar el encuentro, la desventaja de los anarquistas había quedado sellada con la decisión de la sección italiana de boicotear el congreso con su inasistencia. Craso error que redundó en una doble ventaja para Marx, ya que éste había logrado conseguir entre tanto el dinero necesario para enviar a una co piosa delegación que le garantizaba la mayoría en el congreso. La medida

1 S. Valenti Camp, *Las sectas y las sociedades secretas,* pp. 943-944.

dio la puntilla a los anarquistas, resentidos de por sí a causa de la disposición de la última asamblea de Londres que prohibió el empleo de nombres como los de mutualistas, colectivistas, positivistas, los cuales calificaba de sectarios; además de la negativa para aceptar la inscripción de la sección de Propaganda y Acción Revolucionaria, que había sido solicitada al Consejo General. Bajo estos antecedentes, cuando se iniciaron los debates sobre el litigio, las cartas quedaron boca arriba: los anarquistas demandaron la autonomía de las secciones de la Internacional vía James Guillaume, el delegado de la Federación Jurásica, además de la reducción de las "atribuciones autoritarias" del Consejo General a su papel original de agencia de correspondencia y estadística.

La respuesta a esta instancia fue negativa, con la agravante para la Federación Jurásica de que su postura quedó comprometida al evidenciarse la existencia de los estatutos secretos que esta organización mantenía con independencia de la Internacional, y que Marx argumentó para ampliar las atribuciones del Consejo General. Después de este debate, del que resultó ratificada la autoridad del Consejo General, de acuerdo con la votación efectuada, y al que escapó por un milagro a la expulsión la Federación del Jura, Engels solicitó a nombre de Marx el traslado del Consejo a la ciudad de Nueva York. La propuesta, que acabó por sacar de quicio al congreso, tenía como origen la desconfianza en torno a los emigrados blanquistas que se habían trasladado a Londres después de la derrota de la Comuna y que, al igual que los revolucionarios anarquistas, pretendían convertir a la Internacional en una organización conspiradora y golpista.

Con todo y las discusiones que esto ocasionó, la propuesta fue aprobada por un pequeño margen de diferencia en la votación. Con esta medida, que equivalía a un verdadero golpe de Estado ("tan extraña como si el Papa hubiese propuesto alejar de Roma a la Santa Congregación y el Colegio Cardenalicio", según escribió un diario de Manchester), había quedado claro que en la Internacional de Marx no había sitio para los anarquistas, de cuyos "efectos disolventes" éste aseguraba haberla librado.

Al día siguiente, sexto y último del Congreso, la sesión comenzó sin la presencia de Ranvier, Vaillant y otros blanquistas que optaron por retirarse después de acordado el traslado del Consejo a Nueva York. Cuando terminó el Congreso, sin más novedad que la expulsión de última

hora de Bakunin y James Guillaume, la Internacional había perdido su significado.

Al paso del tiempo, Marx tendría oportunidad de comprobar amargamente que librando a la Internacional de la amenaza que, desde su punto de vista, representaban blanquistas y anarquistas, había acabado por conseguir su aislamiento dentro del movimiento obrero; fiasco que no dejó de manifestarse en el siguiente congreso de Ginebra, que terminó en un completo fracaso —lo que reconoció el propio Marx.

Posteriormente, al entrar en descomposición el socialismo utópico y con la consolidación del marxismo como la única teoría "infalible" de la revolución proletaria, empezó a perderse el interés por las escuelas utopistas, a un tiempo que caía en el olvido el duro trato que recibieron en el seno de la Internacional. Aunque en aquel entonces los adversarios de Marx, que sobrepasaban a sus escasos partidarios, no le perdonaron ni transigieron con sus métodos poco democráticos.

En abierto repudio hacia los acuerdos de La Haya, los anarquistas, que se sentían los legítimos herederos de la Internacional, convocaron independientemente, con el apoyo de los delegados alemanes lasallistas, al congreso que tuvo lugar en Ginebra el mes de septiembre de 1873, en el que se aprobó un nuevo estatuto antiautoritario y en el que se desconoció al Consejo General.

Dos años más tarde, para contribuir a desarticular aún más a la Internacional, otra facción cismática de la federación inglesa, inconforme con los acuerdos de La Haya, siguió el ejemplo de los anarquistas y desconoció al Consejo General radicado en Nueva York, durante un congreso autónomo presidido por Hales en 1875. Entre tanto, Marx y Engels se esforzaron por sacar adelante a la Internacional, aunque sin ningún objeto ni significado para nadie.

Desgarrada por estas querellas y luchas intestinas, la I Internacional se disolvió finalmente en el Congreso de Filadelfia de 1876, a instancias de Marx.

Un último y significativo comunicado de los miembros del congreso se limitó a señalar: "Condiciones más propicias unirán nuevamente a los trabajadores del mundo en torno a una misma bandera de lucha, de donde se escuchará con más fuerza que nunca el grito de: 'Proletarios de todos los países del mundo, uníos'. (K.- L. Günsche y K. Lanterman, *Historia de la Internacional Socialista,* p. 57.)

CAPÍTULO VII

Postrimerías del siglo XIX

DESDE la disolución de la Asociación Internacional de los Trabajadores, trece años transcurrieron antes de que el proletariado europeo pudiera volver a unificarse bajo otra organización de envergadura internacional. Entre tanto, los ideales y el espíritu de lucha del movimiento socialista se mantenían latentes. La tentativa de la Internacional había fracasado, pero el obrerismo no había muerto, ya que las demandas laborales inherentes al sistema capitalista que las había traído tenían un trecho que recorrer. Al mismo tiempo que maduraban las condiciones esenciales para resucitar a la Internacional, algunos congresos socialistas, como los de Coira y Ginebra en 1881 y 1877 respectivamente, el del Partido Socialista de Alemania en 1887 o la reunión de sindicatos obreros de 1888 en Londres, nutrida de socialistas belgas y franceses, demostraban que, pese a la división y persecución contra los socialistas en varios países, la idea del internacionalismo proletario se mantenía latente.

Independientemente de la rehabilitación de la Internacional y del resurgimiento del movimiento obrero, la tardía consolidación del marxismo sobre los anarquistas, después de tantos enfrentamientos estériles, fue un acontecimiento que apuntaba a la unificación y fortalecimiento del socialismo; sin embargo, ciertos cambios operados en el esquema económico-social iban a modificar toda esperanza de unidad desde el momento en que se comenzó a observar que algunas de las expectativas en las que se fundamentaba la esperada revolución, en el sentido de Marx, se alejaban de la realidad debido a que el nivel de vida del proletariado en lugar de empeorar tendía a mejorar, a la vez que la lucha de clases había comenzado a ceder. La revolución, por consiguiente, ya no parecía irreversible —según señaló Eduard Bernstein en Alemania, quien precipitó el primer gran cisma revisionista antes de terminar el siglo.

En Inglaterra, cuna del capitalismo, y con el movimiento obrero mejor organizado de Europa, aunque el más renuente para asimilar la lucha de clases y las ideas radicales de la revolución (debido en gran parte a la

legislación fabril, además de una serie de conquistas sociales que habían logrado llevar la representación obrera hasta el parlamento), fue inevi table que las crisis económicas de las décadas de 1870 y 1880 crearan el campo propicio para la aceptación de las ideas marxistas.

La iniciativa en esta tarea de divulgación corrió a cargo del escritor Mayers Hyndman, quien en 1881 publicó una recopilación de algunos capítulos de *El Capital,* omitiendo el nombre de Marx, que en aquel entonces era impopular. [1] La primera revista socialista aparecida en Londres en 1884, con el título de *Justicia,* fue otra publicación que debe atribuirse a Hyndman. [2]

De mayor impacto en la opinión pública inglesa fue la labor de divulgación de las ideas socialistas emprendida a través de la Sociedad Fabiana por una élite de intelectuales burgueses; entre los que habría que resaltar a Bernard Shaw y H. G. Wells (célebres literatos que propagaban sus campañas de conscientización en sus novelas y obras de teatro), así como la pareja de sociólogos Sidney y Beatrice Bebb, además de Sidney Olivier (el futuro gobernador de Jamaica).

La Sociedad Fabiana, que se consideraba enemiga terminante del capitalismo y en la que no teníú participación el proletariado, había derivado su nombre del general romano Fabio (en honor a su estrategia empleada en la guerra contra los cartagineses, consistente en darle largas al encuentro final con el enemigo en espera de la mejor ocasión para asestarle el golpe definitivo). Con esta estrategia fueron más los logros alcanzados por esta sociedad, atrayendo hacia su servicio organizaciones políticas, económicas y religiosas, que reclutando socialistas conscientes o sembrando la agitación entre los obreros.

Por lo que respecta a la militancia del proletariado en la causa socialista, condición imprescindible para poder hablar de un movimiento social en el sentido de Marx, únicamente la fundación del Partido Obrero de Escocia, denominado 4 años más tarde Partido Laborista Inde-

---

[1] El primer tomo de *El Capital* apareció por vez primera en Leipzig, en 1867.

[2] El mismo que, al lado de personalidades como el científico Aveling y el poeta William Morris, tomó parte activa en la Federación Social Demócrata; organización de progra ma marxista que existía desde 1881, denominada Federación Demócrata en ese enton ces pero que, desgarrada por las divisiones ideológicas, no llegó a cristalizar.

pendiente por el minero marxista James Keir Hardie, puede considerarse como punto de partida de radicalización de un sector del proletariado. La corriente conservadora que sobrevivía en esta organización, que para 1895 contaba con 50 000 militantes, además de una importante representación en el parlamento, rompió con el ala marxista al aprobarse la candidatura de Dan Irving Hyndman en 1906.

En relación con el estado de cosas imperante en Francia, no obstante el retroceso sufrido con la derrota de la Comuna, el resurgimiento del socialismo era inevitable; máxime si se considera la amnistía decretada para muchos prófugos de la Comuna, aunado al triunfo del aliado más fuerte del socialismo francés desde las elecciones de 1876: la república masónica, al amparo de la cual quedaba garantizado un rápido resurgimiento del movimiento socialista.3

El primer antecedente de este renacimiento comunista se inició a partir de la creación del Partido Obrero de Francia, presidido por Jules Guesde en 1879. Sólo que la armonía de este partido, quebrantada por las discrepancias sectarias, apenas llegó a subsistir durante dos años más pues los anarquistas y los proudhonianos partidarios del sistema cooperativo, renuentes a aceptar el dominio de los marxistas, acabaron por separarse de la organización; a su vez, los marxistas, enfrentados contra la corriente reformista de los posibilistas que rechazaban la lucha de clases, volvieron a dividirse.

Posteriormente, dentro esta facción resurgió el grupo de los segui dores de Jean Allemane, otro adepto de la masonería, a la par que los blanquistas se reorganizaron por medio de Eduard Vaillant. Lo más cu rioso de esto es que, a pesar de la disgregación por la que atravesaba el socialismo francés, el crecimiento del movimiento no experimentaba me noscabo alguno, pues en las elecciones parlamentarias de 1893 los parti dos obreros podían contar con 440 000 afiliados.

---

[3] El recurso de la propaganda masiva que los monarquistas no habían sabido aprovechar, fue un factor muy importante para el triunfo electoral republicano. En cuanto al aislamiento en el que se encontraban los socialistas entre los decenios de 1870 y 1890, éste se rompió con el apoyo que la izquierda encontró después en las logias masónicas. Véase **H.** Coston, *La Republique du Grand Orient* (La república del gran Oriente), caps. **III** y **VII.**

Hacia 1889, en el centenario de la revolución francesa, se fortaleció a tal grado el socialismo en Europa, que el siguiente paso conduciría a la unidad perdida por imperfecta que ésta fuese, es decir, la restauración del internacionalismo proletario. A este fin, con motivo del señalado centenario de la revolución, las oportunidades para una posible reapertura de la Internacional se presentaban favorables; de tal suerte que para renovarla, los posibilistas, junto con algunos sindicatos ingleses, hicieron una invitación para celebrar un congreso internacional que tendría lugar en París el 14 de julio, en el aniversario de la toma de la Bastilla.

Antes de que pudiera tener lugar este encuentro, las discrepancias de los "ismos" ya habían empezado a empañar la situación, pues con el propósito de incluir a los guesdistas partidarios de Marx, para quienes era inaceptable una invitación de sus rivales irreconciliables, los socialistas alemanes convocaron a un congreso previo para el 28 de febrero en La Haya con el objeto de zanjar diferencias entre los dos partidos franceses, pero con lo que no se contó en dicha reunión fue con la presencia de los posibilistas.

La unidad se había esfumado nuevamente, antes de que pudiera tener lugar el encuentro. Así, al mismo tiempo que los posibilistas se mantuvieron en espera de su congreso, los marxistas congregados en La Haya optaron por convocar a otro congreso a iniciativa de los alemanes, también para el 14 de julio en París, con la esperanza de unificar ahí a ambos congresos, mas fue inútil. El 14 de julio, en vez de un solo congreso que representase al proletariado europeo, sesionaron dos congresos rivales: el de los posibilistas, en la calle Lancry, al que concurrieron 550 delegados; y el de los marxistas, en la sala Petrelle, que congregó a alrededor de 400 congresistas. Fue este último, por su trascendencia, el que se consideró posteriormente como punto de inicio de la II Internacional. En él figuraron muchos de los lideres socialistas más renombrados de 20 países de Europa y América.

Como presidentes del congreso, en cuanto éste dio comienzo, fueron designados Liebcknecht y Eduard Vaillant. Su inicial apretón de manos en señal de solidaridad entre el socialismo francés y el alemán despertó un estruendoso aplauso. Engels, quien también había hecho acto de presencia a los tres días de la inauguración, escribió: "Nuestro congreso es un éxito. Trescientos cincuenta y ocho delegados hasta anteayer y aún

siguen llegando otros. Más de la mitad son extranjeros, entre ellos 81 alemanes de todos los Estados, provincias y ciudades".4

Un detalle curioso durante esta convención fue el que no se hayan propuesto mociones tocante a la estructura de la nueva asociación, así como al nombre de la misma. El carácter de Asamblea Constituyente de la II Internacional se le atribuyó después, al constatarse la continuidad de la colaboración internacional a la que dio pie este congreso.5

Los resultados prácticos más importantes alcanzados durante el congreso podrían sintetizarse en un importante acuerdo al que se llegó, pese a la oposición de algunos elementos anarquistas, consistente en la reducción de la jornada laboral a ocho horas, la prohibición del trabajo de los niños y el trabajo nocturno, así como la introducción de mejoras para la seguridad laboral de las mujeres y de los jóvenes.

A continuación de la expulsión de unos cuantos alborotadores anarquistas inconformes con esta determinación, a la que calificaban de "reformista", la siguiente resolución que se tomó fue la de señalar el 1 de mayo como día de protesta para manifestar demandas laborales mediante el despliegue de huelgas y manifestaciones. [6] Por lo demás, resta mencionar la última determinación con base en la cual quedó establecido que los socialistas belgas se encargarían de los preparativos del siguiente congreso, que tuvo lugar dos años después en la ciudad de Bruselas. En dicha reunión, la pérdida de los mandatos por parte de los anarquistas señalaría su declinación en la Internacional.

En relación al desarrollo del socialismo belga, que contaba con uno de los partidos mejor organizados de Europa con todo y las divisiones internas entre flamencos —de tendencia socialdemócrata— y valones —con objetivos blanquistas y anarquistas—, cabe resaltar el influjo ejercido por estas dos tendencias luego de su fusión en el Partido Socialista

---

4 *Carta de Engels a Sorge,* 17 de julio de 1889.

5 La vida de la II Internacional tuvo lugar exclusivamente durante sus congresos, hasta que en 1900 se creó la Comisión Central Permanente, mejor conocida como Oficina Internacional Socialista, por medio de la cual la Internacional pudo pasar de una tibia y esporádica comunicación, a una sólida unión, según afirmó Víctor Adler.

6 La elección de este día obedecía al aniversario del atentado dinamitero de 1886, a raíz del cual resultaron convictos los llamados "Mártires de Chicago" en los Estados Unidos.

Belga en 1886, entre cientos de miles de obreros; que, atendiendo a su llamado a la huelga, lograron forzar al gobierno conservador a llegar a una política de compromiso.

En cuanto al socialismo en Austria, casi aniquilado tras siete años de represión a consecuencia de una ola de atentados terroristas, también llegó a unificarse después de expirar la ley de emergencia por mediación de Víctor Adler, el máximo líder obrero austriaco; a quien se debió en gran parte la incorporación, en 1889, de radicales y moderados en el Partido Obrero Socialdemócrata de Austria, de tendencia marxista. En ese mismo año se fundó en Suecia el Partido Obrero Socialdemócrata bajo la presidencia de Hjlmar Brantig; nada más que la penetración de las ideas socialistas en un país tan admirablemente administrado como éste, al igual que Noruega y Dinamarca (aquí el bienestar general es tradicional y la enseñanza se encuentra al alcance de todas las clases sociales), difícilmente podía esperarse que encontraran una buena acogida. Por tal motivo, no es extraño que cuando el obrero Jansen se dirigió a Noruega en labor de proselitismo, en septiembre de 1873, le fue difícil encontrar quien quisiera darle hospedaje o le rentara un local; y cuando logró convocar a un mitin en los alrededores de Tyreholmen, sólo acudieron a él 30 personas.

Ello no quiere decir que los países escandinavos hayan estado a salvo de la proliferación comunista. El Partido Obrero de Noruega (denominado así a partir de 1887), establecido en 1885 a iniciativa del linotipista Christian Holterman-Knudsen, funcionaba desde 1848, no obstante que había sido disuelto por el gobierno en la década de 1850, cuando contaba con alrededor de 30 000 militantes.

Una situación parecida a ésta fue la que experimentó el Partido Socialdemócrata de Dinamarca, que en 1890 logró reunir 20 000 afiliados después de varios años de persecución contra la sección danesa de la Internacional, establecida desde 1871. En los países latinos semindustrializados como España e Italia, la extrema pobreza a la que se había reducido el proletariado, y en especial la clase campesina desposeída de la propiedad de la tierra, fue por el contrario el mejor abono para la propagación de las ideas socialistas; siendo que el elemento precursor de la revolución social **no** lo constituyó el proletariado industrial sino el campesinado.

Los primeros brotes de violencia en Italia, que pusieron de manifiesto el descontento popular, comenzaron en abril de 1877 con la insurrección de San Lupo y Letino, y culminaron con los graves desórdenes producidos en Calatabiano (Sicilia), seguidamente de otras revueltas agrarias sofocadas por las tropas.

Lo que no se logró conseguir mediante la rebelión, que apenas arrebató a las masas, lo obtuvo la política de reformas sociales emprendida por los dirigentes de izquierda que dominaban la política italiana desde 1876. A estos dirigentes, desenvueltos en el ambiente de la masonería y el anticlericalismo, se debió el seguro estatal de accidentes y de enfermedad, aparte de la reforma de la ley de 1882, que permitió la elección de diputados socialistas y obreristas. La aparición del Partido Obrero de Italia, que rechazaba cualquier ideología pero que defendía los intereses económicos de los obreros se produjo ese mismo año. Posteriormente, con la fundación del Partido de los Trabajadores se logró integrar un auténtico partido socialista. Los días de persecución contra los socialistas, organizados en sociedades secretas, parecían haber quedado atrás.

Otro aspecto que caracterizó al socialismo italiano es el que se refiere a la virulencia de sus ideas radicales, especialmente cuando se trataba de combatir el patriotismo o la religión: En *El Proletario,* por ejemplo, podían leerse declaraciones como la siguiente:

"Dios es el mayor enemigo del pueblo, porque maldijo el trabajo. Nada de patria-nación: la patria es una idea abstracta y vacía, en nombre de la cual los reyes llevan a los pueblos al degolladero".7

Tocante a la moral revolucionaria, el manifiesto de los internacionalistas de Apulia en 1878 ejemplifica este punto de vista:

"El blanco a que se ha de tirar es asegurar a los hombres la mayor felicidad posible por el pleno desarrollo de todas sus facultades. La mujer ha de ser la compañera del hombre, no su esclava ni un instrumento de placer. El amor ha de ser libre y prescindir de códigos y rituales. La revolución no es una conspiración que aspira a cambiar en un día la faz de la sociedad; es una lucha constante, material, moral e intelectual contra la actual organización para sustituirla por la asociación libre".8

Sobre el papel social de la mujer, las mujeres de la sección internacionalista de la Romagna y Nápoles señalaron a su vez:

"Nuestro salario es insuficiente; dependemos de los hombres para vivir. La emancipación de la mujer en el fondo es la emancipación del obrero; ambos somos víctimas del capital. La sociedad actual nos dice: Téndete o muere de hambre'. La sociedad del porvenir nos dirá: 'Vive, trabaja, ama'".9

El socialismo en España, caracterizado también por la influencia anarquista, experimentó un precoz desenvolvimiento, con todo y la represión desatada a resultas de las insurrecciones de 1873; entre cuyos sucesos notables puede mencionarse el reparto de tierras al que procedieron los campesinos en algunas provincias, la proclamación de la república del 13 de febrero por 30 000 obreros en la ciudad de Barcelona, además de la fraternización de los marinos que se adueñaron de los barcos de guerra en apoyo a la rebelión socialista de Cartagena. En medio de estas circunstancias, para julio de 1873 la Internacional alcanzó la cifra de 300 000 afiliados.

La difusión de las ideas socialistas en la Revista Social de *Los Descamisados* o *El Petróleo* de Madrid, aparte de otros órganos de prensa, de orientación bakuninista, fue otra libertad de la que gozó el exaltado anarquismo español, enemigo de la religión y de la propiedad privada. "Librémonos —rezaba una consigna de *Los Descamisados*— de este fantasma llamado 'Dios', que no sirve más que para espantajo de los niños. Las religiones no son más que industrias destinadas a engordar a esos saltimbanquis de los curas, como los llama Dupis. Hay que cortar las ramas al árbol social para que se desarrolle. ¡Temblad burgueses, que os engordáis con nuestros sudores! Haced lugar a los descamisados; vuestra tiranía está por caer".1-9

Un pormenor que se puso de manifiesto en el movimiento anarquis ta respecto a las sociedades secretas, fue la afinidad que resultó a partir

8 Ibíd, p. 988.

9 "Manifiesto de la sección internacional de la Romagna y Nápoles, dirigido a todas las obreras de la península", Ibíd., p. 958.

de la rebelión sofocada en 1883 entre la Internacional anarquista y la secta de los bandoleros de *La Mano Negra,* inspirada en el socialismo.

Más allá de Europa, la efervescencia comunista se extendió hacia los Estados Unidos estimulada por la crisis económica del decenio de 1870; a la que se añadió el influjo de la corriente migratoria de revolucionarios procedentes del viejo continente, muchos de los cuales reforzaban a la Internacional americana desde la década de 1860. [11] Posteriormente, con la disminución de la crisis económica decreció el interés de los obreros por la política mas no la acción virulenta del anarquismo, cuyos extremos efectos, aun después de la división del Partido Obrero Socialista de Nor teamérica, sólo cedieron a raíz del escarmiento recibido por George En gel, Spies, Fischer y Lingg (todos ellos extranjeros, mejor conocidos como los "Mártires de Chicago"), con motivo del atentado dinamitero del que resultaron convictos y condenados a la horca por la muerte de 7 policías y 4 obreros, incluyendo a alrededor de cien heridos durante una huelga en demanda de la jornada de 8 horas que se inició el 1 de mayo de 1886. Fecha conmemorada como "Día del trabajo" en casi todo el mundo salvo por los mismos norteamericanos, cuya opinión pública condenó los procedimientos de que se servía el terrorismo.12

Después del retroceso sufrido por los anarquistas con este golpe, la iniciativa del movimiento socialista tuvo que trasladarse a otra organi zación menos recalcitrante: la Federación Americana del Trabajo; la cual, fundada ese mismo año por el emigrante hebreo Samuel Gomperz, abo gaba por el mejoramiento de la clase obrera sin buscar el enfrentamiento contra el gran capital.

---

[11] importancia de los inmigrantes revolucionarios europeos no disminuyó. Cuando en abril de 1919 se formó en Chicago uno de los partidos comunistas, el 25% de sus miembros procedían de Rusia y el otro 75% de otros Estados europeos.

[12] El "Día del trabajo" se conmemora en los Estados Unidos el primer lunes de septiembre. Por otra parte, en 1893, por un decreto del gobernador de Illinois, quien calificó la sentencia de muerte como "crimen a la justicia", puso en libertad a otros acusados en relación al atentado, no obstante que el terrorismo anarquista, de manera similar a la Camorra y la mafia de Italia, había entablado sangrientas luchas contra la policía, además de haber causado la muerte del presidente Garfield, así como, más adelante, la del presidente MacKinkley en 1901.

Respecto al origen semita de Gomperz, éste no era un caso excepcional dentro del sindicalismo americano; aparte de él había muchos otros líderes judíos que obtuvieron el control de diversos gremios de trabajadores, algunos de ellos fueron: Jacob Reuther, William Green, Sidney Hillman, Buckmaster, Albert Fitzgerald, Arthur J. Goldberg, William Schnitzler, David Dubinsky, Harry C. Bates, Joseph Curran, Franck Rosenblum y John L. Lewis.

Sin tener en cuenta su relevancia sindicalista, los judíos no fueron indiferentes ante la suerte de su pueblo. Una evidencia de ello se demostró durante el Congreso de Bruselas de la II Internacional en 1891, cuando la delegación judeo-norteamericana abordó la angustiosa situación de los judíos europeos a raíz de las persecuciones que se desencadenaron desde 1880. Sin embargo, como el planteamiento de la delegación judía conllevaba ciertas pretensiones filosemitas, el congreso las rechazó objetando "que la única lucha es la lucha de clases entre los proletarios de todas las razas y los capitalistas de todas las razas, motivo por el que se condenaba toda clase de agitación semítica o filosemítica"»

Rusia y la influencia de los judíos

AL MISMO TIEMPO que Europa Occidental se desenvolvía bajo el impulso de la revolución industrial, presidida por la burguesía, el pueblo ruso agrícola y aldeano, regido por el despotismo oriental zarista, ajeno a la influencia de la revolución burguesa y el liberalismo de Occidente, sobre llevaba su existencia, anclada en la esclavitud y la servidumbre desde los tiempos de Iván "el Terrible" en el siglo XVI.

Situada entre el autoritarismo Oriental y la civilización de Occidente, Rusia tendía a evolucionar de acuerdo con la cultura y la técnica que tardíamente le llegaban de Europa. La occidentalización del imperio ruso, a largo plazo implicaba una contradicción de fatales consecuencias; ya que si por una parte Rusia se encontraba a expensas de la contribución civilizadora de Europa, por la otra resultaba absurdo tratar de excluir las instituciones liberales ligadas a la civilización, tal y como lo

13 J. Joll, *La II Internacional del movimiento obrero: 1889-1914.*

pretendía la dinastía Romanov; mientras que el pueblo se hundía gradualmente en el atraso y la ignorancia. La ceguera de los zares entorpecía el avance de la historia de Rusia, y a largo plazo lo que logró con su obstinación fue acelerar la caída del imperio.

La oposición

SIN EL CONCURSO de una burguesía en ascenso, reivindicadora de sus intereses frente a la monarquía, ni el consiguiente desarrollo industrial, y en ausencia de la masa obrera como condición imprescindible de la revolución proletaria, a lo largo del siglo XIX acabaron por surgir diversos brotes de oposición desde diferentes sectores sociales del imperio, impulsados por diversas y encontradas tendencias; que abarcaban desde el malestar en el ejército, la oposición de las diferentes nacionalidades, hasta las esporádicas y aisladas revueltas de los campesinos exasperados por el hambre.

No fue sino hasta la década de 1860, con la aparición del populismo, primer movimiento socialista revolucionario denominado así por su identificación con la causa popular, cuando se pudo hablar de un movimiento organizado de la oposición.

Los populistas *(narodniki),* quienes se habían inspirado en la sociedad secreta *Semlya 1 Wolja* (Tierra y Libertad), organizada por el judío Marc Nathanson, pretendían, en contra del marxismo (que presuponía la movilización del proletariado por la gran industria como condición previa para la revolución), que el socialismo también podía surgir a partir de una sociedad agrícola. En cualquier caso, los *narodniki* fracasaron en su tentativa de acercamiento hacia el pueblo ante la indiferencia o la desconfianza de los mismos campesinos, quienes les denunciaban en ocasiones a la policía, sin tomar en cuenta los servicios que muchos de ellos prestaban voluntariamente como médicos, maestros rurales o veterinarios.

A consecuencia de este fracaso, bajo la presión de los partidarios del terrorismo revolucionario, que desaprobaban los métodos pacíficos del reformismo, el movimiento populista se dividió entre evolucionistas y activistas en el Congreso de Voronech de 1879. A partir de entonces, mediante la estrategia del revólver y la dinamita, que tantas vidas había de cobrar entre la nobleza y los funcionarios del imperio, incluyendo la del

zar Alejandro II, los *narodniki,* a los que se sumaron muchos exaltados judíos, se convirtieron en una pesadilla para la seguridad de la monarquía.[14] Empero, sin la concurrencia del pueblo ni el apoyo de un partido político para las clases trabajadoras, como ya lo había hecho notar la crítica marxista, el terrorismo no podría derrotar al régimen monárquico, por lo que a la larga los métodos terroristas de esta facción acabaron por revelarse estériles.

No obstante el fracaso de los *narodniki,* diezmados por la represión desencadenada por Alejandro III, otros grupos de oposición, en la que destacaron los judíos, comenzaron a surgir. En Polonia, por ejemplo, tras la aparición del partido de inspiración marxista *Proletario* en 1882,[15] se unificaron 10 años más tarde las sociedades secretas para dar vida al Partido Socialista de Polonia, que luchaba por una república independiente; en tanto que los trabajadores judíos de Rusia, Polonia y Lituania, se agruparon en 1897 en torno a la Unión General de Obreros Judíos denominada *Bund,* cuyo órgano de prensa secreto, *Voluntad Obrera* llegó a ponerse a la cabeza de los periódicos revolucionarios de Rusia[id]. Por otra parte, Plejanov, el precursor del marxismo ruso, quien sostenía en contra de los populistas que la dinamita y las armas de fuego no podían sustituir la acción de las masas, organizó a la socialdemocracia en *el* exi

---

[14] Fueron numerosos los judíos que se unieron al terrorismo revolucionario desesperados por la creciente pobreza. Varios de ellos fueron capturados y ejecutados, ente ellos: Aarón Gobet (acusado de participar en un complot para asesinar al zar Alejandro **II),** Meir Mlodetsky y Grigori Goldenberg (quienes se suicidaron en la fortaleza **de** Petropavlovsk, después de haber sido detenidos por intentar asesinar al gobernador de Karkov), Salomón Wittenberg y otros miembros del comité ejecutivo, como Aarón Zundelevich y Saveh Zlatopolsky. Véase la *Enciclopedia Judaica*

[15] Según la *Enciclopedia Judaica,* la agrupación socialista *Proletario,* en la que colaboraron muchos judíos, entre los que se destacaron Zigmund Dering y Szymon Dickstein, fue una organización clandestina responsable de numerosas huelgas obreras. Opuesto al *Bund* y al partido nacionalista socialista polaco, la organización *Proletario* abrió el camino al partido marxista socialdemocrático y pretendía colaborar con el movimiento socialista ruso. Algunos líderes judíos, como Herman Diamond, Herman Liebermann y Boleslav Drobner, colaboraron con el *Bund* y con el Partido Nacionalista Socialista de Polonia.

[16] Véase **A. T.** Wassiliew, *Ochrana,* p. 59.

lio, en compañía de Vera Zasulich y los revolucionarios judíos Axelrod y Leo Deutsch en 1883.

Apuntando a la posibilidad que se presentaba para la consolidación de una organización revolucionaria de gran envergadura, ésta fue una idea que supo captar otro revolucionario, también judío, llamado Julius Martov, quien se puso en contacto con Lenin. En ese entonces, este último ya se había dado a conocer como un brillante panfletista que tenía interés en la organización del movimiento obrero, por lo que el encuentro cristalizó en 1895 con la aparición en San Petersburgo de la Unión de Lucha por la Liberación de la Clase Trabajadora. Las perspectivas de esta organización, circunscrita a las reivindicaciones laborales y sin la adopción de una política revolucionaria, eran limitadas. Así y todo, tres años más tarde tuvo lugar en Minsk la primera tentativa de consolidación de un gran partido socialdemócrata al estilo de los de Occidente, con el Primer Congreso Socialdemocrático Panruso; en el que, según Branko Lazitch, de 9 organizaciones que participaron "la más importante y la que facilitó la ayuda financiera material fue el *Bund* sindicalista judío". [7] Sin embargo, la existencia de esta organización, perseguida por la policía y afectada por ciertas divergencias internas, apenas la reconocieron Martov, Potresov y Lenin a la vuelta de su destierro. Con la salvedad de que este último reconocería después que el bolchevismo como corriente del pensamiento político y como partido, existía desde 1903.

Después del susodicho destierro, en 1900 otro acontecimiento importante fue el encuentro que sostuvieron estos líderes revolucionarios con sus colegas exiliados, encabezados por Plejanov en Ginebra; en donde juntos editaron el órgano socialdemócrata conocido con el nombre de *Iskra,* que Lenin se encargaría de distribuir clandestinamente en Rusia. Por medio de este periódico semanal, Lenin encontró la oportunidad de madurar y desarrollar sus ideas radicales en un trabajo titulado *¿Qué hacer?* en 1902. La polémica que desencadenó esta obra fue motivada por los puntos de vista poco ortodoxos de Lenin para la formación de un partido compuesto por intelectuales; a lo que habría que añadir sus violentos ataques a la corriente socialdemócrata, que a base de reformas y mejoras

[17] B. Lazitch, en el prólogo de *Los partidos comunistas de Europa.*

obtenidas para la clase trabajadora en Occidente había optado por el revisionismo, renunciando a la revolución proletaria postulada por Marx para la supresión del capitalismo.

El reproche de desviacionismo era inevitable en ambas partes. A un tiempo que Lenin injuriaba a los adeptos del revisionismo, a los que calificaba de oportunistas; éstos echaban en cara a Lenin la ausencia del proletariado en las filas del partido. La postura de los revisionistas, partidarios de las reformas que volvían innecesaria la revolución, a largo plazo quedó desenmascarada como antimarxista. La concepción del partido por Lenin, en cambio, como una enmienda del marxismo fue más sutil. Nadie sabía mejor que él, conforme a los conceptos elementales del materialismo histórico, mediante los cuales podía distinguirse la revolución "necesaria" fundada en el socialismo científico, de la revolución de los aventureros o los golpistas, que solamente "las relaciones de producción crean la conciencia revolucionaria", por lo que la obra de emancipación del proletariado representaba una misión histórica exclusiva de la clase obrera. ¿Por qué entonces Lenin había adjudicado el cometido de la revolución a una élite del partido, en lugar del proletariado? La respuesta es sencilla: Lenin admitió que la conscientización del proletariado, anunciada por Marx, no se había producido y que, lejos de ello, los sindicatos, que se supone deberían constituir las avanzadas de la lucha proletaria para la destrucción del capitalismo, habían acabado institucionalizados dentro del sistema en calidad de agencias de reformas. Ello se debía —aclaraba Lenin, como sorprendente enmienda a Marx— al carácter espontáneo dentro del cual se desenvolvía el movimiento obrero circunscrito al sindicalismo; de ahí la necesidad de inculcar desde fuera la conciencia socialista del proletariado por medio del partido, al igual que Marx y Engels habían exportado las ideas socialistas al proletariado desde el exterior.

"Hemos dicho que los obreros no podían tener conciencia socialdemócrata. Ésta sólo podía ser introducida desde fuera. La historia de todos los países atestigua que la clase obrera, exclusivamente con sus propias fuerzas, solamente está en condiciones de elaborar una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patrones, reclamar del gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etcétera. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de doctrinas

filosóficas, históricas y económicas, elaboradas por representantes ins truidos de las clases poderosas, por los intelectuales. Los propios funda dores del socialismo científico moderno, Marx y E ngels, pertenecían por su posición social a los intelectuales burgueses". [18]

Los puntos de vista de Lenin fueron criticados en aquel entonces; aunque a largo plazo, sobre todo a partir de la revolución bolchevique, acabaron por imponerse en la izquierda y los intelectuales. No obstante, la duda sobre su apego al marxismo subsistió. Mediante la noción de la `ideología dominante , que explica la conformidad del proletariado y su indiferencia por la revolución en razón de la influencia de las ideas y la cultura de la clase dominante, puede salirse del paso para justificar la inercia del proletariado; pero, cuando se intenta conciliar con el marxis mo la propuesta de un partido de élite para realizar la revolución sin el concurso de la masa proletaria, no resulta fácil; ni siquiera bajo la justi ficación del atraso de Rusia respecto al capitalismo en función de la teoría del desarrollo desigual, expuesta más adelante por Lenin. De acuerdo con la "ley" de evolución de las sociedades, para que tuviese lugar una revo lución socialista, ésta debía de estar precedida por el ascenso de la bur guesía y el desarrollo industrial. Y en Rusia, como lo habían señalado los críticos de la II Internacional, ninguna de las dos cosas se había produci do. La tentativa de una revolución que pretendiese pasar por alto "las condiciones imprescindibles del proceso histórico" parecía tener que ver más con el voluntarismo, que con el materialismo histórico.

Atendiendo a las implicaciones antidemocráticas de la organización propuesta por Lenin, éstas no pasaron desapercibidas a sus contempo ráneos; pues como resultado de esta concepción elitista, en lugar de la participación de los obreros, que constituía la norma en los partidos con secuentes con el marxismo en Europa Occidental, en el partido de Lenin el proletariado quedaba subordinado a un puñado de expertos, cuya pre sencia obedecía al reconocimiento de que el proletariado no había aprendido mucho de sus enfrentamientos contra la burguesía, ni se encontraba en condiciones de ponerse al frente de la revolución social. De ahí la importancia de la élite vislumbrada por Lenin, para instruir y

[18] V. I. Lenin, ¿Qué *hacer?*, p. 142.

revelar a la clase obrera cuáles debían ser sus verdaderos intereses y auténticas aspiraciones; aunque esta masa obrera, que necesitaba ser maniobrada para que se comportase como proletariado y a la cual se ne cesitaba decirle hasta lo que era el proletariado, pocas veces lo desease y comprendiese en realidad.[19] El resultado de todo esto conducía inevita blemente a la manipulación del proletariado. Rosa Luxemburgo, quien intuía las consecuencias antidemocráticas de semejante organización se lecta y disciplinada, afirmaba que lo que Lenin llamaba "disciplina pro letaria" no era más que la disciplina impuesta por el comité central, y León Trotsky, el futuro colaborador de Lenin, sentenció, anticipándose proféticamente a los hechos: "La organización del partido asume el lugar del partido mismo; el Comité Central asume el lugar de la organización; y, por último, el dictador asume el lugar del Comité Central".

En cualquier caso, las iniciativas de Lenin fueron planteadas ante el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, que se celebró en Londres en 1902. Y si bien éstas se rechazaron por los congresistas exiliados en 1917, tras la toma del poder por los bolcheviques acabó por imponerse el criterio de Lenin, que habría de extenderse a los demás partidos comunistas de Europa.

Ya que se ha mencionado el II congreso de la socialdemocracia rusa, no está por demás aclarar el que a pesar de la fuerte oposición que encontraron entre los delegados las ideas de Lenin —a cuyo planteamiento se debe el primer cisma del partido socialdemócrata que distinguía entre mencheviques y bolcheviques—, fueron los bolcheviques, los partidarios de Lenin, los que quedaron en mayoría en vista de la defección del bando hebreo inconforme con la negativa —votada por el congreso— para el reconocimiento del *Bund* como la única organización representativa de los obreros artesanos judíos. Al votarse la siguiente instancia de Lenin, quien pretendía la subordinación de los comités locales al comité central, sin la oposición de los bundistas, que partieron luego de la 27 sesión, el control del congreso por los bolcheviques fue inevitable.

---

19 Véase G. H. Sabine, *Historia de la teoría política*, p. 585.

Por lo que se refiere a la importancia de los revolucionarios judíos, la deserción del *Bund* apenas disminuyó su preponderancia en la socialdemocracia, pues en el ala menchevique todavía destacaban Trotsky, Martov, Dan, Axelrod y Vera Zasulich. Y algunos años después, durante el V congreso celebrado en Londres, 2 de cada 3 delegados eran judíos;21 situación similar a la que prevalecía entre los dirigentes bolcheviques, puesto que Lenin era judío por vía materna, así como Radeck (hijo de una acomodada familia judía de Galicia), Litvinov (judío ucraniano), Lozovzky (quien se unió a los bolcheviques en 1903) y Zinoviev (el brazo derecho de Lenin, con quien habría de viajar en el memorable vagón sellado que les condujo a Petrogrado en 1917, en vísperas de la revolución).

Desde el punto de vista materialista, el que un conglomerado judío haya organizado la revolución en Rusia carece de interés sustancial puesto que, con arreglo al marxismo, no son las ideas, ni tampoco un puñado de líderes, quienes determinan la historia, sino la estructura económica. ¿Por qué entonces atribuir tanta importancia a la masonería o a los líderes judíos de la revolución?

Quizá esta pregunta pueda contestarse con otra pregunta: ¿Por qué casi todos los líderes e ideólogos de la revolución tenían que ser siempre judíos o adeptos a la masonería?

La tarea de la revolución fue una obra que sólo le correspondía realizar al proletariado, según el materialismo histórico, pero hasta el presente no se ha presenciado semejante revolución. En cambio, la persistente actividad revolucionaria de los judíos y de la masonería, no solamente en Rusia sino en el mundo entero, parece indicar que han existido otros agentes del comunismo más importantes que el proletariado.

Sobre la influencia de los judíos en el comunismo, independien temente de la situación en Rusia, debe advertirse que sus anteceden tes fueron relevantes. Ya desde el siglo XVIII, influenciado por el mesianismo judío, Saint Simon especuló sobre la utopía de un mundo

[21] Véase L. D. Stuart, *Las raíces del comunismo ruso (un estudio social e histórico sobre la socialdemocracia rusa).*

en donde todos los hombres fuesen hermanos. Posteriormente, dos de sus seguidores, Barthelemy Prosper Enfantin y Armand Bazard, ambos de origen judío, consideraban la emancipación de su pueblo como una con dición esencial para la "liberación de la humanidad"; a la vez que Jean Czynsky, socialista judío originario de Polonia, afirmaba que la "libertad de Polonia y la emancipación de los judíos polacos eran conceptos por los que todos los judíos polacos tenían que esforzarse". Puntos de vista que chocaban con el antisemitismo de Fourier, quien pasando por alto la in conformidad de algunos de sus seguidores de origen hebreo, impugnaba la emancipación del "pueblo elegido", al que consideraba esencialmente como un pueblo de parásitos, mercaderes y usureros.

Según Nesta Webster, fueron ellos, los judíos, "quienes proporcionaban en Alemania la fuerza motriz para la insurrección masónica de 1848";[22] acontecimiento en el que destacó Robert Feinberg, otro revolucionario de origen judío que más tarde habría de morir deportado en Siberia.[23] A propósito de dicha revolución, 4 años antes Disraeli[24] había profetizado por boca de Sidonia, la heroína de Conningsby:

"Esta poderosa revolución que actualmente se está preparando en Alemania será en realidad una segunda y más grandiosa reforma, de la cual apenas se sabe nada en Inglaterra; se está desarrollando enteramente bajo los auspicios de los judíos, quienes casi monopolizan las cátedras profesionales en Alemania".25

Posteriormente, Disraeli, quien al parecer era ajeno a las fuerzas secretas de la revolución, escribió:

"Fácil es descubrir la influencia de los judíos en la última explosión del principio destructivo (en Europa). Hay una insurrección en contra de la tradición y la aristocracia, en contra de la religión y de la propiedad. Las sociedades secretas, que forman gobiernos provisionales, proclaman la destrucción del principio semítico, la extirpación de la religión judía,

---

22 N. Webster, *Revolución mundial,* p. 252

23 Véase "Socialism" en la *Enciclopedia Judaica,* p. 28

24 Benjamín Disraeli, político inglés de origen judío, jefe del partido Tory y primer ministro en 1874.

25 N. Webster, *op. cit.,* p. 252.

sea en su forma mosaica o en la cristiana, la igualdad natural de los hombres y la abrogación de la propiedad; y a la cabeza de todas esas sociedades se encuentran individuos de la raza judía. ¡El pueblo de Dios en contubernio con los ateos; los más hábiles acaparadores de riquezas, aliados con los comunistas; la raza escogida, tiende la mano a las heces y a las castas más bajas de Europa! Y todo únicamente porque desean destruir ese cristianismo ingrato, que hasta el nombre les debe y cuya tiranía no pueden sufrir más tiempo".[6]

De acuerdo con estos testimonios, en coincidencia con los supuestos del antisemitismo, que atribuía un plan de dominación mundial de los judíos a través de la masonería y el comunismo, no podía pasarse por alto que Carlos Marx ha sido señalado también como uno de los autores de dicho plan. A pesar de su origen judío, en este caso la acusación resulta difícil de sostener, debido a que en la *Cuestión Judía* Marx dejó claro su rechazo al judaísmo, así como hacia toda tentativa de emancipación de carácter religioso-racial ajena a la finalidad del socialismo, mediante el cual se persigue la emancipación de la clase trabajadora entera, sin distinción de raza ni de nacionalidad; aunque quizá, precisamente por ello, es por lo que ciertos filósofos y sabios judíos, quienes encontraron en los vaticinios de Marx la continuación del mesianismo judío, se han llegado a preguntar si realmente éste había roto con la tradición rabínica de sus antepasados.[27]

Contrastando con esta ambigüedad, fue más abierta la identificación que Eduard Bernstein (el famoso lider del movimiento revisionista alemán de fines de siglo) sintió con el pueblo de Israel. Influenciado por los líderes de *Póale Sión*, Bernstein, el hijo de un obrero judío de Berlín, había apreciado a tal grado la posición estratégica del pueblo judío que llegó a sugerir, en su obra *La misión de los judíos en la guerra mundial*, que los judíos podían convertirse, aprovechando su dispersión, en los pioneros del internacionalismo que un día uniría a las naciones y prevendría la guerra. Posteriormente, impresionado por el sufrimiento de los judíos

durante la Primera Guerra Mundial, cambió de parecer y optó por el establecimiento de un hogar para los judíos en Palestina; él mismo llegó a ser líder del Comité Internacional Socialista ProPalestina.28

A propósito del sionismo, mucho antes de Bernstein, otro teórico judío alemán llamado Moses Hess, quien colaboraba también con la masonería, ya se había distinguido como precursor del sionismo, aunque sus conceptos éticos sobre socialismo, enfrentados a la teoría de la lucha de clases de Marx y Engels, no pudieron prosperar.

Otro destacado líder obrero de origen judío, con menos vocación teórica que Hess pero **más** sobresaliente por su éxito práctico, fue el organizador de la socialdemocracia Ferdinand Lasalle; quien vía la Asociación General Obrera de Alemania, fundada en 1863, dio coherencia a la más importante corriente de izquierda en Alemania, cuya meta socialista se pretendía alcanzar mediante el sufragio universal, en lugar de la revolución proletaria.

Además de estas figuras del escenario internacional, debe conside rarse el papel desempeñado por otros colaboradores judíos de la Interna cional como, por ejemplo, Luigi Wolff (quien formara parte de la comisión encargada de redactar el programa y los estatutos de dicha organiza ción); Fribourg y Lázaro Levy (ambos representantes de la sección fran cesa de la Internacional. El primero, discípulo de Proudhon, y el segundo seguidor de Marx); Borkheim (quien escribía para el *Semanario Demo crático);* Utin (director del semanario ginebrino *Igualdad);* Leo Frankel y Simón Deutsch (quienes destacaron en la revolución de la Comuna).

Respecto a Austria y Gran Bretaña, tampoco puede decirse que ha yan estado exentas de la penetración judeo-comunista. En este último país, en donde ya había sido fundado el *ha-Sozyalistim ha-Ivrim,* bajo la influencia de los judíos socialistas ingleses, tomó parte activa un crecien te número de judíos procedentes de Rusia; entre los cuales se encontra ban Joe Finberg, Boris y Zelda Kahn, y de una manera más relevante Theodor Rothstein, quien, después de enfrentarse al antisemitismo de Hyndman, llegó **a** ser líder de la Federación Socialdemócrata.

28

Véase "Bernstein, Eduard" en la *Enciclopedia Judaica.*

Dentro del socialismo británico, el caso de Marx Aveling, la menor de entre las hijas de Marx (la misma que llegó un día a afirmar: "mis momentos más felices son cuando estoy en el este de Londres, entre los trabajadores del pueblo judío"), representa un ejemplo significativo.29

Por lo que se refiere a Austria, puede añadirse, aparte de Victor Adler, el número uno del socialismo austriaco, a Max Adler, Hugo Breitner y William Ellenbogen, militantes de primer rango en las filas del partido socialista y partidarios de la asimilación del pueblo judío como antinomia de las aspiraciones nacionalistas de los judíos. La adhesión al movimiento laboral sionista de Julius Brauntal fue la excepción entre los líderes judíos partidarios de la asimilación.

Alemania

DE MANERA SIMILAR al desarrollo del movimiento obrero de grandes di mensiones en Francia y Gran Bretaña, también en Alemania la causa obrera se mostró vulnerable ante las inevitables discordias y discrepan cias de los partidos socialistas.

En 1864, tiempo después de la prohibición para la asociación de los obreros, paralelamente a la Internacional, existía la recién fundada Asociación General de Trabajadores de Alemania, que contaba con alrededor de 4 600 afiliados, [30] cuando la organización se resintió por el vacío dejado por Lassalle a raíz de su muerte en ese mismo año. Desenlace a continuación del cual Bernard Becker, el hombre recomendado por el extinto líder como su sucesor, se enfrentaba en la presidencia a las pretensiones manipuladoras de la condesa de Hatzfeld; mientras que el control del movimiento pasaba sutilmente a manos de Schweitzer, director del periódico *El Socialdemócrata,* que representaba el único órgano de cohesión dentro del desorden por el que atravesaba la asociación.

En 1867, cuando se presentó la oportunidad de elegir diputados para el parlamento, con motivo de la transformación política subsiguiente a la guerra austro-prusiana, la unidad del socialismo alemán fue más desa-

---

29 Véase "Socialism", en la *Enciclopedia Judaica.*

lentadora; pues en tanto que Sweitzer terminó dirigiendo dictatorial mente a la asociación, la condesa de Hatzfeld optó por fundar otro par tido al ser rechazadas sus reivindicaciones nacionalistas.[31] En estas circunstancias, desgarrados por el divisionismo y sin medios financie ros, tres partidos socialistas se presentaron por separado a las eleccio nes para el parlamento de los Estados del Norte.[32] Solamente el entusiasmo y la disciplina de la masa obrera, que se había mostrado su perior a sus dirigentes, hicieron posible el primer éxito obtenido por el socialismo alemán en el parlamento. Como representantes del Partido Popular Sajón triunfaron Bebel, Liebcknecht, Gótz y Scharps; a la par que la Asociación quedó representada por Schweitzer y Reincke; por el partido de la condesa de Hatzfeld resultó electo Fórsteling. Por primera vez los sostenedores de la monarquía pudieron escuchar críticas como las de Karl Liebcknecht, dificilmente imaginadas antes en semejante medio.

"Hay que desmontar —afirmaba Liebcknecht— este ejército frondo so que el canciller ha creado para que sirva a su política de expansión y de fuerza. En su lugar precisa formar una política popular, según el pa trón suizo".33

La trayectoria de Liebcknecht fue aún más sobresaliente cuando, al lado de Bebel, logró incorporar al partido sajón a la Internacional en el congreso de Nuremberg de 1868, en el que se evidenció la trayectoria marxista de la organización.

"La emancipación de la clase trabajadora tiene que ser obra de la propia clase trabajadora", subrayaba el nuevo programa del partido sa jón, y agregaba: "La libertad política es imprescindible para la libertad económica. La emancipación del proletariado no puede ser un problema local, ni nacional, sino internacional, que abarque a todos los países".34

---

31 Separación que se prolongó hasta que volvieron a fusionarse en el partido lasalleano, después de la guerra franco-prusiana de 1870.

32 Además del partido de la condesa y del de la asociación, también existía desde 1866 el Partido Popular Sajón, surgido bajo el liderazgo de Bebel y Liebcknecht a partir de ciertas divergencias ideológicas con Schweitzer.

33 A. Ramos Oliveira, *Historia social y política de Alemania*, p. 246.

34 Ibíd, pp. 247-248.

Al poco tiempo, bajo la dirección de Bebel y Liebcknecht, el partido sajón se convirtió en la organización socialista representativa de la clase obrera; fue por ello por lo que los sindicatos independientes de la Asociación, cansados de la dictadura de Schweitzer, se fusionaron con el partido sajón para integrar el Partido Socialista Obrero en el congreso celebrado en Eisenach el 7 de agosto de 1869. Un ario después, la solidaridad del internacionalismo proletario todavía quedó en entredicho con el estallido de la guerra franco-prusiana; empero, tras la unificación política de Alemania, lograda mediante la guerra, la unidad del socialismo alemán era cuestión de tiempo.

La reacción contra la dirección personalista de Schweitzer y la elección para presidente de Hasenclever en 1871, quien inició una política de acercamiento hacia el partido de Eisenach, señalaron el primer paso encaminado a tal fin; y más adelante, la persecución desatada por Bismarck en 1874 contra el socialismo alemán acabó por acelerar el proceso de unificación.

Desgraciadamente para el llamado grupo de Eisenach, la culminación de este proceso, que se celebró en el Congreso de Gotha de 1875, significó un retroceso de su trayectoria marxista en vista de sus concesiones al lasallismo. El resultado, no obstante, hizo crecer a la socialdemocracia (es decir, al lasallismo) que, unificada bajo el Partido Socialista Obrero, con 12 diputados en el parlamento y 24 periódicos, con alrededor de 100 000 suscriptores, apenas dejó sitio en Alemania donde no se escuchasen los implacables ataques de sus oradores al imperialismo bismarckiano.

La hostilidad que atrajo sobre sí el movimiento socialista no se hizo esperar, de suerte que en 1878 los atentados de Mide' y Nobiling contra la vida del emperador dieron la oportunidad a la monarquía de cerrarle el paso.

Parece ser que en esa ocasión los autores del delito no estaban involucrados con el terrorismo político, al menos se carecía de pruebas que demostraran lo contrario; pero la prensa y los partidos burgueses responsabilizaron de todos modos a la socialdemocracia por el atentado. Entonces los socialistas tuvieron que enfrentarse nuevamente a una ola de persecuciones en cuanto fueron aprobadas por el parlamento las leyes de excepción propuestas por el canciller Bismarck.

Con todo, ni la disolución de las organizaciones socialistas, ni la prohibición de sus periódicos, aparte de una serie de detenciones, lograron poner en jaque el resurgimiento del socialismo clandestino, como lo logró tiempo después la inesperada política social de Bismarck.

Una serie de leyes que Bismarck hizo aprobar (seguro de accidentes de trabajo, seguro de enfermedad y un sistema de pensiones para la vejez), con el objeto de desarmar a la socialdemocracia, representaban una amenaza para el socialismo, aunque la mayor parte de los obreros y sus dirigentes, para quienes era evidente la estrategia de Bismarck —por lo menos en un principio—, no se dejaron engatusar por unas cuantas mejoras materiales; otros líderes, por el contrario, como Hasenclever y Blos, vieron buena voluntad en la nueva política del gobierno, y convencidos de la sinceridad de Bismarck trataron de persuadirle para que derogara las leyes de excepción. Mas éste, irritado por los violentos ataques al gobierno por *El Socialdemócrata,* que entre tanto circulaba clandestinamente, respondió que "no podía pactar con los miembros de un partido enemigo de la sociedad y del Estado". Fue un suceso instructivo el que a continuación Hasenclever y Blos, quienes desaprobaban el carácter subversivo de dicho periódico, negaron que éste representase a la socialdemocracia, la cual se encontraba desorganizada, según afirmaron de paso.

El impacto de ambas declaraciones fue inmediato. A la vez que *El Socialdemócrata,* dirigido por Eduard Bernstein, llegó a acusar a Hasenclever y Blos de oportunismo, el partido los desaprobó. La estrategia de Bismarck había empezado a dar resultado, la socialdemocracia se hallaba una vez más dividida.

Todavía en el Congreso de Copenhague de 1883, al que asistieron 60 delegados de Alemania, volvió a demostrar cierta consistencia el partido proscrito con su rechazo a la engañosa política del reformismo social, así como con su unánime reiteración de los ideales socialistas; pero a la larga, el mejoramiento de las condiciones de vida de la clase obrera en los principales países industrializados no tardaría en provocar la mayor de las confusiones entre las filas socialistas.

Todo comenzó después de 1890, apenas unos cuantos años después de la difusión de las ideas marxistas en Alemania, vía Karl Kautsky, un novel escritor de origen checoslovaco, cuando una fracción importante de la socialdemocracia comenzó a ceder ante el reformismo social y reaccionó contra el carácter revolucionario de la teoría marxista.

Los puntos de vista del reformismo fueron expuestos por primera vez en 1891 por Vollmar, un diputado socialista de origen bávaro que renunció a la oposición sistemática al capitalismo.

Simultáneamente, el Congreso de Erfurt, cuyo programa marxista había sido redactado por Kautsky, favorecía en sus objetivos a corto plazo al reformismo: sufragio universal, impuesto sobre el ingreso, referéndum, jornada de ocho horas, enseñanza laica y seguridad social.

En cuanto a las ideas de Vollmar, quien incluso exhortaba a los ciudadanos alemanes a cumplir con su deber militar en caso de guerra, éstas fueron rechazadas al principio por la socialdemocracia, pero poco después Eduard Bernstein, el verdadero artífice del movimiento revisionista, volvió a ocuparse de ellas con más éxito.

Influenciado por Lujo Brentano y Werner Sombart durante su exilio en Inglaterra, aunque inicialmente fue discípulo de Engels, Bernstein llegó a la conclusión de que los obreros debían renunciar al romanticismo revolucionario en vista de la ausencia de la lucha de clases y de la creciente prosperidad económica que prometía un mejor futuro para la sociedad. Paralelamente, la teoría marxista del colapso del capitalismo aparecía cada día más desacreditada a los ojos de muchos militantes socialistas; entre quienes empezó a encontrar buena acogida el revisionismo bernsteniano, principalmente a partir de 1895, cuando comenzó el acelerado crecimiento de la economía alemana.

El fantasma de la disensión había llamado a la puerta, y esta vez no se trataba de una querella más entre otras tantas, sino de la primera gran crisis sufrida por el marxismo; en el momento en que comenzaba a imponerse sobre las demás sectas rivales, como los bakuninistas, los proudhonianos, los blanquistas.

El fondo de la controversia parecía favorecer a los argumentos sustentados por el revisionismo contra el partido ortodoxo, el cual se veía impotente para responder a la crítica.

Antes de poder juzgar si las objeciones del revisionismo eran acertadas, veamos cuáles eran los presupuestos de la dialéctica de los que dependían los pronósticos sociales de Marx.

Marx y la dialéctica

SI EXISTE alguna diferencia esencial entre el marxismo y el socialismo utópico, ésta se deriva de la concepción, por parte de Marx y Engels, del materialismo histórico y el materialismo dialéctico; dualidad teórica que arrancaba desde la filosofía, y que englobaba a la historia, la economía y la sociología. Con lo cual, el socialismo aparecía como resultado de un conjunto de leyes de desarrollo social, lejos de la candidez de los reformadores utopistas, que apelaban a la equidad de los gobernantes o suponían que bastaría con que la sociedad deseare el socialismo para que éste se materializara.

Así, la teoría de Marx no se concretaba a justificar el socialismo; simultáneamente representaba la primera tentativa en el campo de las ciencias sociales para establecer las leyes que rigen el proceso histórico. Con base en los principios materialistas que afirman la prioridad de la materia sobre la conciencia, así como la objetividad y la infinitud espacio-temporal del universo, es el factor económico —se sostiene— y no las ideas de los hombres ni los personajes de la política, lo que determina la historia de la sociedad humana.

Más que el materialismo, tan viejo como la historia misma de la filosofía, desde el materialismo ingenuo de la antigüedad hasta el materialismo mecanicista francés del siglo XVIII, lo revolucionario de la concepción marxista es la dialéctica. Sólo mediante esta fórmula, que supone un avance sobre el método metafísico, había sido posible concebir los fenómenos de la naturaleza en sus mutuas relaciones, en su desarrollo y en sus contradicciones internas.

Antes de que fuese formulado el materialismo dialéctico, ya Hegel había tenido el mérito de reconocer las leyes de la dialéctica; pero según Marx y Engels, el defecto de la dialéctica hegeliana consistía en que "no había sido extraída de la historia y la naturaleza, sino otorgada a ellas desde lo alto como leyes del pensamiento". Sin embargo, bastaba con "invertir" estas leyes de la metafísica, a la naturaleza, para obtener una interpretación científica del desarrollo progresivo del mundo natural de la historia.

Bajo estos antecedentes, sin la intervención de ser sobrenatural alguno y sin más teoría del conocimiento que la información de nuestros sentidos, el materialismo dialéctico reconoce el universo en plena evolu-

ción, como causa de sí mismo, en un proceso infinito y sin plan en donde no existe nada fijo ni principios inmutables; y en donde todo evoluciona de lo simple a lo compuesto y desde lo inferior a lo superior, en virtud de la dialéctica.

La primera ley de la dialéctica, es decir, la unidad y la lucha de los contrarios en sustitución del `Demiurgo' (el artífice del mundo en la filosofía platónica) y de la creación, establece que el automovimiento de la materia se explica por la contrariedad de los fenómenos como fuente de desarrollo. Según este principio, "todos los objetos y fenómenos del mundo que nos rodean tienen su aspecto positivo y su aspecto negativo, su pasado y su futuro, lo que caduca y muere, y lo que crece y se desarrolla. La lucha entre estas tendencias opuestas e implícitas en los objetos y fenómenos mismos del mundo objetivo, constituye la fuente o fuerza motriz de su desarrollo".35

Un ejemplo típico de la lucha de los contrarios aducida por el marxismo, lo representan la adaptación y la herencia. La herencia —se afirma— es el aspecto positivo de los organismos y la mutabilidad su aspecto negativo, en virtud de que la adaptación niega o desplaza a la herencia. Es esta discrepancia la que conduce al desarrollo gradual de los seres vivos.

La transición de lo cuantitativo a lo cualitativo constituye el enunciado **de** la segunda ley de la dialéctica. Mediante esta fórmula, todo cambio cualitativo producido en la naturaleza y en la sociedad se interpreta como el resultado de previas variaciones cuantitativas, y viceversa. El paso del estado líquido del agua al gaseoso mediante incrementos graduales de temperatura, y la transición del estado líquido al sólido por disminución de temperatura, representan una clara muestra a la que recurrió Engels para demostrar esta ley dialéctica.

La tercera ley de la dialéctica, a saber, la negación de la negación, que es el resultado de la lucha de contrarios, consistente en el cambio de calidad, significa que toda síntesis es a la vez tesis para una nueva antí tesis. La germinación del grano de cebada, por ejemplo, representa la negación del grano, es decir, la extinción del grano que dio origen a la

---

[35] **F.** V. Konstantinov, *Fundamentos de la filosofía marxista,* p. 245.

planta; y a su tiempo la multiplicación **de** los granos de cebada, luego de la fecundación y desaparición de la planta, representa la negación de la negación.

En el ámbito social, de manera similar a lo cambiante y transitorio, para el materialismo histórico **la** historia de la sociedad significa la sucesión irreversible de una serie de etapas en las que la sociedad no antagónica, o sea, las sociedades primitivas sin clases sociales, nos remiten a la sociedad de clases como la actual, denominada antagónica; la cual a su vez conducirá nuevamente a la sociedad sin clases en el futuro, esto es, el comunismo. En este devenir, la sociedad de clases ha atravesado ya por tres etapas: la antigüedad, el feudalismo y el capitalismo.

Conforme al mecanismo de esta teoría del "curso necesario", las causas del desarrollo social no se encuentran en la "Idea universal" o "espíritu universal", como sostenía Hegel, sino en las condiciones materiales de la sociedad. Marx sintetizó en el *Prólogo a la contribución de la economía política* sus ideas fundamentales sobre el mecanismo del proceso social:

"En la producción social de su vida, los hombres contraen determi nadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política, y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de pro ducción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su concien cia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas producti vas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desen vuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, es tas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella.

"Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen

nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua.

"Las relaciones burguesas de producción son la última forma del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana".36

El materialismo histórico y el materialismo dialéctico representan los pilares fundamentales sobre los que descansa la estructura teórica de Marx; punto de partida de la corriente revolucionaria del pensamiento más importante de la historia contemporánea, sobre la que tanto se ha escrito y discutido. Como movimiento político, el marxismo prosperó lentamente, compitiendo con las demás escuelas socialistas del siglo XIX; después, bajo la influencia de Lenin y el triunfo de la revolución bolchevique, el marxismo se extendió por todo el mundo como la corriente del pensamiento dominante del siglo XX.

La impresionante concepción en la que Dios había sido reemplazado por **el** hombre parecía tan perfecta, que Lenin llegó un día a afirmar: "La doctrina de Marx es omnipotente porque es verdadera".37

Independientemente de estas palabras, por contundente que haya resultado la concepción de Marx, ésta no estuvo exenta de objeciones, ya que la realidad es demasiado compleja como para ser abarcada por la teoría, según advirtieron ciertos críticos del marxismo, quienes tomaron nota de la confusión en la que se incurrió.

Sobre la influencia hegeliana en el marxismo, etapa que Marx ase guraba haber dejado atrás, mucho se insistió en que no fue así. El punto de partida de la tentativa científica de Marx se originó en su categórico

[36] C. Marx y F. Engels, *Prólogo a la contribución a la crítica de la economía política,* pp. 182-183.

[37] F. V. Konstantinov, *op. cit.,* p. 109.

rechazo al idealismo filosófico. No obstante, la misma necesidad histórica que prevalecía en el historicismo hegeliano es la piedra angular sobre la que descansa su sistema. Marx había sustituido simplemente la metafí sica idealista por otra metafísica encubierta por el materialismo, en nom bre de la ciencia.

El reconocimiento de que todo objeto existe con independencia del sujeto, representa un vínculo entre el materialismo y la ciencia; empero de la adopción de la dialéctica como guía general de las ciencias, resultan muchas incongruencias. Veamos un ejemplo de ello.

Existen algunos críticos de la dialéctica que rebaten el cambio cualitativo del agua al pasar de un estado a otro, en virtud de que la composición química permanece inalterable, al igual que en el caso de la licuefacción de los metales. De todas formas, cuando los marxistas hablaban del cambio cualitativo en general, no se equivocaban; si apreciamos las diferencias cualitativas de la tierra de hace más de 3 000 millones de años al presente, nos podemos dar una idea de ello; la dificultad, por ende, no parece residir en la constatación del cambio, sino en su explicación. Por ejemplo, el materialismo dialéctico ha calificado a la luz y a la oscuridad como una pareja de contrarios dialécticos, sin considerar que, estrictamente hablando, la oscuridad es solamente la ausencia de ondas electromagnéticas; es decir, no existe como entidad real, mientras que por definición los contrarios dialécticos son elementos o fuerzas opuestas entre sí, materializados dentro de un mismo objeto o fenómeno.

El caso de los estados de agregación del agua representa otro fenómeno en el que se hace un equívoco manejo de la lucha de contrarios. Según el materialismo dialéctico, el paso de un estado a otro del agua se debe a la fuerza de atracción y repulsión de las moléculas, aunque la tendencia natural de los cuerpos consiste en mantener unidas las partes de su sistema. ¿Cómo puede producirse el cambio en ausencia de uno de los contrarios? Mediante la adición o sustracción de temperatura, o sea, por medio de la acción de un factor al que el marxismo atribuye una influencia secundaria (contrario externo), excluido por definición para formar una pareja de contrarios dialécticos.

Tampoco dejará de resultar significativo agregar que, el paso de un estado a otro del agua no representa necesariamente progreso alguno en la naturaleza, como lo afirma la negación de la negación.

Paralelamente a todas estas antinomias, los argumentos en contra de la dialéctica son frecuentes en otras parejas de contrarios citados por el marxismo. En el caso de los procesos animales, el materialismo dialéctico afirma que en el pollito existen dos fuerzas antagónicas, una para que continúe como está y otra para que se transforme en gallina. En realidad sólo existe la segunda, porque científicamente no se conoce ninguna fuerza que impida al organismo su desarrollo natural, de la misma manera que resulta dificil de entender cómo la asimilación o la desasimilación en el metabolismo de los organismos puede transformarse la una en la otra, de acuerdo con los principios de la dialéctica.38

Volviendo al ámbito de lo social, las predicciones de Marx fundadas en esta teoría resultaron desapegadas a los hechos, toda vez que a más de 200 años de capitalismo industrial ni se ha llegado a producir una revolución proletaria como la que Marx preconizó, ni se ha evidenciado la agudización del enfrentamiento entre la burguesía y el proletariado, a pesar de las crisis del capitalismo. Más bien, el objeto del movimiento obrero ha consistido en demandar una mayor participación de la producción, que en perseguir **la** destrucción del sistema capitalista; logrando así mejores niveles de vida en contradicción con los pronósticos marxistas sobre la depauperación creciente.

Otra evidencia significativa, en contra del marxismo, que se aferró a identificar a la dialéctica con la ciencia, fue la disensión de la corriente marxista encabezada por Louis Althusser, quien rechazó la dialéctica como un vestigio teleológico del hegelianismo.

A pesar de lo dicho, el cuestionamiento de las expectativas fundamentales de Marx es más complejo de lo que parece, no hay que perder de vista que si la socialdemocracia dio la espalda al marxismo ante el fracaso de sus pronósticos político-sociales, Lenin, en su oportunidad,

[38] "La dialéctica marxista examina los contrarios no como elementos muertos, rígidos, inmóviles, sino como elementos vivos, móviles, que se transforman el uno en el otro". Véase **D.** G. Efimov S. y Timofeva A., *La ley de la negación.* Asimismo, a Mao Tse-Tung, *Obras escogidas: "[...]* la unidad o identidad de los contrarios en las cosas objetivas no es algo muerto o petrificado, sino algo vivo, condicionado, móvil, temporal y relativo; sobre la base de determinadas condiciones, cada uno de los aspectos de la contradicción se transforman en su contrario. Y el reflejo de esto en el pensamiento humano constituye la concepción marxista, dialéctica materialista, del mundo".

amplificó la controversia más adelante con la introducción de su noción sobre el imperialismo.

CAPÍTULO VIII

La II Internacional y el imperialismo

CONTINUANDO con la historia del movimiento obrero, una vez es tablecida la II Internacional en el congreso marxista de la sala Petrelle en 1889, si por algo se distinguió esta organización, a diferencia del orden autoritario que prevalecía en la I Internacional, fue por la autonomía de sus partidos; cualidad que de alguna manera contri buyó a una existencia más prolongada, en contraste con su antecesora, desgarrada prematuramente por las disensiones internas.

En estas circunstancias, sin mayor órgano coordinador que la presi dencia de Emile Vandervelde, destacado lider del socialismo belga, [1] la vida de la II Internacional se desarrolló durante 11 años exclusivamente en sus congresos, de los que resultó como primera consecuencia práctica la declinación definitiva de los anarquistas. En el congreso de 1891 les habían sido retirados sus mandatos a causa de su recalcitrante actitud, y en el congreso de Zurich de 1893 se llegó a una resolución que los ex cluía : "A la asamblea se permite el ingreso de los sindicatos obreros, de partidos y agrupaciones socialistas, que reconocen la necesidad de las organizaciones obreras y de la acción política".2

En vista de la actitud de los anarquistas, quienes no creían en otra alternativa para la liberación del proletariado que la destrucción del po der político, el congreso de Londres de 1896 determinó la expulsión de los facciosos; impidiendo así que éstos paralizaran a la Internacional, con virtiéndola en tribuna de sus pretensiones.

Sobre la filiación masónica de Vandervelde puede consultarse la "Masonería" en la *Enciclopedia* Espasa-Calpe.

2 K.-L. Günsche y K. Lantermann, *Historia de la Internacional Socialista,* p. 78.

Al mismo tiempo que la Internacional ajustaba cuentas con los anarquistas, otra inquietante perspectiva comenzaba a plantearse ante el movimiento obrero.

En aquel momento existían muchas razones para que se sintieran optimistas. A tal grado había llegado el crecimiento del socialismo de partido, que ese mismo año August Bebel podía jactarse de que en Alemania la socialdemocracia había obtenido 1 700 000 votos en las últimas elecciones, en tanto que dos años después el parlamento francés contaba con 57 diputados socialistas. Lo paradójico de esto era que, a medida que crecía el movimiento obrero más lejos de la revolución se encontraba, y sí, por el contrario, más adaptado a la sociedad capitalista.

Una prueba conmovedora de la distancia que separaba al socialismo de partido de los revolucionarios comunistas, enemigos de cualquier complicidad con el sistema, fue la actitud complaciente de la socialdemocracia con el imperialismo y colonialismo alemán; sin que importara el que el congreso de 1896 hubiera condenado al colonialismo, por considerarlo como una manifestación del capitalismo.

Éste era el estado de cosas que prevalecía por aquel entonces, cuando Eduard Bernstein, el fundador del movimiento revisionista, se sintió más independiente en su crítica del marxismo después de la muerte de Engels, y atacó la teoría de la plusvalía y el "derrumbe" en su obra de 1899 *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia.* Ese año se desencadenó la controversia del revisionismo, en la que Bernstein, más apegado a la realidad, pugnaba por una política sistemática de re formas sociales conforme a la experiencia del partido socialdemócrata, en tanto que los partidarios marxistas de la lucha de clases sostenían el dogma de la revolución.

Cuando el 29 de julio Allexandre Millerand,[3] diputado socialista en el parlamento francés, aceptó una cartera en el ministerio de comercio, invitado por el gobierno republicano de Waldeck Rousseau, esta misma polémica se extendió a Francia. Para justificar su decisión, Millerand había aducido la crítica situación por la que atravesaba la III República,

[3] Allexandre Millerand era masón desde 1883 en la logia *La Amistad.* Véase H. Coston, *La Franc-Maconnerie au Parlament* (La francmasonería en el parlamento).

amenazada por el escándalo Dreyfus, argumento que no logró evitar la indignación que se propagó a las ramificaciones socialistas de Europa.

En el congreso socialdemócrata de Hannover fueron rechazados los puntos de vista de Bernstein, y más tarde, en el congreso de la Internacional que se celebró en París en 1900, apenas encontraron acogida las propuestas revisionistas; pero Kautsky, el mismo que una vez demandara la expulsión de Bernstein del partido, defendió la participación de los socialistas en un gobierno burgués en caso de emergencia, proposición que fue aprobada por la mayoría del congreso.

La aparición de la Oficina Internacional Socialista, organismo en que estaban representados todos los partidos y que sesionaba por lo menos una vez al año, también se produjo como resultado del congreso de París. Mediante esta oportuna medida fue posible pasar de la comunicación esporádica de los partidos, a una integración más eficiente.

Coincidentemente, el problema del revisionismo, lejos de tranquilizar a la II Internacional, se desarrolló con mayor virulencia. Después del repudio al revisionismo por el congreso socialdemócrata de Dresde, en 1903, la disputa se reanudó en el congreso de la Internacional de 1904 en Amsterdam.

Jean Jaurés, otro colega francmasón,[4] quien justificó la postura de Millerand, tomó partido por la causa reformista y argumentó que por medio de esta política había sido posible salvar la vida de la III República. Bebel replicó: "Con todo lo que envidiamos a vosotros, los franceses, vuestra República, no por ella nos dejaremos cortar la cabeza. Monarquía o república, ambos son estados clasistas. La diferencia consiste en que en la república burguesa la lucha de clases se lleva en forma más abierta".

Jaurés rebatió lo que calificó como "rigidez de vuestras doctrinas teóricas", y de paso señaló la incapacidad de acción de la socialdemocracia alemana.

En la práctica, la Internacional era más reformista que revoluciona ria, sólo que una actitud tolerante con el revisionismo hubiera parecido herética, por lo que los revisionistas fueron rechazados de nuevo por 25

[4] De acuerdo con una lista de masones ilustres, publicada por R. Martínez Zaldúa, en *Historia de la masonería en Hispanoamérica.*

votos contra 5 y 12 abstenciones. Aun así, la derrota del revisionismo era más aparente que real. Hacía mucho que la Internacional avanzaba más por métodos burgueses que por la vía revolucionaria.

La fundación de *La Humanidad,* financiado por acaudalados capitalistas, fue un curioso precedente que contribuyó a demostrar que la revolución y la alta banca no son siempre incompatibles. [5] Jaurés, quien era el director del periódico, recibió la suscripción de varios colegas francmasones; entre quienes destacó el banquero Louis Louis Dreyfus, quien más tarde contribuyó con 20 000 francos. Posteriormente, la banca judía Rothschild colaboró con 53 000 francos, valiéndose de los prestanombres Achille Rosnoblet y Héllene Rosnoblet.

Fueron numerosos los hombres como Allemane, Marcel Sembat y Groussier, quienes permanecieron fieles a la Internacional y a la masonería al mismo tiempo. A propósito de esta última, no está por demás añadir que a ella se debió el sustancial incremento de diputados socialistas en el parlamento francés, que aumentó de 20 en 1893 a 54 en 1906.6

Además de los problemas teóricos, volviendo a los quehaceres de la Internacional, éstos no representaron el único desvelo de esta organización. Otras prioridades, como las del imperialismo y la huelga general, también se trataron ampliamente.

En medio de la vorágine armamentista que se había adueñado de Europa desde fines de siglo, no había parecido inminente una guerra de grandes dimensiones como en ese entonces, motivo por el cual el problema sobre la actitud que debía adoptarse ante un eventual conflicto europeo apareció en primer término en el congreso de Stuttgart de 1907. Durante dicha reunión (la mayor de la Internacional hasta ese momento) los delegados franceses se pronunciaron por la agitación, la huelga general y hasta el levantamiento, como medidas de disuasión contra la guerra; pero Bebel, quien conocía las limitaciones de la socialdemocracia en su país, objetó que en Alemania semejante tipo de recursos eran imposibles.

H. Coston reproduce una lista completa de los accionistas en *La Haute Finance et Les Révolutions* (La alta finanza y las revoluciones).

6 Véase **H.** Coston, *La Republique Du Grand Orient* (La república del gran Oriente), p. 93.

Si en el curso de los debates quedó de manifiesto que la actitud de los congresistas ante la guerra era de resignación, la postura antibelicista de la Internacional no quedó en tela de juicio. A iniciativa de Rosa Luxemburgo, Lenin y Martov, el congreso concluyó:

"Ante la amenaza de una guerra, los trabajadores de las naciones interesadas y sus representantes estarán obligados a remover cielo y tierra para impedir la guerra, empleando los medios más convenientes; los cuales, naturalmente, pueden variar e intensificarse, según el agravamiento de la lucha de clases y de la situación política global. En caso de que, a pesar de todo, la guerra sea inevitable, estarán obligados a intervenir para acelerar su fin y procurar aprovechar con todas sus fuerzas la crisis económica y política, ocasionada por la guerra, como toque de atención en las masas populares y aceleramiento de la caída del dominio de las clases capitalistas".7

Más adelante, en el congreso de Copenhague de 1910, el socialista Vaillant y el diputado inglés James Keir Hardie insistieron en la cuestión de la huelga general como recurso para la preservación de la paz, mas como no se llegó a ningún acuerdo sobre la estrategia a seguir la decisión se aplazó para el siguiente congreso.

Mientras que los dirigentes de la Internacional se ponían de acuerdo para conjurar la guerra, una complicada red de alianzas y rivalidades entre las potencias europeas se encontraba lista para desencadenar el mayor conflicto armado de aquel entonces. De hecho, la disputa por las posesiones coloniales ya había conducido a la guerra Boer de 1889 y a la guerra ruso-japonesa de 1902-1905 por el control de Manchuria. Uno de los factores que más contribuyeron al desequilibrio político europeo fue la aspiración colonialista de Alemania, cuando casi había terminado el reparto del mundo. La crisis política provocada por las reclamaciones de la Whilhelmstrasse en 1911 sobre Marruecos, administrado en ese entonces por los franceses, dio una prueba de ello.

Después de esta disputa, superada a continuación del envío de un acorazado alemán al puerto de Agadir y las evasivas de Rusia para apo yar a su aliada por un territorio considerado de escaso interés, [8] un nuevo

G. Nollau, *Las Internacionales,* p. 31.

conflicto, suscitado entre Turquía y los Estados balcánicos en 1912, de terminó a la Internacional a convocar a un congreso extraordinario los días 24 y 25 de noviembre en la ciudad de Bruselas; en donde, una vez más, la Internacional encontró la oportunidad de hablar en nombre de la paz y señalar, de paso, la competencia naval entre Gran Bretaña y Ale mania como uno de los mayores peligros para la desestabilización euro pea. Tampoco en esta ocasión los líderes de la Internacional pudieron llegar a un acuerdo práctico para enfrentarse a la guerra.

En otros aspectos, la situación no era tan alarmante, pues aun si en 1914 Europa controlaba Oceanía, las 9/10 partes de África y más de la mitad de Asia, para la tranquilidad de los europeos, la pasión por el im perialismo experimentó una súbita declinación a partir de 1906.

En cuanto a la pretendida rivalidad económica entre Gran Bretaña y Alemania, considerada como una de las principales causas de la I Gue rra Mundial según las teorías del imperialismo económico, ésta era más aparente que real. Sería absurdo pasar por alto las inevitables fricciones que algunas veces se produjeron a causa de la competencia comercial entre ambas economías; pero, en el fondo, el comercio bilateral era más complementario que antagónico: en 1913 casi el 20% de las importacio nes del Reich procedían de Gran Bretaña y, a su vez, ésta absorbía más del 18% de las exportaciones alemanas.9

De acuerdo con la concepción de Hobson, Rudolf Hilferding y Rosa Luxemburgo —entre otros—, basada en el incremento de las inversiones de Inglaterra en los mercados de ultramar, la causa de las disputas in ternacionales por el reparto del planeta se debía a la incapacidad del capitalismo monopolista para absorber la propia producción dentro de sus fronteras, en vista del límite de la capacidad de consumo interna; por eso, para evitar que la ganancia decreciera, la inversión colonial, con mano de obra y materias primas a bajo costo, hacía posible la expansión de inversiones más lucrativas. Rosa Luxemburgo inclusive consideraba que sin el imperialismo, a largo plazo, el capitalismo no podría sobrevivir.

[8] La república francesa y el imperio ruso eran aliados desde 1892.

[9] Véase R. Aron, *Un siglo de guerra total*, pp. 66-67.

Podrían señalarse como evidencia de esta teoría las grandes sumas de capital invertido por algunas metrópolis en sus respectivas colonias. El capital belga destinaba al año 187 millones de francos al Congo Belga por concepto de materias primas, cuando solamente 13 millones iban a parar a Inglaterra. Las importaciones estadounidenses pasaron en Filipinas de 6% en 1893 al 55% en 1925.10

Al margen de estas cifras, las estadísticas han demostrado, en términos generales, que la mayoría de los países europeos practicaban menos de la cuarta parte de su comercio con las colonias ultramarinas; ni siquiera Gran Bretaña, el mayor Estado colonialista del aquel entonces, dedicaba más del 50% de sus inversiones a su imperio colonial. [11] Entre esta metrópoli y Francia —los rivales de Alemania— importaban cada una más artículos de esta nación, que de los susodichos mercados coloniales. Además, es un hecho histórico que el capitalismo, inexistente como entidad colectiva, no tomó iniciativa o recurrió a otras medidas de presión para la conquista de las colonias. Fue la ambición y la sed de poderío de las cancillerías europeas la que se valió de argumentos económicos para justificar sus pretensiones colonialistas. La indiferencia de los inversionistas europeos por los mercados coloniales quedó de manifiesto en más de una ocasión. Durante la crisis de Marruecos, el gobierno alemán lamentó la renuencia de la banca y del medio financiero para secundar sus proyectos colonialistas, hasta que una serie de sociedades, por condescendencia con el ministerio del exterior, firmó —sin siquiera enterarse del contenido— una solicitud reivindicadora de importantes intereses económicos en Marruecos. De manera análoga, el banco de Roma extendió sus operaciones a Tripolitania, a instigación del ministerio de relaciones del exterior. [12] Por cuanto se refiere al proyecto del ferrocarril de Bagdad, éste tampoco obedecía al cálculo económico, sino a una idea política.

Únicamente el caso del evidente belicismo de la industria pesada alemana, puesto de manifiesto en periódicos como la Gaceta Renano-

10 Véase H. E. Barnes, *Historia de la economía del mundo occidental,* p. 775.

11 Véase W. *J.* Mommsen, *La época del imperialismo. (Europa 1885-1918),* p. 12.

12 Véase R. Aron, *op. cit.,* p. 52.

Westfaliana, podría señalarse como una de las excepciones del desinte rés general del capitalismo por las aventuras imperialistas. Existen más evidencias para encontrar los orígenes del desencadenamiento de la gue rra en el ámbito de la política y en el apasionado nacionalismo de aquel entonces, que en las teorías neomarxistas.

Desde que Alemania se elevó al rango de potencia mundial, fue un hecho que para ciertos oficiales de la escuadra y hombres de Estado del imperio británico la guerra estaba decidida; a su vez los alemanes, conscientes de que el tiempo trabajaba en contra de ellos, se inclinaban por la guerra, particularmente en vista de la recuperación de Rusia desde la derrota de 1905 y el tendido de vías férreas hacia Occidente; al mismo tiempo que los franceses, que no olvidaban la "deshonra" de 1870, estimulados por el servicio militar de 3 años, ardían en de.".3eos por la venganza y la recuperación de Alsacia-Lorena.

Este era el estado de la situación cuando el asesinato del archiduqe Francisco Fernando, heredero de la corona de Austria-Hungría, proporcionó el pretexto para la guerra. [13]

Según el conde Czernin, quien refirió en su libro *En la guerra mundial:* "El archiduque sabía muy bien que el peligro de un atentado contra él era inminente. Un año antes de la guerra me anunció que los francmasones habían decretado su muerte, y me indicó también la ciudad en donde esta decisión había sido tomada, citándome los nombres de diferentes políticos húngaros y austriacos que debían saber algo de ello". [14] La jugada de la estrategia alemana pretendía limitar el conflicto a una guerra austro-servia, pero la movilización de los ejércitos rusos provocó una reacción en cadena y la negociación diplomática se tornó inútil. Durante aquellos días cruciales se resintió la falta de organización de la Internacional para enfrentarse a dicha eventualidad.

Los defensores de la concordia internacional se habían pasado años enteros discutiendo sobre lo que tendría que hacerse ante la amenaza de

una guerra; y cuando llegó el día de la verdad, no disponían de plan al guno para organizar un boicot internacional contra la guerra. Poco antes del inicio de las hostilidades, la actuación de la Internacional se limitó a algunas manifestaciones antibelicistas en Bélgica y Alemania, aparte de los ataques verbales de Hugo Haase, el sucesor de Bebel al frente de la socialdemocracia alemana, contra la irresponsabilidad del gobierno aus triaco. El 21 de julio tuvo lugar otra asamblea de la Internacional en la que, como de costumbre, no se llegó a nada. Después del asesinato de Jean Jaurés, el máximo defensor de la colaboración entre socialistas franceses y alemanes, una tardía determinación del Partido Socialista de Alemania envió a Herman Müller a París para tratar de establecer una acción conjunta, mas fue inútil. A continuación del ultimátum germano para detener la movilización rusa, el 1 de agosto se produjo la declaración de guerra; y cuando el día 4 llegó el momento de deliberar sobre los cré ditos de guerra en él Reichstag, los diputados socialistas terminaron vo tando a favor.

Cuando Lenin se enteró de que el partido socialdemócrata más importante de Europa había dado la espalda a los principios de la Internacional, pensó que la noticia era falsa. Después, cuando la realidad se impuso, consciente de lo que ello significaba, exclamó: "La Segunda Internacional ha muerto".

Lo que sucedió a continuación no era dificil de imaginar. Justificándose en el principio de legítima defensa, los socialistas belgas y franceses optaron por la lealtad nacional, al igual que los socialistas austriacos y el Partido Laborista de Gran Bretaña. De los 10 partidos socialistas existentes en los 7 países en guerra, nada más 4 defendieron el internacionalismo proletario. El fracaso de la Internacional era evidente. Al mismo tiempo que los socialistas ingleses habían decidido luchar hasta la derrota del "imperialismo alemán", los socialistas alemanes apoyaron la política de su gobierno; a su vez, la respuesta poco conciliadora de Emile Vandervelde a una tentativa de los suizos e italianos para reactivar la Oficina Internacional Socialista fue muy elocuente: "En tanto los soldados alemanes estén acuartelados en casas de obreros belgas, no puede pensarse en una sesión del Buró".15

Un año después se produjo la primera tentativa para reivindicar los principios de la Internacional; iniciativa que corrió a cargo de un grupo

de socialistas italianos, suizos, polacos y rusos, quienes convocaron a la conferencia de Zimmerwald realizada en septiembre de 1915.

Como resultado de esa reunión, a la que se tuvo el cuidado de invitar exclusivamente a los defensores de los presupuestos tradicionales de la Internacional, se rechazó la pretensión de Lenin de hacer de la guerra mundial una guerra civil por considerarla "un disparate peligroso", así como sus esfuerzos para fundar una nueva Internacional purificada de desertores y de oportunismo, según se expresara un año antes en el *Socialdemócrata.*

De todas formas, la Oficina Internacional Socialista rechazó el acuerdo tomado por una minoría y la Comisión Socialista Internacional, que debía sustituirla provisionalmente, no dio ningún resultado. Las repercusiones del movimiento de Zimmerwald se circunscribieron a una manifestación de 10 000 personas en Berlín a fines de 1915, además del rechazo a los créditos de guerra de 20 diputados socialistas, y el abandono de otros 22 en el momento de la votación.

En abril de 1916 tuvo lugar otra reunión de esta minoría oposicio nista en Kienthal, mas era dificil que la diversidad de los delegados que la integraban, entre la que figuraban bolcheviques, mencheviques y al gunos alemanes del Grupo de Trabajo Socialdemócrata, llegase a un acuerdo sobre el término de la guerra y su postura frente a la Oficina Internacional Socialista. En cuanto a las insistencias de Lenin para fun dar una nueva Internacional, prematuras en ese entonces, fueron recha zadas objetándose la ausencia de apoyo popular.

15 **K. -L.** Günsche y K. Lanterman, *op. cit.,* p. 97.

CAPÍTULO IX

La economía política de Marx

ENFRENTADA al desencadenamiento de la guerra, la impotencia de la Internacional era desesperanzadora. Sobre el internacionalismo proletario se había impuesto una vez más la solidaridad nacional. Muy pocos marxistas eminentes, como Lenin, Karl Liebcknecht y Rosa Luxemburgo estaban dispuestos a aceptar la derrota de su país. La deserción de la socialdemocracia de los postulados de la Internacional no era, por otra parte, ningún acontecimiento novedoso; la guerra de 1870 había evidenciado hasta qué punto la Internacional era consecuente con sus principios. Por añadidura, a la controversia del revisionismo, el fiasco de 1914 mostró hasta dónde llegaba la crisis por la que estaba atravesando el marxismo durante este periodo.

Consciente de esta crítica situación, Lenin, quien había consagrado su vida a la revolución y al partido en Rusia, comprendió la urgente necesidad de enfocar su atención hacia los últimos cambios operados en la evolución del capitalismo; tarea a la que se dedicó con ahínco a partir de ese entonces. La crisis por la que atravesaba el movimiento socialista no consistía en una de tantas querellas entre aficionados al socialismo, como antaño. Si la tentativa científica de Marx había dado fundamentos verosímiles al socialismo, el inconveniente de la situación se había suscitado a partir del momento en que los hechos históricos contradecían a la teoría, según lo habían hecho notar los críticos de la socialdemocracia; pues de todas aquellas expectativas, como el deterioro de la economía capitalista y la agudización de la lucha de clases, nada se había producido.

¿Hasta qué punto la concepción marxista pudo haberse alejado de la realidad, tal y como lo sostenía la crítica revisionista?

Más allá de las especulaciones preliminares sobre la evolución de la sociedad esbozadas en el Manifiesto de 1848, cuyas bases descansaban en la dialéctica (según se ha visto anteriormente), Marx dedicó el resto de su vida a fundamentar con mayor profundidad su teoría del desarrollo del capitalismo, expuesta magistralmente en *El Capital.*

A través de esta obra monumental —dificil de resumir—, en donde la búsqueda de la ganancia aparece como la ley fundamental del capitalismo, Marx distingue dos tipos de cambio en las sociedades productoras de mercancías: el circuito M-D-M, en el que el productor intercambia sus mercancías mediante el trueque, o vía el dinero, para obtener otras mercancías necesarias para su subsistencia; y el proceso D-M-D', característico del capitalismo burgués, en donde el dinero es el principio y el fin, con la condición de que al final del circuito el capitalista se encuentre con mayor cantidad de dinero que con lo inicial, a saber, D' es mayor que D.

Para explicar mediante la teoría de la plusvalía este misterioso intercambio, en el que se adquiere más de lo que se tenía en un principio, Marx se apoyó en la teoría del valor-trabajo de David Ricardo; según la cual, el valor de toda mercancía es proporcional a la cantidad de trabajo socialmente necesario incluido en ella. Lo más interesante de este sistema teórico, consiste en su concepción del trabajo como cualquier otra mercancía sujeta a la ley del valor. En cuanto a su precio, o sea, el salario que el capitalista paga al obrero a cambio de su fuerza de trabajo, equivale al tiempo de trabajo socialmente necesario para producir todos los bienes y servicios indispensables para la sobrevivencia del obrero y su familia.

Este punto de la teoría de la plusvalía, que suministra la clave de la explotación del capitalismo, se explica de la siguiente manera: el origen del excedente se debe a que el tiempo de trabajo durante el cual el obrero produce un valor equivalente a su trabajo, es más corto que la jornada efectiva de trabajo. Se sobreentiende cuál es la fuente de la plusvalía, es decir, la parte de la jornada de trabajo que el capitalista se apropia a costa del trabajo del obrero.

Por lo que se refiere a la intensidad o a la magnitud de la explotación denominada tasa de plusvalía, la podemos comprender mejor bajo otros términos:

Si, por ejemplo, durante una jornada de trabajo de 8 horas un obrero produce en la mitad del tiempo un valor equivalente a su salario —Marx denomina trabajo necesario a esta parte de la jornada—, en la segunda parte de la jornada, denominada trabajo excedente, el capitalista se está adjudicando un porcentaje de valor equivalente al salario del obrero, por lo que podemos deducir que la tasa de plusvalía o de explotación es en este caso del 100%. En esta forma es como se sobrentiende que, la tasa

de plusvalía es la proporción del tiempo de trabajo excedente con respecto al trabajo necesario.

Haciendo alusión a la finalidad del sistema capitalista, ya estamos en condiciones de poder explicar ahora en qué consiste la proporción crucial para el capitalista, esto es, la tasa de ganancia.

En términos precisos, podemos definir que la mencionada tasa de ganancia consiste en la proporción de la plusvalía o trabajo excedente en relación al desembolso total de capital.

Si precisamos que Marx entendía por capital constante a aquella parte del capital empleada en el gasto de instalaciones, maquinaria y materias primas, y a la parte del capital empleada en el pago de salarios, la denominaba capital variable. Representando el capital constante como C, el capital variable como V y la plusvalía como P, podemos definir que el valor total de cualquier mercancía producida dentro del sistema capitalista equivale a la suma de estos tres componentes del valor, es decir:

C -F V 4- P. valor total

Una vez expuesto este esquema, en cuanto se considera la acumulación de capital, que representa la fuerza motriz del sistema, aparece una primera complicación teórica debido a la controvertible concepción marxista de la fuerza de trabajo como una mercancía más, regida por la ley del valor.

Para entrar en materia, lo que debemos considerar, apoyándonos en la ley de la oferta y la demanda que rige las proporciones del cambio entre las mercancías, es que todo incremento en la demanda de una mercancía redunda en el consiguiente incremento en los precios. Ahora bien, bajo el impacto de la acumulación de capital, esto es lo que sucede con la mercancía fuerza de trabajo.

Normalmente, cuando en una sociedad presidida por la ganancia y la competencia se produce cualquier desviación del precio de una mercancía por encima de su valor, un mecanismo inexorable pondrá nuevas fuerzas en movimiento para devolver a la mercancía a su precio de equilibrio.

La forma en que se verifica este mecanismo es sencilla: si un elevado precio, por ejemplo de los productos textiles, reporta una ganancia anormalmente alta, otros inversionistas serán inducidos a lucrar dentro de la

industria textil, de tal suerte que la oferta vuelva a crecer hasta hacer caer los precios.

Este mecanismo regido por la ley de la oferta y la demanda debería de funcionar para todas las mercancías, solamente que en el caso de la fuerza de trabajo —una mercancía fuera de lo común— la situación es diferente, ya que en ausencia de una industria productora de fuerza de trabajo, no existe un mecanismo, al igual que en las demás mercancías, que impida que su precio se exceda por encima de su valor.

Marx estaba consciente de las serias implicaciones de este problema, pues de no cumplirse la ley del valor en el caso de los salarios, impulsados a subir por la expansión del capital, ¿cómo podría sustentarse la teoría de la plusvalía, si ésta depende de la diferencia que existe entre el valor de la fuerza de trabajo y la mercancía producida? Incluso, sin la existencia de un control sobre esta tendencia a la alza de los salarios, como el objeto del sistema es el incremento de la plusvalía a expensas del capital variable, es decir, los salarios, ni la existencia del capitalismo sería concebible.

La respuesta a este problema, desde el punto de vista de algunos economistas liberales como Schumpeter, es que la teoría de la plusvalía es falsa; pero Marx, recurriendo al argumento del ejército de reserva del trabajo, sustentó una opinión diferente.

Bajo las necesidades de expansión del capital, cuando la demanda de trabajadores sobrepasa a la oferta, el resultado es el aumento automático de los salarios; mas este incremento difícilmente llega a convertirse en una amenaza para la plusvalía puesto que el ejército de reserva del trabajo, que no es otra cosa que la masa de trabajadores desplazada por la maquinaria, es la fuerza señalada por Marx que, por medio de su competencia con los obreros activos, ejerce una presión descendente sobre los salarios.

La existencia del ejército de reserva del trabajo, o el desempleo provocado por la maquinaria introducida para ahorrar mano de obra, representa para Marx la clave de la teoría de la plusvalía; contradicción de vital importancia para el capitalismo, sin la cual no podría subsistir la plusvalía ni la clase que la sustenta; toda vez que una reducción de este ejército de reserva industrial de trabajo, o su desaparición total, verificada durante una curva de prosperidad, es motivo suficiente para provocar

la depresión económica a causa de una parálisis de la inversión en virtud de los altos costos de la mano de obra.

La ley de la tasa decreciente de ganancia es otro punto en el que se constatan las dificultades progresivas de un sistema basado en la búsqueda de ganancia. Según Marx, este descenso de la ganancia se origina por el incremento de la composición orgánica de capital, o sea, la amplitud con que el trabajo es provisto de materiales, maquinaria e instalaciones en relación con el capital variable.

Aunque antes de Marx esta amenaza para el sistema había sido vislumbrada por los economistas clásicos, la realidad contradice a la teoría; pues resulta ser que las empresas que obtienen mayores ganancias, son aquellas en las que el capital constante es más elevado. Aparte de que resultaría dificil determinar si el cumplimiento de esta controvertida ley representa una amenaza de muerte a corto o largo plazo para el capitalismo, según se llegó a especular más adelante, puesto que su verificación depende de otros factores que contrarrestan o agravan el descenso de la ganancia.

El aumento de la intensidad de la explotación mediante la extensión de la jornada de trabajo, por ejemplo, es uno de los factores que contribuyen a contrarrestar dicha tendencia a la caída. El comercio exterior, en la medida en que puede proporcionar materias primas y artículos de consumo más baratos que los del propio país, es otro de los factores que contribuye como contrapeso de las pérdidas. La exportación de capital para la obtención de mejores beneficios en el extranjero y la formación de monopolios como coalición de los capitalistas organizados contra los compradores mediante el cor ',rol de la oferta, puede considerarse también dentro de la serie de factores que contrarrestan la tendencia a la caída de la tasa de ganancia.

En contrapartida con estas fuerzas, la acción protectora de los sindicatos, además de la intervención del Estado en beneficio de la clase trabajadora para la limitación de la jornada legal o la introducción de seguros contra el desempleo, son factores en contra de la tasa de ganancia.

La fuente de los males y absurdos del capitalismo parece no tener limite para Marx; pues, a la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, entre otros inconvenientes del capitalismo, hay que agregar la sobreproducción como un verdadero azote que se cierne sobre la sociedad después

de cada periodo de prosperidad, de la misma manera que al día sigue la noche.

Desde el punto de vista de los economistas liberales, las crisis provocadas por la sobreproducción forman parte del ciclo normal de auge-depresión del capitalismo; pero para Marx, quien no alcanzó a elaborar una teoría sistemática sobre las crisis, el hecho de que el capitalismo requiriese de crisis periódicas para compensar los excesos de la sobreproducción, a causa de la tendencia del consumo a quedarse atrás en relación a las necesidades expansivas de la producción, significaba una aberración que dificultaría cada vez más el funcionamiento del sistema.

Pese a estos terribles pronósticos, la realidad había puesto en tela de juicio a la teoría, pues en pleno siglo XX la prosperidad de los países industrializados había logrado alejar a la clase obrera de la revolución, y en vísperas de la guerra mundial en lugar de defender la causa del internacionalismo proletario, esta misma clase obrera se inclinó por el nacionalismo.

En medio de esta crisis por la que atravesaba el movimiento socialista en plena guerra mundial, al mismo tiempo que los obreros europeos luchaban en el frente por sus respectivos países, la aparición de la teoría del imperialismo, publicada por Lenin en 1916, logró devolver la confianza en la obra de Marx en el momento crítico por el que atravesaba.

Para poder argumentar su justificación de los presupuestos marxistas, Lenin tuvo que reconocer que la problemática del capitalismo expuesto por Marx había sufrido una modificación, puesto que desde fines del siglo XIX se había iniciado una m-tamorfosis del sistema que únicamente en parte le había tocado presenciar al autor de *El Capital.* De hecho, antes que Lenin, el economista inglés Hobson, quien en realidad dio la pauta, se había adelantado en 1902 al dar a la publicidad en su *Ensayo sobre el imperialismo* los avatares del gran capital.

Con arreglo a esta situación, de la cual Lenin estaba al corriente, una de las características esenciales del capitalismo tradicional, la com petencia, a través de la estrategia (muy difundida entre los capitalistas) de la reducción de los precios con el objeto de obtener mayores ventas sobre los demás capitalistas, había conducido a la supresión de la compe tencia con la introducción del monopolio.

Este proceso monopolista, que se había iniciado después de 1870 y que Marx conocía bajo el nombre de centralización de capital, había sido posible mediante una prolongada lucha a muerte de los precios, en seguida de la cual o desaparecían muchas empresas pequeñas o se fusionaban con las más fuertes. Una vez dueñas de la situación para imponer sus precios, las empresas sobrevivientes se reponían de los tiempos dificiles con la obtención de cuantiosas ganancias a costa de la capacidad adquisitiva de las masas. La coexistencia de una superganancia con el bajo poder de compra que frenaba la demanda interna conduciría inevitablemente a una congestión de capital dificil de reinvertir.

Afortunadamente para el capitalismo, según advertían los expositores de la teoría imperialista, antes de llegar a este callejón sin salida todavía existía una solución al problema: la exportación del capital; recurso al que contribuyeron las mayores posibilidades expansivas del llamado capital financiero, que entre tanto se había consolidado a raíz de la fusión del capital industrial con el capital bancario.

A diferencia del análisis de Hobson, Lenin señaló como causas de la exportación de capital el control de las fuentes de materias primas, y el afán de dominio sobre los mercados extranjeros, que conducirían inexorablemente al expansionismo colonial y las disputas internacionales por el reparto territorial del planeta.

Con todo y el desencadenamiento de la guerra —continúa Lenin—, el recurso del imperialismo resultaba de vital importancia para prolongar la vida del capitalismo. Las colonias de los respectivos imperios significaba una oportuna salida para el exceso de capital acumulado, aparte del bajo costo de las materias primas y la mano de obra de las que se beneficiaba el gran capital, que habían permitido a la burguesía europea elevar el nivel de vida de sus obreros y evitar el hundimiento de la clase trabaj adora.

A expensas de la riqueza y el trabajo de otros pueblos más atrasados, podía explicarse el bienestar del proletariado y la prosperidad de las naciones líderes capitalistas. Las posibilidades de sobrevivencia del capitalismo habían sido subestimadas. Pero pese a las apariencias en contra, Lenin consideraba que las bases del marxismo continuaban vigentes y que los días del capitalismo estaban contados, puesto que los cambios introducidos por el capital monopolista no modificaban los presupuestos marxistas; lo que había cambiado eran las circunstancias. El recurso del

imperialismo lejos de suprimir las contradicciones del capitalismo, sim plemente las aplazaba; pues al término del proceso de difusión del capi talismo por el orbe tendría que llegarse al punto de partida del mismo problema, a saber, el exceso de capital y el subconsumo de las masas.

Si el cuadro de los hechos concordaba poco o nada con la imagen que Marx había pintado de la situación, a este respecto la teoría del imperialismo de Lenin podía explicar la aparente incongruencia: Marx no se había equivocado en sus apreciaciones sobre la lucha de clases y la revolución proletaria. Fue por la intervención imprevista del imperialismo y sus enormes utilidades obtenidas sobre los países atrasados como pudo evitarse la depauperación del proletariado europeo, que de otra manera hubiera terminado llevando a cabo la revolución. De todas formas, con todo y los recursos de que se valía la burguesía para prolongar la existencia del capitalismo, las posibilidades del sistema eran limitadas.

Hay que considerar que si bien la exportación de capital representaba un paliativo contra el estancamiento de la economía europea, las frecuentes guerras y crisis en las que degeneraba la rivalidad por ***el*** reparto colonial de África o del Extremo Oriente entre las principales potencias imperialistas, terminarían por socavar el poder de la burguesía. A la larga, los aparentes beneficios del imperialismo serían superados por las inevitables crisis económicas, además de las guerras, y sus devastadores efectos que ya habían comenzado. El fin del capitalismo era previsible; sólo que antes del estadio del socialismo sería necesario el tránsito del imperialismo, que Lenin consideraba como la última etapa de la sociedad de clases.

Tocante al proletariado y a la revolución, éstos fueron temas que Lenin no estaba dispuesto a olvidar. El proletariado de los países imperialistas —señalaba—, a cambio de un alto nivel de vida a expensas de los pueblos explotados, se había convertido en cómplice de la burguesía y había dado la espalda a la revolución; empero, los efectos contraproducentes de la guerra, que en aquel momento ya estaban surtiendo efecto, según consideraba Lenin, debían invertir la situación. La revolución, por tanto, no había sido conjurada por la burguesía, ésta vendría como resultado de la guerra.

Sucintamente, éstas fueron las ideas fundamentales con las que Lenin trató de concluir una polémica que a Marx **no** le tocó enfrentar y que había quedado sin respuesta. ¿Hasta qué punto podría aceptarse que las

ideas de Lenin representaron la culminación legítima de la obra de Marx; tal y como él mismo definió, en el sentido de que "el leninismo es el mar xismo en la etapa del imperialismo"?

Si hacemos a un lado la teoría del partido con sus secuelas antidemocráticas, podríamos decir que muchas de sus conclusiones embonan perfectamente y dan la respuesta lógica a la obra inconclusa de Marx; pues, a pesar de todos sus equívocos y vaguedades, representaban la salida de la crisis por la que atravesaba el marxismo en ese entonces. No en vano lo que se conoce como marxismo-leninismo, para identificar la teoría fundada por Marx, representó la mejor prueba del reconocimiento de Lenin durante casi todo el siglo XX.

A despecho de la opinión de los divulgadores del marxismo-leninismo, que consideraron imprescindible los puntos de vista de Lenin para explicar las tendencias del capitalismo moderno, la teoría del imperialismo no estuvo exenta de objeciones.

Los presupuestos de Lenin atribuyeron a las contradicciones del capitalismo los orígenes del imperialismo, en el sentido de que el único medio para mejorar el nivel de vida de los países industrializados sin menoscabo de la plusvalía radicaba en los beneficios más lucrativos del extranjero; alternativa que iba de la mano con la explotación de nuevos territorios, a los que se había extendido el capitalismo. De acuerdo con una estadística sobre la exportación de capital que aparece en su ensayo sobre el imperialismo, pueden apreciarse algunos incrementos significativos del flujo de capital hacia las zonas menos desarrolladas. El inconveniente de estos argumentos es que Lenin soslayó al parecer las estadísticas de la inversión doméstica, que no aparece en sus escritos, y ante la cual perdía trascendencia la inversión colonial; ya que, salvo por la inversión colonial de Gran Bretaña que se acercaba al 50%, el capital de exportación de los demás países imperialistas representaba una fracción minoritaria de la inversión total.

El alto nivel de vida de países desprovistos de posesiones coloniales, como es el caso de Suecia, Austria y Noruega, representa otra evidencia interesante contra una teoría que considera necesaria la explotación de los países atrasados para la expansión del capital.

Sin que importaran mucho estos inconvenientes, la divulgación de la teoría del imperialismo comenzó a encontrar una buena acogida entre los círculos de intelectuales revolucionarios, quienes vieron en el leninis-

mo una tabla de salvación. Desde entonces, hasta el fin de la dictadura comunista en Europa oriental, apenas se introdujo la menor revisión a la "restauradora obra de Lenin". Lo que se conoce como intercambio desi gual puede considerarse como la única tentativa encaminada a comple mentar sus argumentos; aunque los expositores de esta complicada teoría, basada en la transferencia de plusvalía a través del comercio, no pudieron establecer un criterio general para explicar su funcionamiento, según reconocieron ellos mismos.1

Otra desventaja, que pesó contra los defensores del intercambio desigual, se muestra por el relativamente escaso interés de los países desarrollados para comerciar con el Tercer Mundo. Inclusive, durante la fase imperialista ningún país europeo sostuvo más de la cuarta parte de su comercio con sus colonias, y en la actualidad el 80% del comercio de los países desarrollados continúa efectuándose entre sí mismos.

Toda esta información estadística tampoco podría ignorar el intercambio desigual que subsiste en el caso de los bajos precios de las mercancías exportadas por los países del Tercer Mundo, contra los altos precios de las mercancías de los países desarrollados. Empero si una parte de la riqueza de estos últimos puede explicarse mediante esta forma, de ahí no se sigue que la explotación de los países pobres sea imprescindible para la supervivencia del capitalismo. Especulación que ni Lenin se atrevió a sugerir, puesto que él no consideraba la emigración de capital y la exportación de mercancías como una vía de escape a la crisis, sino únicamente como la perspectiva más lucrativa para la expansión del capital. Por lo tanto, no resultaba fundamentada la pretensión de que los robos y el saqueo imperialista salvaron a Europa de la revolución y el hambre. Bajo este tipo de acusaciones, el marxismo-leninismo llegó a asegurar que gracias al imperialismo, y a las exorbitantes utilidades obtenidas mediante el precio de monopolio, ha sido posible mitigar los efectos de la "ley" de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia.

Omitiendo las cuantiosas ganancias obtenidas por el capital mo nopolista, acerca de las cuales no abrigamos la menor duda, por lo que se refiere a la mencionada "ley", cabe aclarar que una cosa es hablar de la

1 Véase S. Amín y otros, *Imperialismo y comercio internacional.*

tendencia a la caída de la tasa de ganancia y otra muy diferente la caída efectiva; imposible de predecir esta última dada la contingencia de los factores que contribuyen a contrarrestarla o a agravarla, según ha quedado referido.[2]

Es una lástima que Marx no haya logrado completar su examen de las crisis del capitalismo relacionadas con la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, como con la sobreproducción. Es un hecho que ni él ni sus seguidores, entre los cuales habría que contar a Lenin, dedujeron la autodestrucción del capitalismo fundándose exclusivamente en el funcio namiento defectuoso de la economía, sino en los mismos argumentos dis cutibles basados en la dialéctica existentes antes de que Marx escribiera *El Capital,* esto es, en la revolución y en la lucha de clases como reflejo de la crisis del capitalismo.

[2] Desafortunadamente no se dispone de una minuciosa información estadística para poder documentar este tema; tarea a la que los mismos partidarios de la ley de la tasa decreciente han renunciado. Véase A. Guillén, *Imperialismo y ley del valor,* México, Nuestro Tiempo, p. 134.

CAPÍTULO X

La tentativa revolucionaria de 1905

TRAS la extinción, por muerte natural, del zar Alejandro III en 1894, la subida al poder de Nicolás II apenas dejó esperanza de cambio en la estructura política del imperio. En enero de 1895, dispuesto a continuar con la tradición autocrática de los zares, se anticipó a declarar: "Que sepan todos que mantendré la autocracia con la misma mano firme que mi padre".

Al finalizar el siglo, cuando la Europa industrializada de Occidente gozaba de las libertades y derechos políticos emanados del liberalismo, en la Rusia de la dinastía Romanov no se conocía la democracia parlamentaria ni el ejercicio de la vida constitucional. Únicamente la voluntad del zar, quien carecía de un auténtico gobierno, pero que se apoyaba en la nobleza terrateniente, el clero ortodoxo y el ejército, pretendía controlar a un vasto imperio de 140 millones de súbditos.

Nicolás II, contra lo que debiera de esperarse, no era un gobernante culto e instruido, conocedor de las aspiraciones y problemas de su pueblo. El único principio que reconocía para gobernar a Rusia, y del que consideraba peligroso apartarse, era la religión ortodoxa; mediante la cual trataba de mantener al pueblo alejado de las ideas "indignantes y absurdas" de los liberales y socialistas. Retrógrada mentalidad, con la que no se solucionaba el descontento de los campesinos ni la irritación de las nacionalidades contra la política imperial de rusificación, así como el hambre de libertad política entre los liberales y los intelectuales.

El rezago histórico de Rusia era tal que, por lo que se refiere a las posibilidades de revolución para un partido marxista las perspectivas dejaban mucho que desear; pues si nos atenemos al esquema marxista de transición social en la Rusia de los zares, sin el antecedente de un vigoroso desarrollo industrial la revolución socialista era imposible.

La tendencia decreciente de las revueltas campesinas había contribuido en los últimos años a la estabilidad del imperio, pero esta engañosa

tranquilidad era efímera. La guerra de 1904 contra el Japón demostró que la invencibilidad del imperio ruso era más aparente que real, toda vez que las consecuencias inmediatas de la inflación y los desastres mi litares en el Extremo Oriente no se hicieron esperar.

Poco después de una huelga contra la carestía de la vida en la empresa Putilov en enero de 1905, con la que se habían solidarizado grandes contingentes obreros de San Petersburgo, un joven sacerdote llamado Georgi Gapon, quien pretendía alejar a la masa de los agitadores revolucionarios, supo aprovechar el momento para organizar a los obreros en una manifestación pacífica sin dejar de pronunciarse por sus propias reivindicaciones. Una vez en marcha la procesión, al llegar al "Palacio de Invierno" inesperadamente las tropas del zar abrieron fuego sobre la multitud indefensa, dejando un saldo de alrededor de mil muertos y dos mil heridos.

A continuación de esta matanza se levantó una ola de indignación y protesta general, con la que se quebró la confianza y la fe del pueblo ruso en la bondad del zar. Por todo el imperio se extendió la huelga de San Petersburgo, a la que se añadió la protesta de los *semstvos* y municipios, a la vez que los agitadores socialistas, antes ignorados, comenzaron a encontrar acogida entre las exaltadas masas.

El 3 de marzo de ese mismo año, no le quedó al zar más remedio que encargar al ministro del Interior un proyecto para la formación de una asamblea consultiva *(Duma),* con tal de obtener un empréstito del extranjero; insignificante y tardía concesión que no logró impedir el retorno de las revueltas de los campesinos, a los que se sumaron los primeros brotes de rebelión en el ejército y en la marina de guerra (tal y como sucedió en el célebre caso del motín del acorazado Potemkin).

Cuando en el Cáucaso los armenios, tártaros y georgianos luchaban por su libertad, las derrotas consecutivas de Mukden y Tsuchima en el Extremo Oriente obligaron a Rusia a la firma de la paz de Portsmouth el 5 de septiembre, dando con ello término a una guerra impopular contra un enemigo, el Japón, que el pueblo ruso ni siquiera odiaba. El 30 de octubre, a continuación de una huelga en la que participaron todas las clases sociales, el zar se vio obligado a firmar un manifiesto para otorgar la constitución que Rusia pedía a gritos. En medio de esta caótica situación designó a Witte como primer ministro, quien se había propuesto cumplir con el compromiso contraído por el soberano con el pueblo ruso.

Sin embargo, no estaba en el ánimo del funcionario conceder nada sin antes restablecer la autoridad del Estado, debido a que en aquellos mo mentos el asalto y el pillaje estaban a la orden del día, mientras que los soviets actuaban muchas veces como gobiernos locales.

En respuesta a este estado de cosas la represión se reanudó de inmediato, especialmente contra las sublevaciones militares de Kronstadt, Sebastopol y Vladivostock. Los judíos, por cierto, tampoco estuvieron a salvo de las represalias por su intensa actividad revolucionaria. Desde 1903 se había desencadenado la represión contra ellos a instigación de la policía y los terratenientes; y, a fines de 1905 se desató una persecución antisemita en nombre del zar, de la Iglesia y del imperio, que arrojó un saldo de más de trescientos muertos y miles de judíos sin hogar después del saqueo y el incendio perpetrado por las llamadas "Bandas Negras".

El 20 de diciembre los obreros de Moscú pasaron a la sublevación abierta, mas esta vez la intervención de las tropas leales al zar fue decisiva. Durante 6 días consecutivos los obreros de la capital lucharon contra un regimiento de la guardia procedente de San Petersburgo, hasta que la superioridad del ejército se impuso.

Una vez aplastado el movimiento armado, solamente quedaba la promesa del zar para establecer el parlamento y la constitución; aunque estas concesiones arrancadas a la autocracia por la fuerza no corrieron con mejor suerte. Cuando se promulgaron las leyes constitucionales, és tas no garantizaban la igualdad jurídica ni las libertades civiles y políti cas. En la apertura de la Duma, que tuvo lugar hasta mayo de 1906, pese al recurso de una tramposa ley electoral, la oposición se adjudicó la ma yoría de los mandatos de la asamblea, mas esta fue disuelta dos meses después so pretexto de haberse extralimitado en sus atribuciones. Para ese entonces la agitación se había encendido nuevamente, y el terrorismo `maximalista [1] no se detenía ante los atentados contra los funcionarios públicos, los asaltos a los bancos y los ferrocarriles. Stolypin, el ministro en turno, respondió con mano de hierro y prohibió 260 periódicos, además de encarcelar a sus redactores, en tanto que las *Bandas Negras* volvían

[1] Se llamaba 'maximalistas' a los revolucionarios extremistas que pretendían llevar a cabo la revolución de un solo golpe.

a entrar en acción contra los judíos y se dictaban 1144 sentencias de muerte en menos de 8 meses. Las intenciones de la autocracia no habían sido sinceras; por lo visto el zar estaba dispuesto a salirse con la suya, y para seguir gobernando por lo menos tendrían que guardarse más las apariencias. En consecuencia, Stolypin convocó a una segunda Duma, cometido para el que se valió de múltiples recursos con el objeto de lograr una mayoría monarquista, pero todo resultó inútil; la prohibición de los discursos y de los periódicos contrarios al régimen y la orden al clero para distribuir la propaganda y votar por la derecha —entre otras cosas—, ya no surtían el efecto esperado en el pueblo, pues el resultado de las elec ciones adjudicó la mayoría a los liberales y socialistas.

La reforma agraria emprendida por Stolypin fue la única medida importante adoptada por el régimen para conjurar a la revolución, pues el problema del campo era uno de los principales motivos de descontento de las masas. Conforme al proyecto del ministro, la solución del problema consistía en la disolución del *Mir* (Comunidad Campesina) y la implantación de la propiedad privada de la tierra, con el objeto de integrar una clase campesina rica y terrateniente apegada al régimen. Rusia requería de un largo periodo de paz para la puesta en práctica de la gigantesca empresa que abarcaría de 30 a 40 años, según advertía Stolypin.

El inconveniente de esto era que para el zar los intereses estratégicos de los Balcanes eran más importantes que la cuestión agraria o el pan de los *mujiks.* Cuando más adelante el conflicto de **1914** se volvió inevitable, la reforma quedó interrumpida y los campesinos, quienes formaban la mayor parte del ejército, acabaron inclinándose ante la astuta consigna de Lenin: "Toda la tierra a los campesinos".

Antes de que se decretara la disolución de la II Duma, objetándose para ello una supuesta sublevación militar —fingida por la policía—, Stolypin propuso al zar establecer la igualdad civil de los judíos, según esto, con el objeto de alejarlos del partido revolucionario y de modificar la actitud negativa de los financieros judíos internacionales frente al imperio ruso. La respuesta de Nicolás II, quien odiaba a los judíos y aplaudía la acción de las *Bandas Negras,* fue una rotunda negativa.

La segregación de los judíos, a quienes se les negaban los mismos derechos, a diferencia del centro y del occidente de Europa, en donde la revolución francesa había establecido la igualdad civil, representaba la causa principal de que muchos de ellos buscaran su emancipación me-

diante el sionismo (que pretendía establecer un Estado judío en Palestina) o la alternativa del socialismo, ya mediante el partido social revolucionario o de la socialdemocracia.

Años más tarde, luego de una corriente migratoria judía de Rusia a los Estados Unidos, cuando estos inmigrantes decidieron regresar a sus lugares de origen una vez adquirida la ciudadanía norteamericana, llegó la hora del desquite de la solidaridad judía internacional; desaveniencia suscitada por la renuncia del gobierno ruso a reconocer la nueva nacionalidad de los judíos, con la cual podían ejercer el agiotismo y todo tipo de especulaciones, que era lo que las leyes del imperio trataban de evitar.

La firme actitud del régimen zarista indujo al Consejo del pueblo judío a presionar al presidente Taft de los Estados Unidos, con el objeto de anular el tratado de comercio que existía entre los dos Estados desde hacía 50 años. En un principio, Taft hizo caso omiso de semejante pretensión. Con lo que no contaba el presidente norteamericano era con las intrigas y la influencia del poder financiero judío, intervención que le obligó a la anulación del tratado en 1911. Víctima de este mismo encono semita fue el ministro Stolypin, quien cayó bajo los disparos del terrorista Bogrov; al igual que otros funcionarios rusos, como el primer ministro Loris-Melikos, quien sufrió un atentado a manos del Mloditsky en 1901.

Tras la muerte del duque Sergio, gobernador general de Moscú, apuñalado en 1905 por el terrorista Kayalev, la última asamblea integrada durante su gobierno continuó hasta 1912; aunque, en realidad, desde hacía 5 años, debido a la ilícita modificación de la ley electoral, el régimen zarista había terminado por controlar a la Duma a través del partido octubrista, que favorecía a la nobleza terrateniente, a la burguesía y al clero. En esa forma fue como concluyó la tentativa revolucionaria para democratizar a Rusia.

CAPÍTULO XI

La revolución de Octubre

PESE al incremento de huelgas obreras, los últimos 5 años que antecedieron a la I Guerra Mundial no fueron tiempos de declive, sino de prosperidad económica. Desde fines del siglo XIX a 1914, la cosecha de cereales en Rusia casi se había duplicado y la red ferroviaria se había extendido de 31 000 a 71 000 kilómetros. Además del comercio exterior, que se incrementó notablemente, la clase obrera se benefició con el aumento del salario y la disminución de la jornada de trabajo.

Sin embargo, con el inicio de las hostilidades en 1914 fue imposible continuar con este ritmo de crecimiento; por lo que se refiere al avituallamiento del ejército, a los 6 meses de iniciadas las operaciones militares ninguna de las potencias beligerantes podía producir satisfactoriamente las enormes cantidades de material bélico que la guerra requería.

No fue necesario esperar mucho tiempo para apreciar las consecuencias político-económicas de semejante empresa. Cuando comenzó la guerra una ola de nacionalismo se extendió por Rusia, y los campesinos acudieron ardorosos al llamado a la defensa de la patria, a la par que la burguesía y la burocracia contribuyeron a aumentar la producción de armamento. Dos años después de la lucha más estéril y destructiva que hasta entonces se había visto, los sacrificios de la guerra terminaron con esta ola de patriotismo que transitoriamente había unificado al pueblo ruso. Las ambiciones territoriales y la torpe diplomacia del imperio habían llevado a Rusia una vez más al marasmo de una guerra para la que estaba mal preparada, y a la ruina moral y material que finalmente condujo a la revolución bolchevique.

A principios de 1917, cuando la economía apenas podía con la carga de la guerra y las necesidades civiles, un informe de la policía revelaba la imposibilidad de conseguir alimentos a causa de la inflación, además de la creciente mortalidad provocada por el frío y la humedad, inevitables por la escasez de carbón. El alarmante informe, que también daba cuenta de la intolerable prohibición de toda clase de reuniones, y de la irritación de los obreros, a quienes ni siquiera se les tenía permitido cambiar de

ll

trabajo, ponía en guardia contra una inminente explosión social provoca da al menor pretexto —tal y como sucedió a continuación.

Según la opinión de los partidos contrarios al régimen, en aquel en tonces no se consideraba oportuno rebelarse abiertamente contra el za rismo; pero en el mes de febrero, la exasperación de las masas en Petrogrado degeneró en violencia y protestas públicas. En esos momen tos, nadie se imaginó que el zarismo pudiera desmoronarse tan rápido. Después de varias manifestaciones de protesta, el día 28 el ejército con fraternizó con la población civil y juntos se dirigieron a la Duma, en don de el diputado Kerensky les dio la bienvenida. A continuación, la tentativa del príncipe Galitzin de disolver el parlamento fue inútil; al día siguiente, tras la detención de los ministros del zar, los asambleís tas nombraron un gobierno provisional encabezado por el príncipe Lvov como presidente y con Kerensky, del partido social-revolucionario, como vicepresidente.

Además de este decisivo acontecimiento, se estableció, a iniciativa de los partidos socialistas, el soviet de Petrogrado; el cual reconocía al pretendido gobierno, siempre y cuando éste se apoyara en la democracia y no pasase por alto que las nuevas instituciones de Rusia debían emanar de una asamblea constituyente.

El 2 de marzo, abandonado por sus generales y las últimas tropas leales, con las que todavía intentó restablecer el orden en la capital, no le quedó al emperador otra alternativa que firmar su abdicación. Un año después, la familia imperial fue asesinada por los revolucionarios judíos quienes no querían dejar la menor esperanza de retorno a la monarquía.f

Seguidamente de una descarga de mausers y pistolas "Nagan" en el sótano de la casa "Ipatiev" en Ekaterimburgo, la noche del 16 de julio, sin ninguna formalidad ni juicio alguno, fueron rematados a tiros y bayone tazos el zar, la zarina y sus 4 hijos, junto con la servidumbre; a continua ción de lo cual, sus cuerpos fueron destrozados a hachazos y sepultados

---

1 El asesinato de la familia imperial fue decidido por el soviet de los Urales, y ratificado por el comité central del partido bolchevique en julio de 1918. El judío Sverdlov, pre sidente del comité ejecutivo central panruso, se encargó de dar las instrucciones de la ejecución a Yacob Yurovsky, otro judío al mando del siniestro pelotón que perpetró la matanza. De acuerdo con Joaquín Bochaca, en su *Historia de los vencidos*, entre los hombres comandados por Yurovsky había dos rusos, un letón, y los demás eran judíos.

en un bosque de los alrededores luego de ser quemados con gasolina y ácido sulfúrico.

Similarmente, el príncipe Pablo y la duquesa Isabel, con su séquito de 17 personas, fueron rociados con ácido sulfúrico y arrojados a un pozo seco, en donde murieron después de 3 días de sufrimientos. La supervisión de estos asesinatos, a los que habría que agregar el fusilamiento del duque Miguel y su secretaria en Perm, además de los duques Sergio Mihailovitch, Igor, Constantino e Iván Constantinovitch, estuvo a cargo de los bolcheviques Goleschkin, Voikov y Sarafov; de los cuales los dos primeros eran judíos, según refiere Aldred Rosenberg en *The Grave-diggers of Rusia* (Los sepultureros de Rusia), además del testimonio del capitán Bulygin de la comisión investigadora nombrada por el almirante Kolchak.

Jacob Schiff, el magnate judío de la banca *Kun Loeb,* fue otro de los enemigos a muerte del zarismo, al que Nicolás II debía parte de su desgracia. Ya desde la guerra de 1905, irritado por las persecuciones de los judíos y la obstrucción de sus actividades mercantiles, Schiff se había encargado de financiar a los japoneses y a los revolucionarios judíos.2 Cuando se derrumbó el régimen zarista, Schiff no ocultó su satisfacción, según lo revela un telegrama de felicitación que envió a Miliukov, el ministro de relaciones exteriores del gobierno provisional.

"En calidad de enemigo irreconciliable de la autocracia tiránica que perseguía sin piedad a nuestros correligionarios, permítaseme felicitar por su conducto al pueblo ruso por la acción que tan brillantemente acaba de realizar, y desearle un éxito completo a sus camaradas del gobierno y a usted mismo".3

El alivio y regocijo del pueblo ruso por el fin de la tiranía zarista tampoco pudieron ser menores. Miles de telegramas y cartas de felicitación comenzaron a llegar al nuevo gobierno; y entre otras mociones los campesinos reivindicaron el derecho a la propiedad de la tierra —pretensión que discordó con los proyectos de nacionalización y socialización de los partidos socialistas—, mientras que los liberales del partido constitu

---

[2] Véase **H.** Coston, *La Haute Finance et les Révolutions* (La alta finanza y las revoluciones), París, 1963.

[3] *New York Times*, 10 de abril de 1917.

cional demócrata *(cadetes)* optaron por remitir el problema agrario a la asamblea constituyente.

En consecuencia con el espíritu antiimperialista del ala bolchevique de la socialdemocracia, el 14 de marzo el soviet de Petrogrado hizo el primer llamamiento a todas las naciones del mundo para una paz sin anexiones ni indemnizaciones; proclama que momentáneamente despertó la esperanza entre las castigadas filas del ejército ruso, sólo que no encontró eco en el extranjero. Fue significativo que el gobierno de la revolución de febrero, que comenzaba a ocuparse más de la consolidación de su poder que de la aplicación de su programa social, haya ignorado esa exhortación a la paz.

La actitud cada vez más oportunista que a continuación demostró el nuevo gobierno comenzó a granjearle la oposición de la minoría bolchevique, cuyo jefe en el exilio, Lenin, volvió a Petrogrado el 16 de abril transportado por tren por el gobierno alemán, interesado en provocar la anarquía en el campo enemigo.

Además de los 30 revolucionarios que viajaron en compañía de Lenin, otro grupo de cerca de cien revolucionarios, supuestamente rusos, entre quienes se encontraba Trotsky y Bujarin, se dirigieron a Rusia desde los Estados Unidos en el mes de mayo. Tomando en cuenta el origen semita de Trotsky, no resultó extraño que éste haya contado con el apoyo del oro judío de Wall Street. Lo que resultó novedoso fue el que Bernard Baruch, el consejero judío del presidente norteamericano, haya sido quien liberó expresamente a Trotsky con el objeto de enviarle a sabotear a una nación aliada que combatía a Alemania.

Después del fracaso de la última ofensiva militar del 16 de junio en Galitzia, las manifestaciones de protesta se reanudaron en Rusia, y muchos campesinos, cansados de escuchar promesas, se apropiaron de las tierras, a la vez que los obreros de la capital se posesionaron de las fábricas para administrarlas por su cuenta, iniciando en la práctica una forma de socialismo, sin saberlo. La participación de los ministros socialistas y el soviet en estos hechos, así como su reconocimiento por la independencia de Ucrania, fueron demasiado para el príncipe Lvov, quien dimitió y dejó el gobierno en manos del judío Kerensky el 20 de julio. Lenin, por su parte, se vio obligado a emigrar a Finlandia, mientras que Trotsky, Zinoviev y Kamanev fueron encarcelados con motivo de la re-

vuelta del 16-17 de julio, en la que los bolcheviques y anarquistas preten dieron expulsar a los ministros burgueses y poner fin a la guerra.

Como agravante de esta tentativa fracasada, sustentándose en la documentación publicada por dos ex diputados de la Duma, Pereversev, ministro de justicia, acusó a los bolcheviques de recibir dinero del gobierno alemán para subvertir el orden; cargo que negaría Lenin en sus artículos enviados al *Soldado y Obrero.* Después de la toma del poder por los bolcheviques, el régimen comunista soviético tuvo cuidado de silenciar este incidente; no obstante, en enero de 1921 Eduard Bernstein, el líder de la socialdemocracia alemana, sacó a la luz las subvenciones del gobierno alemán para la revolución en Rusia. Cuando el diputado del Consejo del Imperio, Bernhard Dwell de Zeitz, interpeló al gobierno alemán sobre las revelaciones de Bernstein, el ministerio de relaciones exteriores respondió que "según datos del país, el departamento del Tesoro del Reich había facilitado en 1917, por un total de 45 millones de marcos, medios para propaganda bajo las referencias AS 1021, 1295, 4181 y 4209".[4]

Volviendo a los sucesos de julio, Kerensky se apoyó en los partidos políticos, excepto en los bolcheviques y monarquistas, para restablecer la autoridad del gobierno; cuando la reacción consideró que había llegado su turno con el levantamiento del general Kornilov; tentativa desafortunada que concluyó con su detención luego de la defección de sus tropas en Petrogrado el 14 de septiembre. La lucha contra Kornilov logró conciliar por el momento a los mencheviques y socialdemócratas con los. bolcheviques, quienes después de todo eran sus compañeros de clase; empero la derrota de la contrarrevolución no puso fin a la amenaza del bolchevismo, que había elevado la cifra de sus afiliados de 80 000 a 200 000 miembros en menos de 3 meses.

Desde su escondite en Finlandia, Lenin supo aprovechar las ense ñanzas del intento golpista de Kornilov. Si el gobierno había logrado aplastar la revolución, ello se debió a la intervención de los soviets y los bolcheviques. Desprovisto del apoyo militar y abandonado por la burgue sía, sobre todo tras la tentativa de Kornilov, Kerensky difícilmente resis tiría otro golpe de Estado.

---

[4] W. Górlitz, *La compra del poder*, p. 120 (parte titulada "Lenin").

He aquí las conclusiones que llevaron a Lenin a escribir su famosa carta del 12 de septiembre, en la que instigaba a los bolcheviques a la revolución: "Esperar a tener la mayoría formal sería una ingenuidad de los bolcheviques. Si los bolcheviques proponen una inmediata paz democrática, entregando, sin retrasos, la tierra a los campesinos, si restablecen las instituciones y las libertades democráticas pisoteadas por Kerensky, pueden formar un gobierno que nadie podrá derribar [...] La historia no nos perdonará si no nos hacemos ahora con el poder".5

El comité central, al que le inspiraba más respeto la democracia parlamentaria, apenas daba crédito a las palabras de Lenin. Con todo, unos días después, cuando regresó el líder clandestino a Petrogrado, el comité central —excepto Zinoviev y Kamanev— optó por la insurrección. Los acontecimientos que se desencadenaron a continuación fueron decisivos para Rusia, y para el mundo entero.

Sin encontrar casi oposición, a partir del 24 de octubre los bolcheviques se apoderaron de las fortalezas de San Pedro y San Pablo, de la banca del Estado, los telégrafos y los periódicos, así como de los puentes del Neva y las centrales eléctricas.

Al día siguiente, no sin que antes decretaran los insurrectos la entrega de la tierra a los campesinos, se rindió el gobierno provisional a continuación de un breve cañoneo del crucero "Aurora", dirigido contra el "Palacio de Invierno". Ningún intento de resistencia podía detener a la revolución: las brigadas de choque bolcheviques aplastaron a los estudiantes y cadetes del ejército, armados a última hora por los socialistas antibolcheviques.

Ciertamente, la actuación de Lenin carecía de fundamento legal, como tampoco la tuvo el gobierno de Kerensky apoyado en la masonería. En cualquier caso, el 27 de octubre el congreso panruso de los soviets decretó:

"Gobernará el país hasta la convocatoria de una asamblea constituyente, un gobierno provisional obrero y campesino, que se denominará Consejo de Comisarios del Pueblo".6

---

5 M. Ferro, J. P. Chrétien y otros, *La historia (Diccionarios del saber moderno),* tomo II, p. 209.

6 N. Brian-Chaninov, en su epflogo de *Historia de Rusia,* Barcelona, Luis de Caralt, 1957.

En añadidura al decreto del 1 de noviembre sobre el control de las fábricas del Estado, al día siguiente otro decreto de los bolcheviques, en el que se exhortaba a iniciar las conversaciones para la paz, declaró abolida la diplomacia secreta. Por lo visto, en ese entonces los revolucionarios idealistas no tenían la menor idea de los tiempos que le aguardaban a Rusia bajo el estalinismo.

A partir del golpe de Estado bolchevique, los primeros cambios políticos se precipitaron. El 14 de diciembre fueron puestos fuera de la ley los constitucional-demócratas *(cadetes)*, entre otros grupos liberales y de derecha. Ese mismo mes se convocó la asamblea constituyente para cumplir con la promesa del nuevo orden; pero como los bolcheviques nada más obtuvieron la cuarta parte de los votos, ésta fue disuelta sin contemplaciones "por no responder al verdadero estado de opinión del país", según declararon los revolucionarios en una proclama del soviet.

Respecto al estado de guerra en el que se encontraba el país, nadie sabía mejor que Lenin que ningún régimen político podría sobrevivir en Rusia **a** la prolongación de la guerra. **La** revolución bolchevique, por otra parte, dificilmente se encontraba en condiciones para iniciar una guerra girondina contra el invasor alemán y austro-húngaro que, a un día de marcha sobre Petrogrado, había ocupado Ucrania y los países bálticos. Si la revolución bolchevique debía triunfar, tenían que aceptarse las condiciones de paz del enemigo. Así acabó por entenderlo el comité central del partido, que se resignó a la firma de la paz de Brest Litovsk el 3 de marzo de 1918. Por razón de dicho tratado, Rusia se vio obligada a reconocer la independencia de Ucrania y de los países bá[1]ticos, aparte de la pérdida de las islas Aaland, la evacuación de Finlandia, y en Transcaucasia la cesión de Kars, Ardahan y Batúm. Solamente así fue posible ganar tiempo para organizar el nuevo régimen, encabezado ahora por los judíos.

Acerca de la importancia de los judíos en la revolución bolchevique, existe poca información al respecto, ya que este tema fue deliberadamente silenciado por la prensa mundial influenciada cada vez más por el poder judío cosmopolita. Evidentemente, la comunidad judía internacional —solidaria con los hebreos de la URSS— no estaba dispuesta a permitir que el mundo se enterase de que el nuevo Estado soviético estaba gobernado por un bando del pueblo judío; minoría étnica que solamente representaba el 3.75% de la población total.

Aludiendo al origen semita de la mayoría de los miembros del consejo de comisarios de la Unión Soviética, Douglas Reed, antiguo subdirector del *Times* londinense, publicó una serie de artículos basados en sus investigaciones, amén de una lista en la que se subraya el origen racial de los integrantes del nuevo gobierno, según se ve a continuación:

COMISARIADO	**NOMBRE**	**RAZA**
Presidencia	Ulianov (Lenin)	Judío
Asuntos Exteriores	Tchitcherine	Ruso
Nacionalidades	Djugachivili (Stalin)	Georgiano
Agricultura	Protian	Armenio
Consejo Económico	Laurie (Larin)	Judío
Abastecimientos	Schlichter	Judío
Trabajo	V. Schmidt	Judío
Ejército y marina	Bronstein (Trotsky)	Judío
Control del Estado	Lander	Judío
Tierras del Estado	Kauffmann	Judío
Seguro Social	E. Lilina (Knigssen)	Judío
Instrucción Pública	Lunacharsky	Ruso
Religiones	Spitzberg	Judío
Interior	Apfelbaum	Judío

COMISARIADO	**NOMBRE**	**RAZA**
Higiene	Anvelt	Judío
Finanzas	Isidore Goukovsky	Judío
Prensa	Volodarsky	Judío
Justicia	I. Steinberg	Judío
Elecciones	Uritzky (Radomilsky)	Judío
Refugiados	Fenigstein	Judío
Refugiados (Ayudante)	Savitch	Judío
Refugiados (Ayudante)	Zaslovsky	Judío

De esta lista conviene aclarar que Lenin era judío únicamente por línea materna, igual que Tchicherine. En el caso de Stalin, las fuentes antise mitas insistieron mucho en un supuesto origen judío. Lo cierto es que Stalin en su niñez estudió hebra), y en su tercer matrimonio se casó con la hebrea Rosa Kaganovich. Fundándose en los seudónimos de los revo lucionarios, Traian Romanescu advirtió el origen judío de los dos primeros nombres de Stalin; a saber: José y David. D[7]jugasvhili —añade Romanes cu— en georgiano significa hijo de judío.

Robert Wilton, corresponsal del mismo periódico en Rusia durante 17 años y autor de *The Last Days of the Romanovs* (Los últimos días de los Romanov), coincidió con las conclusiones de Reed sobre la infiltración judía en la revolución. He aquí una lista alusiva al origen racial de los

[7] Véase T. Romanescu, *La gran conspiración judía*, México, *Jus*, 1961, p. 138.

miembros del comité central del Partido Comunista, de la Comisión Extraordinaria *(Checa)* y del Consejo de Comisarios del Pueblo:

Comité Central del Partido Comunista de la URSS

Judíos	42
Letones	6
Rusos	5
Georgianos	3
Ucranianos	1
Alemanes	2
Armenios	2
Checos	1

Comisión Extraordinaria de Moscú (Cheka)

Judíos	23
Letones	8
Rusos	2
Alemanes	1
Polacos	1
Armenios	1

riMPTITOMMIMI:.. .TIIIIIMMI

Judíos	[redacted]

, **Consejo de Comisarios del Pueblo**	
Rusos	3
Armenios	2

Entre los funcionarios de menor rango en el Estado soviético, el predomi nio de los judíos era similar. Según *The Times* del 29 de marzo de 1919, por lo menos las tres cuartas partes del aparato central bolchevique eran judíos.

Victor Mardsen, destacado periodista inglés, autor de *Jews in Rusia* (Judíos en Rusia) y corresponsal en *London Post* en Moscú durante 10 años, dio a conocer la siguiente lista sobre el origen hebraico de la alta burocracia bolchevique en 1918:

	MIEMBROS JUDÍOS	
Politbureau	**22**	**17**
Comisariado de Guerra	43	34
Comisariado del Interior	64	45
Comisariado de Asuntos Exteriores	17	13
Comisariado de Finanzas	30	26
Comisariado de Justicia	19	18

	MIEMBROS	JUDÍO S
Comisariado de Higiene	5	4
Comisariado de Instrucción Pública	53	44
Comisión de Socorros Sociales	6	6
Comisión de Trabajos Sociales	8	7
Comisión de Reconstrucción	2	2
Delegación Soviética de la Cruz Roja	8	8

La infiltración de los judíos en la revolución tampoco pasó inadvertida al servicio secreto americano; que transmitió un informe, en ese entonces secreto, al estado mayor del ejército francés en los siguientes términos: "En febrero de 1916, se supo por vez primera que una revolución estaba siendo fomentada en Rusia. Se descubrió que las personas y estableci mientos bancarios, que a continuación se mencionan, estaban implicadas en esta obra de destrucción: Jacob Schiff, Max Breintung, Felix Warburg, Otto H. Kahn, Mortimer Schiff, Jerome H. Hanauer, Banco *Kuhn Loeb and Co.* Todas estas personas son judías. La firma bancaria mencionada está dirigida por los señores Schiff, Kahn, Warburg, Hanauer y Loeb".

Más adelante, el informe añade: "En la primavera de 1917, Jacob Schiff empezó a comanditar a Trotsky con objeto de hacer estallar la revolución social en Rusia. El diario neoyorquino *Forward*, que es un órgano judeo-bolchevique, organizó una suscripción con el mismo objeto.

"Desde Estocolmo, el judío Max Warburg financiaba igualmente a Trotsky y los suyos. Éstos recibían también fondos del sindicato Renano Westfaliano, importante empresa judeo-alemana, así como de otro judío, Olaf Aschberg, del *Nya Banken* de Estocolmo. Así se establecieron las relaciones entre multimillonarios judíos y proletarios de la misma raza.

"En octubre de 1917, estalló la revolución social en Rusia y gracias a ella ciertas organizaciones soviéticas asumieron la dirección del pueblo ruso. En estos soviets se destacaron especialmente los individuos que mencionamos a continuación:

NOMBRES ADOPTADOS	**NOMBRES VERDADEROS**	**RAZA**
Lenin	Ulianov	Ruso
Trotsky	Bronstein	Judío
Sterlov	Nakhames	Judío
Martov	Zederbaum	Judío
Zinoviev	Apfelbaum	Judío
Kamenev	Rosenfeld	Judío
Dan	Gourevitch	Judío
Ganetzky	Fuerstenberg	Judío
Parvus	Helphand	Judío
Lunacharsky	Lunacharsky	Judío

NOMBRES ADOPTADOS	NOMBRES VERDADEROS	RAZA
Uritzky	Rodomilsky	Judío
Larin	Laurie	Judío
Bobrov (Bohrine)	Nathansson	Judío
Martinov	Zibar	Judío
Sujanov	Gimel	Judío
Sagersky	Krochmal	Judío
Riazaniov	Goldenbach	Judío
Soltantzev	Bleichmann	Judío
Tschicherine	Tschicherine	Ruso
Pianitsky	Ziwin	Judío
Axelrod	Orthodox	Judío
Glazunov	Schultze	Judío
Lapinsky	Loewensohn	Judío
Zuriesan	Weinstein	Judío
Zhordania	Zhordania	Judío
Bogdanov	Silberstein	Judío

NOMBRES ADOPTADOS	NOMBRES VERDADEROS	RAZA
Kamkov	Katz	Judío
Tchernomorsky	Tchernomordik	Judío
Abramovich	Bein	Judío
Maklakovsky	Rosenbloom	Judío
Garin	Garfeld	Judío
Kamneff	Goldberg	Judío
Joffé	Joffé	Judío
Meshkovsky	Goldberg	Judío

A pesar de la omisión del tema por parte de historiadores e intelectuales —estos últimos más preocupados por el proselitismo—, la objetividad de la historia no concluye en la historia oficial cuyo compromiso político es perentorio. Las piezas faltantes del rompecabezas nos hacen pensar en la parte sumergida del iceberg de la historia. La *Enciclopedia Británica* menciona que en el primer soviet de Ucrania —tras el retorno de los bolcheviques—, había 18 ucranianos, 38 rusos y 136 judíos. La influencia de estos últimos en la revolución fue tan evidente que ni siquiera las fuentes semíticas se atreven a negarlo, limitándose a disminuir la importancia de sus paisanos durante el periodo ulterior estalinista. He aquí el punto de vista de la *Enciclopedia Judaica:*

"Una tercera organización en la cual los judíos de Rusia jugaban un papel importante fue el partido social-revolucionario fundado en Suiza en 1901. El cual sucedió al *Narodnaya Volya;* el partido se abocaba a la reforma agraria mediante la violencia y el establecimiento de una federación rusa. Entre los predecesores del movimiento estuvieron Chaim Zhitlowsky, quien se estableció al último en los Estados Unidos; Mendel

Rosembaum, quien emigró a Israel; y Charles Rappoport, quien se convirtió en una importante figura en el partido comunista francés. El movimiento incluía una organización terrorista de lucha, en la cual destacaron Mikhail Gots, Abraham Gots, Grigori Gershuni y Yevno Azaff. Por otra parte, dentro del partido socialdemócrata algunos sin ser hostiles al sionismo no se esforzaron mucho para lograr la asimilación. El último acontecimiento de los bolcheviques bajo Lenin trajo casi el fin de la participación judía en el movimiento socialista de Rusia. Aquellos judíos socialistas que se oponían a los bolcheviques fueron obligados a irse al exilio, mientras que otros mantuvieron prominentes posiciones en el partido comunista. Finalmente fueron purgados por la jerarquía del partido, ya sea entre 1936 y 1939, o entre 1948 y 1953". [8]

[8] "Socialism", en *Enciclopedia Judaica.*

CAPÍTULO XII

Fin de la gran guerra

INDEPENDIENTEMENTE del desenlace revolucionario en Rusia, a con secuencia de la guerra mundial y sin tener relación con los partidos socialistas de Occidente, ni siquiera con la Internacional, el socialis mo adquirió un impulso accidental entre las potencias beligerantes que, en su afán por ganar la guerra, recurrieron a la planificación de la eco nomía en detrimento de la iniciativa privada, presionadas por adaptarse a las nuevas circunstancias que la contienda había creado, así como para satisfacer sus crecientes demandas. En esa forma, a través del conflicto, en lugar de la doctrina del *Laissez-faire* (`Dejar hacer) del liberalismo occidental, el trabajo, la producción y la distribución quedaron sujetos a diversos grados de socialización por el Estado; el cual, por medio de la centralización de la economía llegó a administrar la agricultura, a con trolar los transportes o a fijar los precios de los productos.

En el ámbito social y político las vicisitudes de la guerra total introdujeron en Europa curiosas novedades, pues las naciones involucradas en el conflicto, aparte de que se consideraban víctimas de una agresión exterior, presentían amenazada su existencia. Aprensión que no estaba del todo descaminada si tomamos en cuenta los planes de los dirigentes alemanes de septiembre de 1914 para impedir que Francia volviera a ser una gran potencia; en tanto que Delcassé, Poincaré y el alto mando militar francés pretendían regresar a Alemania a la situación anterior a 1866. La política paneslava del zar tendía a su vez a la supresión de los Habsburgo, de manera análoga a la política del sultán, que pretendía la desintegración del imperio ruso.

Si a estas discordias agregamos las viejas rencillas históricas (enseñadas por los maestros en las escuelas; comentadas y amplificadas por la prensa), podremos comprender mejor cómo fue posible que pueblos enteros, unificados bajo el nacionalismo por sus dirigentes, se hallan enfrentado a una gigantesca lucha llevada a sus últimas consecuencias.

En relación a los acontecimientos bélicos, la conducción de la guerra experimentó una situación imprevista. En el teatro de operaciones mili-

tares más importante que enfrentaba a los anglo-franceses contra los alemanes, inútilmente intentaron ambos contendientes derrotar al adversario en grandes y devastadoras batallas como las del Mame, Ypres y Flandes. Esta última, tras de la cual quedó inmovilizado el frente en una línea interminable de trincheras a causa del mayor alcance de las armas portátiles. La guerra había pasado así de una guerra de movimientos a una guerra de posiciones, en la que ninguna de las potencias beligerantes podía derrotar al adversario. El bloqueo económico contra Alemania y la respuesta de los submarinos alemanes, conjuntamente a la expedición británica contra los turcos en los Dardanelos, fueron las más importantes tentativas para desplazar la decisión de la lucha hacia los puntos débiles del enemigo, o sobre sus medios de subsistencia, cuando el choque de los grandes ejércitos se había rebelado tan destructivo como infructuoso.

El colapso de los ejércitos rusos y la consiguiente retirada de Rusia del conflicto europeo estuvo cerca de conducir al éxito a las potencias centrales en 1918, debido al traslado de varias divisiones austriacas y alemanas hacia el frente occidental. Hindemburg y Ludendorff, los comandantes del ejército alemán,. sabían que tenían que aprovechar esta oportunidad para jugarse la última carta, antes de que llegaran los ejércitos de los Estados Unidos, cuyo gobierno había declarado la guerra a Alemania en abril de 1917 con motivo del hundimiento del "Lusitania", entre otros navíos. La ofensiva alemana comenzó el 22 de marzo entre Arras y Saint-Quentin, mas el agotado ejército alemán quedó detenido por los aliados una semana después. Posteriormente, el arribo de los soldados norteamericanos inclinó la balanza a favor de los aliados.

Aparentemente, la indignación por la guerra submarina fue el motivo que provocó al gobierno de Estados Unidos para la intervención en la guerra europea. No obstante, algunos historiadores norteamericanos, como Elizabeth Dillings, Robert Edmondsson y William Guy Carr, consideran que independientemente del ataque de los submarinos alemanes, justificado por la Convención de La Haya para la conducción de la guerra submarina, fueron otros los motivos que empujaron a Norteamérica contra Alemania. De acuerdo con esta versión de los hechos, la causa de la intervención de los Estados Unidos en la guerra se debió a las intrigas del sionismo, antes que a la guerra submarina. No debe perder se de vista

que el "Lusitana", armado con cañones de largo alcance, navegaba bajo bandera inglesa y transportaba municiones para Gran Bretaña.

Si el argumento de los submarinos alemanes fue un pretexto para la intervención, ¿cuál fue entonces el verdadero motivo que indujo a los Estados Unidos a declarar la guerra a Alemania?

Inicialmente, entre los dos bloques rivales europeos los intereses del sionismo coincidían más con la causa de Alemania que con los aliados de la Entente. Las relaciones que los judíos mantenían con los Hohenzollern eran tan buenas, que el Kaiser se había dirigido en varias ocasiones al sultán de Constantinopla para instarle a ceder el territorio palestino a expensas de los pueblos árabes, con tal de que los judíos pudieran disponer de un territorio nacional, según pretendían los proyectos sionistas.

Al comenzar la guerra, el sionismo jugó la carta de las potencias centrales; pero, súbitamente, el falso entusiasmo de los judíos por la causa alemana se enfrió en 1916 a partir de la propuesta de paz de esta potencia beligerante a los aliados, sin cambios territoriales y el retorno a las fronteras de 1914.

La oferta de paz del gobierno alemán para Europa significaba el fin de la hecatombe y la renuncia a la conquista territorial, pero para los promotores del Estado de Israel la continuación de la lucha representaba el único camino para llegar a Palestina. Al parecer, Alemania ya no podía ser de gran utilidad para los planes sionistas; de ahí el que la Zionist World Organisation (Organización Mundial Sionista) decidiera cambiar de juego y acabara dirigiéndose al gabinete de guerra británico para ofrecerle su ayuda contra Alemania, a cambio de su apoyo para el establecimiento del tan traído y llevado Estado de Israel.

La propuesta del sionismo, que a su vez se comprometió a hacer entrar por medio de su influencia a los Estados Unidos en la guerra, fue aceptada por los británicos; quienes pasaron por alto que en 1915 habían provocado la rebelión de los pueblos árabes para luchar juntos contra la dominación de los turcos a cambio de la soberanía de sus tierras, de las que formaba parte Palestina.

En esa forma, al mismo tiempo que los árabes luchaban por su libertad confiando en la palabra de los ingleses, Alemania comenzó a sufrir las consecuencias de tener en su contra el poderío económico mundial de los judíos. Una vez consumado el contubernio entre el gabinete de guerra británico y la casa de Judá, no fue una coincidencia el que la orientación

política de los medios masivos de comunicación norteamericanos, antes partidarios de Alemania, comenzaran a cambiar sus puntos de vista. Sólo mediante la confabulación y el apoyo abrumador del gran capital, deten tado por el poder financiero judío, es como puede explicarse la violencia y la difamación de las campañas de prensa germanófobas que se desata ron en los países aliados, presididos por dirigentes políticos que, demó cratas o republicanos, dieron especial importancia a las diferencias ideológicas que les separaban de las monarquías autoritarias. En estas circunstancias la guerra se convirtió para los aliados en una cruzada ma niqueísta, en la que se trataba de que el bien, es decir, las democracias, derrotasen al mal, a saber, las monarquías.

Para la masonería, sustentada en la forma de gobierno republicana, estuvo claro desde un principio a cuál de los dos bandos pertenecía. Los diarios masónicos ingleses y norteamericanos no ocultaron su animosidad contra el enemigo en el curso de la guerra. El 23 de junio de 1917 un artículo publicado por *El Francmasón* de Londres afirmaba: "Comprende la francmasonería más de dos millones de miembros. Cada masón americano sabe muy bien lo que esto representa para la seguridad y la perpetuidad de la república. La guerra mundial es la lucha de la democracia contra la autocracia, y el porvenir del mundo será democrático, que lo crea o no el Kaiser alemán".1

Sería difícil saber a ciencia cierta hasta dónde llegó la colaboración oculta de la masonería para la causa de los aliados. En el último de los casos, existen indicios suficientes para suponer que su contribución fue relevante. He aquí los puntos de vista expuestos por el hermano Corneau, presidente del Consejo del Gran Oriente de Francia, en el que, de paso, alude al proyecto de la Sociedad de las Naciones durante el congreso de la masonería de los países aliados y neutrales, que se celebró del 28 al 30 de junio de 1917:

"La guerra se ha transformado en una formidable querella de las democracias organizadas contra las potencias militares y despóticas. En esta tempestad, el poder secular de los zares de la gran Rusia ya ha zo zobrado; Grecia, por la fuerza de los acontecimientos, ha tenido que vol

1 L. de Poncins, *Las fuerzas secretas de la revolución,* p. 96.

ver a otorgar una constitución liberal. Otros gobiernos serán barridos por el hálito de libertad. Por consiguiente, es indispensable crear una auto ridad supranacional que tendría como objeto no suprimir las causas de los conflictos, sino resolver pacíficamente las diferencias entre las nacio nes. La francmasonería se propone estudiar este nuevo organismo: la Sociedad de la Naciones. Ella será el agente de propaganda de esta con cepción de paz y de felicidad universales. He aquí, mis muy ilustres franc masones, nuestro trabajo .[2]

Durante este congreso, en el que se afirmó, como homenaje al presidente de los Estados Unidos, que "los principios eternos de la masonería eran perfectamente acordes a los proclamados por el presidente Wilson";[3] entre otras cosas se planteó la disolución del imperio de los Habsburgo, a iniciativa de algunos delegados de origen polaco y austrohúngaro.

Por lo que se refiere al imperio alemán, si consideramos su desfavorable situación militar a partir de la ofensiva francesa del 8 de agosto de 1918, en la que se rindieron por vez primera miles de soldados alemanes sin combatir, la inminente derrota de la monarquía no pasaba desapercibida para la socialdemocracia; cuya ala minoritaria preconizaba la revolución democrática ante el hundimiento inmediato del orden existente, al mismo tiempo que los socialistas independientes y los espartaquistas tendían al levantamiento armado.[4]

A continuación de la última ofensiva de los aliados en septiembre de 1918, en la que intervinieron más de un millón de soldados norteamericanos, Ludendorff comprendió que la guerra estaba perdida; y para evitar una catástrofe mayor, instó al gobierno alemán para la firma de la paz. Consecuentemente, el 3 de octubre el canciller Max Von Baden,

---

[2] H. Coston, *La Republique Du Grand Orient* (La república del gran Oriente), cap. VII, p. 103.

[3] Ibíd, p. 104.

[4] El origen de los socialistas independientes tiene su primer antecedente en la creciente oposición de una minoría de diputados socialdemócratas contrarios a los créditos de guerra. El grupo de Haase —así se les llamaba también a los socialistas inde pendientes— comenzó a actuar como fracción independiente en mayo de 1916, a raíz de su exclusión de la socialdemocracia por su negativa a votar el presupuesto del go bierno.

quien encabezaba el primer gobierno democrático alemán improvisado a toda prisa, con la participación de todos los partidos políticos, envió una nota dirigida al presidente Wilson en demanda de la firma de paz sobre la base de los Catorce Puntos.5

A lo que el mandatario norteamericano respondió que Alemania sólo podía aspirar a una paz satisfactoria si se deshacía de su régimen político. Tomando en cuenta la situación caótica que reinaba en Alemania, especialmente a causa del hambre, la negativa de Wilson influyó mucho para el desencadenamiento inminente de la revuelta.

En vano firmó el emperador la reforma de la constitución que establecía el Estado democrático y parlamentario. El 3 de noviembre se amotinaron los marineros de la flota Kiel, luego de una reyerta los oficiales de la escuadra se rindieron ante los marinos, a los que se habían unido los obreros y los soldados. Rápidamente, la revolución se extendió por Alemania; en unos cuantos días los revolucionarios triunfaron en otras ciudades como Hannover, Magdeburgo, Colonia, Munich, Stuttgart, Frankfurt del Meno, entre otras, en donde se habían establecido consejos de obreros y soldados conforme al modelo soviético.

Aparte de estos éxitos espontáneos capitaneados por los esparta quistas, para la socialdemocracia, que representaba a la agrupación so cialista más fuerte de Alemania, las perspectivas eran otras; pues como este partido aspiraba al socialismo mediante la vía reformista, su papel parecía limitarse a la destrucción de la monarquía. De esta manera, mientras los espartaquistas consideraban a los soviets como un órgano popular de gobierno destinado a un nuevo orden social, la socialdemocra

5 Los Catorce Puntos de Wilson, es decir, el programa del mandatario norteamericano adoptado por los aliados para la consecución de una "paz sin vencedores ni vencidos". Los presupuestos de dicho programa descansaban en la supresión de la diplomacia secreta, la libertad de los mares —impugnada por Gran Bretaña— y la reorganización de Europa cimentada en la nacionalidad y la libre autodeterminación de los pueblos. El único inconveniente de los "Catorce Puntos", no radica en su elogiable sentido del derecho internacional, y sí en el hecho de que una vez firmado el armisticio de Com piegne el 11 de noviembre, bajo la condición de la aplicación de los susodichos Catorce Puntos, los países aliados no volvieron a acordarse de ellos de no ser para aplicarlos en su exclusivo beneficio.

cia los aceptaba como un hecho consumado, tolerable hasta el estableci miento de un nuevo Estado democrático.

En cuanto a la participación de los socialdemócratas en el gobierno provisional, ésta estaba condicionada a la renuncia de Guillermo II al trono; mas como el emperador vacilara a última hora, la situación de la socialdemocracia se hizo insostenible, hasta que optó por retirar a sus ministros del gabinete. Al día siguiente, el Kaiser renunció al poder. Alemania ya estaba en condiciones de firmar el armisticio con las potencias vencedoras. Poco después del traspaso del poder del príncipe von Baden a Federico Ebert, Felipe Scheidemann, uno de los ministros socialistas renunciantes, proclamó la república ese mismo día ante una multitud que se había dirigido al Reichstag en demanda de paz, pan y libertad.

"¡Ciudadanos, trabajadores, camaradas! —exclamó Scheidemann—, el régimen monárquico se ha desplomado. Los Hohenzollern han abdicado. Gran parte de la guarnición se nos ha unido. ¡Viva la gran república alemana! Federico Ebert formará un nuevo gobierno, al que pertenecerán todos los grupos socialistas". [6] Scheidemann terminó su proclama con los consabidos vivas a la república, secundados por la multitud.

Las palabras de Scheidemann contrastaban con los términos radicales de Karl Liebcknecht, el líder del grupo espartaquista, quien desde uno de los balcones del palacio imperial esgrimía que el gobierno no debía estar basado en el parlamento sino en los consejos de obreros y soldados, y que Alemania podía llevar el socialismo al mundo entero aliada con la Rusia bolchevique.

A pesar de que los socialdemócratas y los espartaquistas reconocían luchar por el mismo objetivo, la discrepancia referente a los medios para alcanzarlo les separaban de manera irreconciliable. En un escrito dirigido a los socialistas independientes y a los espartaquistas, la socialdemocracia afirmaba:

"¿Todo el poder para los consejos de obreros y soldados? No. Recha zamos la dictadura de una clase si detrás de esa clase no se agrupa la mayoría del pueblo. Esa dictadura está en conflicto con nuestros princi pios democráticos.

---

[6] A. Ramos Oliveira, *Historia social y política de Alemania,* p. 307.

"¿Exclusión del gobierno de los miembros burgueses? No. Si tal hiciéramos peligraría, por crearse obstáculos insuperables, la alimentación del pueblo". 7

Tocante a los consabidos argumentos revisionistas, el escrito añadió:

"Los intereses de la clase trabajadora están ligados con más fuerza de lo que creíamos al Estado nacional (Lensch). Se nos había dicho que el capitalismo no resistiría una guerra mundial, y la ha resistido. Como no se ha confirmado la teoría del hundimiento definitivo del capitalismo, es innegable que este sistema tendría que morir de otro modo (Haenisch). Ya se ha visto que el imperialismo es una fase necesaria del desarrollo del capitalismo, y como tal hay que verlo. Cuando las realidades chocan con la ideología, hay que revisar la ideología (Cunow)".8

Ante las instancias de la socialdemocracia, los socialistas independientes aceptaron colaborar con el gobierno de Ebert; mas los espartaquistas, que tenían a los socialdemócratas por traidores a la revolución socialista, consideraban que si el proletariado dejaba de implantar la dictadura de clase, el capitalismo, herido de muerte tras la guerra mundial, tendría la oportunidad de reponerse; consecuentemente, la lucha revolucionaria continuaría. El 9 de noviembre, fecha en la que la revolución liberó a los presos políticos, entre los que se encontraba Rosa Luxemburgo, los espartaquistas se apoderaron del *Lokal Anzeiger* (Boletín Local), periódico que a continuación apareció bajo el título de *Bandera Roja.* Más adelante, otro grupo de radicales se adueñaron de la imprenta y la redacción del *Deutsche Allgemeine Zeitung* (Gaceta General de Alemania), que a su vez continuó circulando como *La Internacional.*

El 6 de diciembre, con motivo de la manifestación obrera , en la que la tropa disparó sobre la multitud dejando un saldo de 16 muertos y 12 heridos, en el *Bandera Roja* podía leerse: "¡Trabajadores, soldados, com pañeros!: [...] Estos criminales son los Wels, los Scheidemann, los Ebert y compañía. ¡Fuera del gobierno los verdaderos culpables! Hay que aplas

---

Ibíd, p. 308.

tar con los puños las conjuras de los Wels, Ebert y Scheidemann. Hay que salvar la revolución. ¡Abajo los cobardes organizadores de motines! ¡A la obra! ¡Al combate!"9

Los espartaquistas no eran el único sector contrario al gobierno; los monarquistas distribuían volantes de propaganda en los que se aseguraba que el gobierno estaba formado por una banda de judíos y traidores. "La participación de los judíos en las luchas del frente ha sido igual a cero. Su participación —decían— en el gobierno representa un 80%."10

Pretender que la participación de los judíos en el frente había sido igual a cero, equivalía a hablar a la ligera; pero aludiendo a la preponderancia de los judíos en el gobierno provisional, los monarquistas no andaban muy errados. Tratándose de un gobierno de inspiración republicana en el que colaboraban varios ministros socialistas, la situación difícilmente podía ser otra. Tómese en cuenta: Landsberg, ministro de prensa e información; Hugo Preuss, ministro del interior; Schiffer, ministro de Hacienda; Hugo Hasse, ministro de negocios extranjeros y colonias, además de sus ayudantes judíos Kohn y Herzfeld.

Lo que más malestar provocaba en la opinión pública de aquellos días era menos la presencia de los judíos en el nuevo gobierno, que entre los revolucionarios de extrema izquierda. No debe perderse de vista el importante papel desempeñado por ciertos líderes revolucionarios judíos de la talla de Rosa Luxemburgo, Leo Jogisches, Paul Levi, Gustav Landauer, Lilienthal, Levinshon y otros. Tampoco debe pasarse por alto la enorme influencia ejercida por los judíos encabezados por Kurt Eisner, durante la república soviética de Baviera, proclamada por aquel entonces.

Volviendo a los sucesos de Berlin, para fines de diciembre la agudi zación de la crisis se tornó inevitable. Una vez suprimida la repre sentación de los socialistas de oposición del consejo central, el gobierno de Ebert reprimió el motín del ejército del día 26, en el que participó un grupo de espartaquistas.

---

9 **Ibid.,** p. 313.
lo Ídem.

Contrariados por estos acontecimientos, los socialistas independientes se retiraron del gobierno el 2 de enero. A continuación, la socialdemocracia dio los primeros pasos para convocar a las elecciones de la asamblea nacional, en medio del boicot y las protestas de los espartaquistas; grupo extremista que, apoyado en la Rusia Soviética, se transformó en el partido comunista a partir del 1 de enero. La ruptura era irremediable, la consigna de la socialdemocracia —"que no temía el fallo del pueblo"— exhortaba a toda Alemania a votar; empero los comunistas, renuentes ante el consejo central, incitaban a las masas a la insurrección.

En un manifiesto en el que se invitaba al proletariado a ingresar al partido comunista, se afirmaba:

"La victoria de la clase trabajadora sólo puede alcanzarse por la revolución de los obreros armados. Los comunistas somos la vanguardia. Esa revolución tiene que llegar, porque la burguesía se dispone a defenderse, y el proletariado tiene que elegir entre su esclavización por la burguesía o su dominación sobre la clase capitalista. La Asamblea Nacional que prepara el gobierno será el instrumento con que los contrarrevolucionarios combatirán la revolución proletaria. Hay que impedir por todos los medios que se reúna esa asamblea."11

La destitución de Emil Eichorn, el jefe de la policía, en desacuerdo con el gobierno por *sus* tendencias espartaquistas, fue el motivo circunstancial que llevó al enfrentamiento a los dos bandos irreconciliables. "¿Dimitir? —se preguntaba Eichorn— ¡Nunca! Sólo el proletariado de Berlín, que me puso aquí el 9 de noviembre, cuando ni siquiera existía el actual gobierno, tiene poderes para echarme de este puesto."12

El 5 de enero, a continuación de una manifestación en apoyo de Eichorn frente a la jefatura de policía, un grupo de extremistas se adueñó de las imprentas editoriales de Rudolff Mosse, Ullstein, Scherl y Büxenstein. Esa misma noche, en una reunión de líderes obreros, socialistas independientes y comunistas, se decidió la insurrección por 64 votos contra 6, y se formó "un comité revolucionario" que se encargó de la dirección del movimiento.

[11] Ibíd., p. 319.

[12] Ibíd., p. 320.

El gobierno de Ebert, que hacía acopio de fuerzas, designó a Noske, el ministro de guerra, para reprimir a la revolución. El día 7 los revolucionarios se apoderaron de la imprenta del gobierno, de la dirección de ferrocarriles, de los almacenes de víveres de la Koepenickerstrasse y el Reichstag, entre otros edificios. La república estaba atravesando horas de extrema tensión. En plena guerra civil, en Berlín se disparaba desde los tejados, y en los barrios obreros operaba la guerrilla urbana. Aunque las fuerzas leales al gobierno sufrían mayores bajas, éstas combatieron con entusiasmo y resolución, hasta que poco a poco fueron reconquistando el terreno. En esta forma fue como los espartaquistas retrocedieron ante el ejército que, tras duros combates, aniquiló toda resistencia. El último reducto, ubicado en la jefatura de policía, se rindió ante los hombres de Noske el día 12. Una vez sofocada la revolución los líderes del movimiento obrero, Liebcknecht y Rosa Luxemburgo, cayeron asesinados unos días después por los mismos soldados que les custodiaban. Así terminó la revolución de noviembre.

CAPÍTULO XIII

La revolución comunista en Hungría

DE manera similar a los sucesos en Rusia y Alemania, al derrum barse el imperio de los Habsburgo, Hungría tampoco pudo sus traerse a la revolución comunista, abanderada en este caso con la defensa de los intereses nacionales.

Poco antes de renunciar al trono, con la esperanza de granjearse la clemencia de los aliados, el rey-emperador Carlos había designado como jefe de gobierno al magnate liberal Michaeli Karolyi, apoyado en los ra dicales y socialdemócratas para rescatar a Hungría de la destrucción y el caos. Abrumadora tarea ante el desmembramiento **de** las nacionalidades del imperio, acelerada por la política del presidente Wilson.

En esta coyuntura, Hungría había quedado aislada territorialmente del resto del imperio, y había perdido Eslovaquia, Transilvania y Croacia a manos de sus respectivas etnias: checos, servios y rumanos. El principio del fin llegó el 20 de marzo de 1919, cuando la Comisión Aliada de Armis ticio en Budapest entregó un ultimátum al gobierno húngaro con nuevas demandas territoriales, entre las que había que contar la cesión de la ciudad de Breczin;[1] pretensión exorbitante que provocó la dimisión de los ministros burgueses del gabinete. Entonces Karolyi, quien dependía del apoyo de los socialistas, aconsejó a éstos que se aliaran con los comunis tas para formar un nuevo gobierno apoyado en la clase obrera.2

Cuando la propuesta se comunicó a Bela Kun, el líder comunista que se encontraba en la cárcel, en compañía de sus secuaces, a causa de los

---

[1] La población de esta ciudad era de origen magiar, es decir, húngara.

[2] Michaeli Karolyi, como buen francmasón que era, al igual que Alejandro Kerensky en Rusia, sirvió de puente para pasar de un régimen socialista apoyado en la masonería, a la dictadura comunista.

últimos disturbios en la capital, ésta fue aceptada por los comunistas, a quienes no podía ofrecérseles mejor alternativa.

Una vez puestos en libertad, los comunistas, junto con los social-demócratas, se desembarazaron de Karoly mediante un ardid, y se implantó la dictadura comunista inspirada en el judeo-bolchevismo. Inmediatamente se decretó la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y la propiedad privada de la tierra, que pasó a manos del Estado; la implantación de esta última medida, sin embargo, chocó con el descontento de los campesinos, irritados principalmente por la requisa de las cosechas.

La dictadura comunista, apoyada en la masonería y dirigida por los judíos en un 90%,[3] estableció tribunales revolucionarios y dominó la situación mediante la nueva policía *(Checa),* dirigida por los judíos Szamuelly y Boris Grunblat, a la vez que otro grupo terrorista, los llamados *Jovenes de Lenin* —todos de origen judío— registraban casa por casa y mataban a los contrarrevolucionarios.

Los vínculos de la masonería húngara con la revolución quedaron demostrados después de la caída del régimen comunista, cuando el gobierno húngaro incautó los archivos secretos de la masonería y los publicó.

Respecto a los nexos de los judíos con la revolución comunista en Hungría, Paul Lendvai, el autor de *L' Antisemitisme Sans Juifs* (El antisemitismo sin judíos) escribió: "Es innegable que la breve dictadura del proletariado del régimen soviético de la primavera de 1919 en Hungría fue dirigida, sobre todo, por los judíos. De cuarenta y nueve comisarios, al menos treinta y uno eran de origen judío".

Con todo y el cierre de fábricas, la inflación y las huelgas desatadas a consecuencia de las medidas adoptadas por la dictadura comunista, el ejército húngaro, organizado por el nuevo régimen, pudo obtener algunos

La injerencia de la masonería en la revolución comunista húngara está fuera de duda, aunque después la dictadura se volvió contra los miembros de esta secta, a la que se le consideraba como una institución burguesa. De los 26 miembros que integraban el gobierno comunista, 6 eran masones, a saber: Kunfi, ministro de instrucción pública; Yasci, ministro nacional de consejos; Peter Agoston, lugarteniente del secretario general; Luckacs, lugarteniente de Kunfi; A. Diener, comisario popular de Budapest; y Bela Kun, secretario general del gobierno.

éxitos militares contra los rumanos, a los que rechazó más allá **del** Theiss en mayo, además de la reconquista de casi toda Eslovaquia, arrebatada a los checos.

El 8 de junio estalló una huelga ferroviaria en el oeste de Hungría, que se extendió hasta Budapest y que obligó al régimen comunista a hacer algunas concesiones. Los campesinos no corrieron con mejor suerte; luego de la negativa de éstos para entregar las cosechas, Szamuely se encargó de organizar expediciones punitivas al campo que se condujeron con extrema brutalidad y que afectaron a la imagen del gobierno, aun entre sus partidarios.

En vísperas del enfrentamiento del ejército rojo contra los rumanos, la policía armada sofocó una revuelta campesina que cobró varios centenares de víctimas; a pesar de todos los colgados y las ejecuciones masivas que se desencadenaron, los últimos días de la dictadura comunista estaban contados. Para ese entonces, eran muchos los oficiales y soldados del ejército que estaban esperando la oportunidad para desertar o para pasarse a los contrarrevolucionarios. El día de la batalla contra los rumanos, varios regimientos se pasaron al enemigo o se dispersaron; a continuación de lo cual el ejército rumano avanzó hasta la capital, y a Bela Kun y sus seguidores no les quedó más remedio que huir a Rusia. Después, los socialistas establecieron un gobierno moderado con Julius Peidl a la cabeza, pero los blancos se aprovecharon de la ocupación rumana para derrocar al nuevo gobierno desprovisto de autoridad, y la persecución contra los revolucionarios se desató irreversiblemente; rii los judíos pudieron escapar a las persecuciones surgidas en respuesta por su responsabilidad en la revolución.

El papel jugado por la masonería durante el régimen comunista se demostró posteriormente, cuando el gobierno monárquico, encabezado por el almirante Horty, incautó los archivos secretos de la orden masónica y los publicó en 1920; quedando así descubierta su política anticlerical y el origen judío del 90% de la masonería húngara.

La acción clandestina de la secta se había revelado tan peligrosa que el gobierno decidió su disolución ese año, a partir del cual la masonería quedó oficialmente prohibida. El apoyo recibido de inmediato por las logias de Norteamérica fue otro acontecimiento que hizo visibles las dimensiones del poder internacional de la masonería, ya que por medio de su influencia se logró la cancelación de un empréstito que por aquel enton-

ces se estaba negociando con el gobierno norteamericano, y que no se aprobó en vista de que en Hungría "no se restablecían las instituciones de derecho", según se aludía en las reuniones secretas de la masonería.

Sobre el origen judío de los miembros del gobierno revolucionario, a continuación reproducimos una lista publicada por el autor antisemita Traian Rom anesc u:

NOMBRE	**NOMBRAMIENTO**	**RAZA**
Bela Kun	Secretario general del gobierno	Judío
Sandor Garbai	Presidente "oficial" del gobierno	Húngaro
Peter Agoston	Lugarteniente del secretario general	Judío
Doctor E. Landler	Comisario del pueblo para asuntos interiores	Judío
Bela Vago	Lugarteniente de Landler	Judío
E. Hamburger	Comisario para la agricultura	Judío
Vantus	Lugarteniente de Hamburger	Judío
Csiznadia	Lugarteniente de Hamburger	Húngaro
Nysztor	Lugarteniente de Hamburguer	Húngaro

NOMBRE	NOMBRAMIENTO	RAZA
Varga	Comisario para los asuntos financieros	Judío
Szkely	Lugarteniente de Varga	Judío
Kunfi	Comisario para la educación	Judío
Lukacs	Lugarteniente de Kunfi	Judío
D. Bokanyi	Comisario para el trabajo	Húngaro
Fiedler	Lugarteniente de Bokanyi	Judío
Jozsef Poganyi	Comisario para la guerra	Judío
Szanto	Lugarteniente de Pogany	Judío
Tibor Szamuelli	Lugarteniente de Pogany	Judío
Matyas Rakosy	Comisario para el comercio	Judío
Ronai	Comisario para la \`justicia"	Judío
Ladai	Lugarteniente de Ronai	Judío

NOMBRE	NOMBRAMIENTO	RAZA
Erdelyi	Comisario para el abastecimiento	Judío
Vilmos Boehm	Comisario para la socialización	Judío
Hevesi	Lugarteniente de Bohem	Judío
Dovsak	Segundo lugarteniente de Bohem	Judío
Oszkar Jaszai	Comisario para las nacionalidades	Judío
Otto Korvin	Comisario para la investigación política	Judío
Kerekes	Fiscal del Estado	Judío
Biro	Jefe de la policía política	Judío
Seider	Ayudante de Biro	Judío
Oszkar Faber	Comisario para la liquidación de los bienes de la Iglesia	Judío
J. Czerni	Comandante de la banda terrorista conocida por nombre de "Los jóvenes de Lenin"	Húngaro

NOMBRE	NOMBRAMIENTO	RAZA
Illés	Comisario superior de policía	Judío
Szabatos	Comisario superior de policía	Judío
Kalmar	Comisario superior de policía	Judío alemán
Szabó	Comisario superior de policía	Judío ruteno
Vince	Comisario popular de Budapest	Judío
M. Krauss	Comisario popular de Budapest	Judío
A. Dienes	Comisario popular de Budapest	Judío
Lengyel	Presidente del banco austro-húngaro	Judío
Laszlo	Presidente del tribunal revolucionario comunista	Judío

CAPÍTULO XIV

"La razón revolucionaria"

VOLVIENDO a las vicisitudes de la "revolución rusa", este aconte cimiento sin precedentes llevado a la práctica en nombre del marxismo, condujo una vez más a la controversia dentro del mo vimiento marxista, aún no repuesto de la crisis del revisionismo.

El inicio de esta polémica, que degeneró en una nueva división, estaba claro. En Rusia los revolucionarios bolcheviques habían tomado el poder con miras a una revolución socialista. El inconveniente de esto, según objetaban los marxistas ortodoxos y revisionistas, era saber si podía hacerse una revolución proletaria en un país campesino como Rusia, al mismo tiempo que en las economías avanzadas de Occidente, supuestamente maduras para la revolución, la guerra había demostrado que no lo estaban.

A esta objeción teórica habría que añadir que los presupuestos de la industrialización y la revolución burguesa, antecedentes sin los cuales apenas podría hablarse de socialismo, en Rusia eran inexistentes; pues no debe perderse de vista su bajo grado de desarrollo industrial, así como el fracaso de la Duma. De otro lado, por obsoleto que pudiese resultar el capitalismo, para el "socialismo científico" el recurso de la revolución no consistía simplemente en el remedio que bastaba aplicar *ipso facto,* para poner fin a los males del capitalismo. Es cierto que Marx consideraba que la revolución del proletariado era irreversible, mas en ningún caso ésta tendría oportunidad de prosperar antes de que las contradicciones de la sociedad hubiesen madurado lo suficiente para provocarla.

De acuerdo con la tríada dialéctica feudalismo-capitalismo-socialismo, había quedado establecido, según subrayó Marx en el prólogo de *El Capital,* que el curso necesario de la historia "no podía saltarse las fases naturales de desarrollo ni abolirlas por decreto". ¿Cómo era entonces posible que el bolchevismo pretendiera hacer la revolución en una sociedad atrasada como Rusia, que apenas había sido tocada por el capitalismo?

Lenin estaba al tanto de estos inconvenientes; y, sin embargo, contra lo que pudiese objetar la socialdemocracia, tanto él como Trotsky, los dirigentes del ala bolchevique, estaban convencidos de poder hacer la revolución y seguir siendo marxistas.

Las perspectivas de una revolución conforme a las expectativas de Marx, históricamente habían pasado ya, según había señalado la socialdemocracia europea que renunció a la violencia, y optó por el sufragio y la reforma como vía al socialismo.

En el caso del comunismo ruso, pretendidamente marxista, para sobrevivir tuvo que introducir algunos cambios importantes en la estrategia revolucionaria, puesto que de atenerse a los principios elementales que situaban a la revolución en los países industrializados como resultado de la acción de la masa proletaria, la revolución entonces no se hubiera producido en ninguna parte, argumentaba Lenin.

Contrariamente a la posición revisionista de la II Internacional, que consideraba irresponsable toda revolución prematura, Lenin no descartaba —aún en 1917— la posibilidad de la revolución no sólo en Europa occidental, sino en un país atrasado con un débil desarrollo capitalista.

En contra también de la estrategia menchevique más ortodoxa, de colaborar con la clase media y apoyar una eventual revolución burguesa, Lenin confiaba en que una minoría de revolucionarios profesionales podía reemplazar al proletariado y dirigir la revolución en Rusia, apoyándose en el campesinado, al que consideraba como una clase revolucionaria en vista de su específica situación social. Esperar el fortalecimiento de la burguesía en países atrasados como Rusia sería inútil —argumentaba Lenin—, el capital francés y británico impediría a la industria rusa desarrollarse de igual forma; por lo tanto, en vista de este desarrollo desigual, el proletariado ruso debía hacer su propia revolución, antes de que los países imperialistas dieran cuenta de él.

En este mismo sentido, Trotsky había afirmado en 1906 que la desventaja del proletariado de los países colonizados, en contraste con el oportunismo del proletariado europeo, volvía más probable la revolución en las economías preindustriales, que en los países desarrollados; conclusión a la que había llegado Lenin, cuya estrategia tendía a hacer causa común con los países colonizados.

Haciendo caso omiso de la escasa relación que guardan todas estas tergiversaciones con la teoría original de Marx, el triunfo de la revolución

en Rusia fue un acontecimiento decisivo para imponer la versión leninista del marxismo, mas no por ello quedó demostrada la fidelidad del comunismo ruso al marxismo clásico. El comunismo ruso se había originado en la teoría socioeconómica de Marx, pero sus adulteraciones al materialismo histórico le habían llevado a conclusiones opuestas al marxismo; tal es el caso de la sustitución que hace Lenin del proletariado por los campesinos y los países subdesarrollados como agentes de la revolución socialista.

Sin detenernos a reflexionar sobre la facilidad con que los teóricos de la revolución contaban con hacerse cargo del rezago de la burguesía simultáneamente, según habían "resuelto" el problema teórico de las dos revoluciones, la audacia de sus especulaciones les impidió comprender que la alianza con los campesinos sólo podía ser temporal; porque una cosa era que el campesinado se enfrentara contra los terratenientes y otra muy diferente que apoyara el internacionalismo proletario y la colectivización del campo. Por lo tanto, sentenciaba Trotsky, los trabajadores rusos pueden tomar el poder, aunque por sí solos no pueden constituir una economía socialista. El apoyo del proletariado mundial era imprescindible para sostener a la revolución rusa. Esta concesión a la ortodoxia fue lo que salvó a Lenin y a Trotsky de la herejía. Así y todo, la "inminente" revolución del proletariado occidental, en la que los revolucionarios rusos confiaban, nunca se produjo.

CAPÍTULO XV

Los bolcheviques se consolidan en el poder

UNA vez en el poder la revolución bolchevique, emanada del golpe de Estado de octubre de 1917, el pueblo ruso empezó a experimentar las consecuencias antidemocráticas de la dictadura judeo-comunista.

En medio de la renuencia colectiva para colaborar con la minoría usurpadora, cimentada en una ideología que no entendía el pueblo, la Guardia Roja reprimió una manifestación de protesta organizada por el partido social-revolucionario, dejando un saldo de cerca de cien víctimas, entre muertos y heridos. Más adelante, el comité central de ese partido acusaba al gobierno soviético de "haber traicionado a la democracia, a Rusia, a la revolución y a la Internacional"; mientras que los mencheviques, con todo y la prohibición de sus periódicos, mantenían la agitación entre los obreros y los sindicatos ante la represión desatada por un partido supuestamente apoyado en los obreros y los campesinos.

Inicialmente, la tarea de la represión del nuevo Estado soviético estuvo a cargo de un grupo de matones organizados por Trotsky. Para la lucha contra la oposición, el sabotaje y la especulación se estableció, el 7 de diciembre, la Comisión Extraordinaria Panrusa *(Checa)*, encabezada por Félix Dzerchinsky (un judío polaco de origen noble que se había unido fanáticamente a la revolución, y que ahora se había convertido en "el perro guardián" del régimen bolchevique).

Después de que se formó esta policía secreta dominada por los judíos, un nuevo decreto autorizó a la *Checa* a juzgar y sentenciar a sus víctimas mediante sus propios tribunales, según las circunstancias de cada caso; medida que, en términos jurídicos, significaba que en Rusia había dejado de existir el estado de derecho. Acorde con las normas tradicionales del derecho observado hasta por la antigua policía zarista, el presunto delincuente se entregaba a los tribunales para ser juzgado públicamente, y en caso de resultar culpable las autoridades civiles se ha-

cían cargo del castigo; pero conforme a las "avanzadas ideas sociales" de Lenin, a partir del mencionado decreto los agentes de la *Checa* podían allanar cualquier domicilio, arrestar, juzgar, sentenciar y aplicar hasta la pena de muerte, según "los dictados de la conciencia revolucionaria".

En un principio la actividad de la *Checa* se desarrolló con escasos medios, pero gradualmente el impresionante aumento de su poder iba a revelar en qué consistía la esencia del nuevo orden. De unas cuantas docenas de hombres armados con que contaba la *Checa* a fines de 1917, el número de sus agentes se elevó a 250 000 después de 3 años, y eso sin hablar de una importante cantidad de "informadores" eventuales reclutados por el sistema.

En comparación con los 15 000 agentes de que disponía la Ochrana, que la convertía en el organismo más numeroso de su tiempo, los progresos de la *Checa* fueron vertiginosos. Unas cuantas semanas después de su aparición, la *Checa* se estaba encargando de administrar los primeros campos de concentración, y en los alrededores de Petrogrado podía verse a sus agentes vigilar a los burgueses de ambos sexos a un tiempo que éstos cavaban trincheras por órdenes del *Sovnarkom* (Consejo de Comisarios del Pueblo).

Sin titubeos de ninguna especie, Lenin sabía bien contra quien iba dirigida la represión, y constantemente exhortaba a los miembros de la *Checa* y a sus partidarios a descartar las dudas y sentimientos humanitarios. Tres meses antes de que se iniciara la guerra civil, propuso que se fusilara a una de cada diez personas "culpables de ociosidad. Hasta que apliquemos el terror —fusilamiento en el acto— a los especuladores nada conseguiremos", aseguraba Lenin.[1]

Bajo este régimen de terror, de acuerdo con las cifras oficiales de la *Checa*, en los primeros meses de 1918 fueron ejecutados 22 prisioneros, pero en el resto del año la cifra aumentó a 10 000 víctimas. W. H. Cham berlain, el historiador de la revolución de la que fue testigo ocular, calculó que a fines de 1920 la *Checa* había cumplido alrededor de cincuenta mil sentencias de muerte. No había duda sobre la ferocidad con que la revo lución exterminaba a sus enemigos reales o potenciales. "Sin compasión,

[1] Véase P. Johnson, *Tiempos modernos*, p. 80.

sin perdonar a nadie —rezaba un periódico soviético— mataremos a nuestros enemigos por decenas y centenares, incluso por millares, y que se ahoguen en su propia sangre [...] que fluya la sangre de los burgue ses".2

Éste fue el método con el que se cumplió la campaña de "eliminación de la tierra rusa de todos los tipos de insectos dañinos", según había sentenciado Lenin en enero de 1918. La persecución primero se desató contra las prostitutas, los intermediarios y los especuladores; después el genocidio se extendió a clases sociales enteras y se terminó fusilando a los sacerdotes, a los propietarios de las casas, a los profesores secundarios y a los miembros de los *zemstvos.* De ahora en adelante, solamente el Estado soviético podría decidir qué clases sociales tenían derecho a sobrevivir.

Cuando los bolcheviques comenzaban a hacerse dueños de la situación mediante el terror colectivo, el fin de la guerra con Alemania en marzo de 1918 liberó fuerzas que hicieron posible el primer contragolpe asestado a la revolución, y la oposición anticomunista comenzó a brotar en diferentes partes de Rusia.

En el sur, Denikin reclutó las primeras partidas de voluntarios que se entregaron a la guerra de guerrillas contra los rojos; en el Norte y Este se levantaron en armas Yudenich y Kolchak, que se dirigían hacia Moscú. La mayor amenaza que se produjo para el régimen bolchevique provenía de un cuerpo de 45 000 experimentados prisioneros de guerra checos que se enemistaron con el régimen bolchevique.

La agrupación de checoslovacos —que habían desertado del imperio austro-húngaro— estaba por embarcarse desde Vladivostok con rumbo a Francia, para combatir a Alemania, según se había comprometido Rusia con la Entente para devolver a dicho contingente; solamente que antes de que pudiera tener lugar la partida, una serie de incidentes llevaron a los soldados checoslovacos a enfrentarse con las autoridades locales de Cheliabinsck, y a continuación se desató una lucha por el control del fe rrocarril transiberiano.

Como en aquel entonces el ejército rojo estaba "en pañales", con el apoyo de la población civil y numerosos voluntarios los checos lograron adueñarse de la mayor parte del ferrocarril.

En el Kubán, las tropas de Denikin fueron recibidas como libertadores en las aldeas donde llegaban, al igual que los otros ejércitos blancos; aunque, muy pronto, los errores políticos cometidos por ellos, además de sus disensiones, estropearon el respaldo que el pueblo ruso les había tributado en un principio.

Salvo por una minoría de revolucionarios —judíos casi todos— situados estratégicamente en Petrogrado y Moscú, nadie en Rusia apoyaba a la dictadura comunista: los campesinos aspiraban a la posesión de la tierra; los ucranianos y georgianos, así como las demás nacionalidades no-rusas de lo que quedó del imperio, anhelaban su independencia política. Mas he aquí que la finalidad de los caudillos de los ejércitos blancos, anteriormente comandantes del ejército imperial, lo único que pretendían era devolver a Rusia a su pasado zarista.

Como era de suponerse, las consecuencias de esta postura agravaron el caos por el que atravesaba Rusia. En la retaguardia de las tropas de Kolchak y Denikin estallaron nuevos desórdenes y muchos campesinos contemporizaron con los bolcheviques que les prometían la tierra o con las bandas anarquistas de Makhno, que se las entregaban; en Ucrania, el líder nacionalista Petliura combatía sucesivamente a los blancos y a los rojos; en el Este, Kolchak respondió a los desórdenes con pueblos incendiados, fusilamientos y ahorcados; en cambio Denikin, quien sí supo identificar a los autores de la revolución, dirigió sus represalias hacia la población judía. No todos los judíos que habitaban Rusia participaron en la revolución, pero responsables o no, en el curso de 1919 fueron asesinados por las tropas de Denikin más de cien mil judíos.3

Desde que se inició la contrarrevolución, a pesar de la falta de visión política de los generales blancos, los bolcheviques retrocedieron casi en todas partes. Súbitamente, en julio de 1918 las esperanzas monarquistas sufrieron un gran revés con el asesinato de la familia imperial por órde nes de la judería revolucionaria. De todas formas, durante aquel verano

el éxito favoreció a las fuerzas contrarrevolucionarias, y había algunos motivos para suponer que de un momento a otro se recibiría ayuda desde el extranjero para derrotar a la revolución; después de todo, el régimen totalitario de Lenin representaba una amenaza para el mundo entero.

La esperada intervención extranjera comenzó en agosto de ese mismo año con la llegada de los soldados norteamericanos a Siberia, además de un desembarco de tropas francesas en Sebastopol; aunque ya antes algunos destacamentos británicos habían desembarcado en Arcángel y Murmansk, para proteger los depósitos de material bélico destinados originalmente a los ejércitos del zar.

A fines de 1918 había en Rusia 180 000 soldados aliados, que incluían a las tropas japonesas (que desde marzo llegaron a Vladivostock para proteger a los súbditos de origen japonés). Cuando los dirigentes aliados decidieron enviar a sus soldados a Rusia, se supuso que la finalidad de estas tropas expedicionarias consistía en cumplir con un doble objetivo: reconstruir, en primer lugar, el frente oriental contra Alemania con ayuda de un ejército antibolchevique; y, en segundo lugar, liberar a Rusia de la barbarie que amenazaba con extenderse por Europa.

Sin embargo, la extraña pasividad demostrada por estas tropas, añadida la ambigua actitud de muchos dirigentes políticos de Occidente, revelaron que sus intenciones no eran precisamente anticomunistas. Se supone que el enfrentamiento entre las democracias de Occidente y el comunismo implicaba un antagonismo irreconciliable; aunque, en el fondo, subsisten hechos que demuestran que se ha tendido a dar más importancia a los enfrentamientos aparentes que al contubernio de los políticos.

Durante la Primera Guerra Mundial, supuestamente, las democracias de la Entente eran aliadas del imperio ruso y opuestas a la revolución que pregonaba el fin de la democracia burguesa; pero la actitud de los gobiernos de Gran Bretaña y de los Estados Unidos fue poco clara en sus relaciones con Rusia. En el curso de la guerra contra Alemania y Austria-Hungría, por ejemplo, el gobierno inglés se había comprometido a suministrar armamento para el ejército ruso a través de la empresa Vickers & Maxim; cuando, inexplicablemente estos expertos comerciantes de armamento —que habían demostrado su eficacia en docenas de conflictos— fracasaron para surtir los urgentes pedidos de los rusos.

Sobre este extraño suceso que deterioró las relaciones entre ambos gobiernos, sir Bernard Pares, corresponsal oficial en Rusia en 1915, escribió a Lloyd George que "era su deber informar que el desafortunado y extraño fracaso de Vickers & Maxim en el suministro de armamento de Rusia, estaba poniendo en grave peligro las relaciones de ambos países".4

Lo más importante de esta historia resultó cuando, después de cierto tiempo de espera, el armamento enviado a Rusia no correspondía a los calibres utilizados por el ejército zarista. Difícilmente podría decirse que semejante contratiempo fuese accidental, pues la empresa que el gobierno inglés había comisionado para este fin estaba dirigida por los judíos Basil Zaharoff y Ernst Cassel; éste último amigo íntimo de Jacob Schiff, director de la banca Bischofsheim & Goldsmidt. Sus intereses, al parecer, no podían estar del lado de la dinastía de los Romanov, que trataba de impedir la subversión de los judíos, sino de estos últimos, a quienes sí apoyaron con el envío de armamento destinado a la revolución.

Cuando algunos años después fue destronado Nicolás II, el gobierno británico volvió a demostrar "lo mucho que le importaba" su antiguo aliado. Es innegable que en un principio se hizo una oferta de asilo al desafortunado ex monarca, mas parece ser que el gobierno británico después cambió de idea. De acuerdo con la versión de Kerensky, la proposición no fue mantenida; Lloyd George, por su parte, asegura que el gobierno inglés se mantuvo firme; no obstante, sir George Buchanan, el embajador británico en Rusia, reconoció, en sus memorias publicadas después de su muerte, que el gobierno británico envió un telegrama al gobierno ruso en el que retiraba la oferta de asilo.

Como parte de esta conjura internacional contra la monarquía rusa, Lloyd George fue muy explícito cuando declaró ante la Cámara de los Comunes que "con el derrumbamiento del imperio de los Romanov, uno de los principales objetivos de la guerra se había cumplido". Por cuanto se refiere a la política de los Estados Unidos ante la Unión Soviética, ésta no fue menos sorprendente.

En Rusia se estaba consolidando en el poder un régimen político totalitario y genocida fuera de precedente, que amenazaba con extender

[4] D. Lloyd George, *War Memoirs* (Memorias de guerra).

se al mundo, según proclamaban abiertamente los revolucionarios comu nistas. Pero en 1918 el presidente Wilson le dio tanta importancia a la tragedia que se estaba desencadenando, que consideró conveniente dedi car en sus Catorce Puntos una extensa sección a Rusia (punto 6), en la que proponía una reordenación para "garantizar a Rusia las institucio nes estatales que ella se ha dado, así como ayuda de todo tipo , para la que pedía "la comprensiva y generosa simpatía" de todas las naiciones.5

Tiempo después, cuando los aliados ganaron la guerra, el artículo 116 del Tratado de Versalles mostró "su comprensiva y generosa simpatía" por el régimen de Lenin, al anular el tratado de Brest-Litov-sk y conceder a Rusia el derecho a reparaciones por daños de guerra. A las aliados no les importó mucho el que el 21 de enero de ese año el gobierno bolchevique desconoció por decreto las deudas exteriores contraídas peor la monarquía, y por los gobiernos de Lvov y Kerensky.

De idéntica manera a todos estos desconcertantes sucesos,, el papel desempeñado por las fuerzas aliadas en Rusia fue sumamente extraño.

A mediados de 1919, aunque carente de coordinación, el ataque de los ejércitos blancos progresaba por todos los frentes hacia Moscú, ante la inexplicable pasividad de las tropas aliadas. En el puerto de Riga se dio el caso de que los cañones de la flota británica no dispararan contra los comunistas, sino contra los alemanes, para evitar que éstos entraran a la ciudad en manos de los rojos.

La intervención extranjera dio lugar a manifestaciones de protesta en Francia e Inglaterra, que, aunadas a la agitación revolucionaria de Alemania y Hungría, despertaron en los bolcheviques la esperanza de extender la revolución hacia Europa. "Nunca jamás hemos estado tan cerca de la revolución proletaria mundial, pero también es cierto que nunca jamás hemos corrido tan graves peligros", escribió Lenin, quien escogió aquellos turbulentos días para fundar la III Internacional y conjurar con ello la contrarrevolución.

A partir de los meses de otoño, la determinación y fanatismo con que los bolcheviques combatieron a la contrarrevolución comenzarcon a dar resultado. El ejército rojo, que casi contaba con tres millones de soldados,

---

5 *J.* R. de Salís, *Historia del mundo contemporáneo,* tomo III, p. 109.

logró rechazar a los ejércitos blancos ante la pasividad de los aliados; a quienes, después de todo, la política de autodeterminación de los pueblos de Lenin brindaba más tranquilidad que las reivindicaciones rusófilas de los blancos. Hay que tener presente que las atrocidades antisemitas y la identificación que hizo Kolchak de la judería con el comunismo, incomo daron a ciertos círculos políticos y financieros de Occidente. Toda esta falta de lógica histórica y coherencia política quedó demostrada una y otra vez.

En **1919** se había desencadenado en Rusia una extrema inflación; la fuerza de trabajo había descendido en un 76% en relación a 1917, y la requisa de las cosechas degeneró en el hambre y la escasez. No obstante, cuando Bernard Baruch[6] le preguntó **al** periodista norteamericano Lin coln Steffens cómo era la Rusia de Lenin que acababa de visitar en un viaje oficial, éste contestó: "Estuve asomándome al futuro, ¡y funciona!"

Independientemente de una opinión tan irresponsable como la de Steffens, el pueblo ruso, víctima de la represión y la economía de guerra, no compartía semejantes puntos de vista. Los dirigentes del nuevo régimen comunista consideraban su propia obra de ingeniería social como un modelo de la sociedad del futuro, pese a que en toda Rusia las escasas fábricas que trabajaban a plena capacidad eran las fábricas de dinero.

La consecuencia de este estado de cosas condujo a la inflación y el mercado negro. En la *Soukharevka* (centro del mercado negro de Moscú), el menor objeto tenía su valor y se intercambiaba; por ejemplo, mantequilla por pañuelos de seda, seis huevos por una chaqueta o herramienta por zapatos.

En Petrogrado la situación era menos alentadora: el bloqueo aliado por mar hacía casi imposible el abasto de la ciudad, y por tierra el mal estado de los transportes impedía recurrir al suministro de otras regiones por demás devastadas.

En un cuadro extraído de la cruda realidad, Roland Gaucher escri bió:

"Todos aquellos que no han logrado huir de la ciudad buscan deses peradamente un medio de salir del paso. En el corazón del invierno, en

[6] B. Baruch era el consejero (de origen judío) del presidente Wilson.

los trenes de mercancías que van hacia Petrogrado, se apiñan hombres en pingajos, con tez gris, cada cual con su saco a la espalda; vuelven de los pueblos vecinos donde han ofrecido sal, cerillas, a veces un par de botas o un poco de petróleo en una botella. Han obtenido a cambio algu nos kilos de patatas, a menudo heladas, un poco de harina. A veces, el tren se detiene, a falta de combustible. Es preciso bajar a la nieve, cortar las ramas muertas que suministrarán madera para la locomotora; con tentos todavía si no se han codeado durante el trayecto con algún enfermo contagioso".7

En enero de 1921 las raciones más altas de pan negro para los obreros eran de 800 gramos; las patatas distribuidas estaban congeladas y el arenque, que antes había salvado a Petrogrado del hambre, comenzó a escasear, mientras que varias miles de toneladas de productos almacenados se echaban a perder por irresponsabilidad de los funcionarios.

Como consuelo de la penuria reinante, algunos comunistas sobrevivientes de esta pesadilla han elogiado, como prueba de igualitarismo revolucionario, la vida espartana de sus dirigentes; pero, cuando el pueblo ha sido despojado de todo y la revolución se ha efectuado en nombre de la igualdad, las menores ventajas, de las que sí disfrutaba la burocracia del nuevo régimen (tales como una habitación caliente, tiendas especiales y mejores raciones de alimento), se convertían en privilegios escandalosos. Por eso Roland Gaucher dijo que, "los burócratas soviéticos eran los boyardos de la miseria".

La impopularidad de la tiranía comunista quedó de manifiesto cuan do, cuatro meses después de terminada la guerra civil, estalló la rebelión de Cronstadt (fortaleza situada sobre la isla Klotine frente a Petrogrado, cuya guarnición y marinería se había distinguido durante los hechos re volucionarios de 1905 y 1917). Empero el prestigio de Cronstadt, a la que se consideraba como símbolo de la revolución, no impidió el desencade namiento inmediato de la represión. Bajo ninguna circunstancia el go bierno de Lenin se hubiera detenido a reflexionar siquiera las demandas de los insurrectos; entre las que se pedían raciones iguales para todos los trabajadores, libertad para el artesanado y el pequeño comercio, así como

[7] R. Gaucher, *La oposición en la URSS,* p. 26.

la libertad de prensa[8] y el derecho de los campesinos a disponer de las tierras.

"**En** la práctica —escribió Charles Bettelheim— la corriente ideológica en el seno de los de Cronstadt es la anarco-populista, antiestatista, fuertemente marcada de nacionalismo eslavo, de antisemitismo y de religiosidad. Más de una vez se encuentra en ellos la amalgama propagada por los blancos: comunistas = judíos".9

Para reducir al silencio a este brote de la oposición, los bolcheviques tuvieron que hacer acopio de fuerzas para emprender un último esfuerzo. Resultó muy dificil encontrar tropas seguras para disparar sobre sus propios compañeros, con quienes muchos se identificaban.

El 7 de marzo de 1921, a continuación de un ultimátum de Trotsky, las baterías costeras de Sestrorets, Lissinios y Krasnai Gorka, situadas en el golfo de Finlandia, abrieron fuego sobre la fortaleza de Cronstadt, y al día siguiente, durante la noche, los bolcheviques iniciaron el primer asalto sobre la superficie helada del mar Báltico.

En medio de una tempestad de nieve, los obuses de Cronstadt comenzaron a caer sobre los atacantes sobrecogidos de pánico y el hielo comenzó a ceder bajo sus pies; los soldados se aferraban inútilmente a los bloques de hielo o pedían socorro antes de perderse en el agua. En el curso del combate, uno de los batallones con el que se había perdido contacto se rindió a los rebeldes, y al día siguiente una compañía del 2o. batallón, que se había resistido a combatir, también se rindió.

Para restablecer la disciplina, los bolcheviques reaccionaron inmediatamente y se establecieron tribunales revolucionarios, que comenzaron a fusilar en el acto a todo aquél que se había negado a combatir. En la división de Omok fue necesario desarmar a dos regimientos completos; para impedir la desbandada, otros grupos armados se situaron en la re-

8 Fue significativo que en el mes de septiembre, antes del golpe de Estado bolchevique, Lenin había reclamado públicamente una libertad de prensa "completa"; aunque durante el régimen republicano del gobierno provisional la prensa en Rusia gozaba de tanta libertad como en Francia o Gran Bretaña, privilegio perentorio que se suprimió por decreto apenas dos días después de la toma del poder por los bolcheviques.

9 Ch. Betthelheim, *Las luchas de clases en la URSS.*

taguardia del frente y abrían fuego contra los que intentaban huir o rendirse.

Después de varios ataques rechazados por los defensores de la isla, el 16 de marzo las tropas de Tujachevsky se lanzaron a una ofensiva precedida por el fuego de la artillería, al que replicaron en seguida los cañones de Cronstadt; pero esta vez, las fuerzas atacantes, reforzadas por regimientos Kirghizes y Bachkirs, lograron penetrar en la ciudad a la mañana del día siguiente. A pesar de las pérdidas ocasionadas al enemigo, la situación de los rebeldes era desesperada; muchos obreros acudieron a ayudar a los agotados combatientes que luchaban desde hacía ocho días sin relevo.

Frente a la superioridad numérica del adversario, y sin posibilidad de recibir refuerzo alguno, la resistencia cesó el día 18, y tras de las inevitables detenciones en masa, las cárceles de Petrogrado se llenaron; y los prisioneros que no cayeron bajo las balas de los pelotones de ejecución, fueron conducidos por ferrocarril hacia Arcángel, en donde no se volvió a saber de ellos. El último reducto de resistencia había sido sofocado. Ahora los comunistas eran "los amos y señores" de Rusia.

CAPÍTULO XVI

Los judíos y la masonería

PESE a la importancia que los judíos y la masonería han tenido para la difusión del comunismo, de los autores de ensayos y folletos proselitistas del marxismo-leninismo ninguno de ellos conoce o hace mención a dicha influencia, debido en parte a la escasa información subsistente al respecto.

La cuestión de la judeo-masonería, más conocida a fines del siglo XIX y principios del XX, ha permanecido relegada muchas veces a la especulación de historiadores aficionados, más propensos al amarillismo oscurantista que a la objetividad histórica.

Es cierto que desde el derrumbe político y económico del bloque socialista de Europa Oriental, acompañado del cambio ideológico de la *perestroika,* presidida por Gorvachov en Rusia, ha disminuido el interés por la polémica marxista, a la que se le considera rebasada por los hechos. ¿Por qué entonces tanto interés en sacar a la luz la historia de una controversia que a nadie interesa ya?

En la actualidad los enemigos del marxismo-leninismo consideran que la amenaza comunista ha sido conjurada, pero en Occidente los partidos de izquierda han objetado que el hundimiento de Europa oriental no cancela la alternativa al socialismo, sino sólo la versión burocrática del comunismo.

El fracaso de las dictaduras comunistas —antes llamadas con eufemismo democracias populares— representa el mayor golpe recibido por el comunismo mundial; inclusive, los círculos intelectuales sustentados en la supuesta superioridad de los regímenes socialistas, aún continúan impresionados por los horrores y monstruosidades reveladas tras la supresión de "la cortina de hierro". De todas formas, debe tenerse presente que la crisis actual por la que atraviesa el comunismo mundial no significa necesariamente el fin del socialismo. Recordemos su capacidad de recuperación demostrada en ocasiones; como en 1941, durante la invasión de Rusia, en la que la revolución mundial estuvo al borde del colapso total.

Al margen de estas vicisitudes, ya es tiempo de que la historia tome en serio la importancia de la judeo-masonería; siendo que su acción polí tica desde la revolución francesa hasta nuestros días ha sido decisiva, no solamente para el avance del comunismo, sino para establecer las bases jurídicas e ideológicas del Estado moderno inspirado en la democracia republicana. Por estos motivos, es injustificable que el tema tabú de la judeo-masonería continúe relegado a los anticuarios de apolilladas libre rías.

Pese a la ignorancia de las masas, a lo largo de los últimos 200 años la judeo-masonería se ha dedicado a alcanzar su más altos objetivos. Fa bulosa empresa que salta a la vista, pues el mundo actual en gran parte es obra de la judeo-masonería, a la que tanto debe el liberalismo, el so cialismo, así como el gran capital internacional y la república judeo masónica.

La desinformación subsistente sobre la judeo-masonería no es un hecho casual, sino premeditado, que obedece a los más poderosos intere ses que prevalecen sobre la Tierra. Por eso, hoy más que nunca, resulta imprescindible aclarar a ciencia cierta cuál fue el papel jugado por la masonería en el comunismo. A **lo** largo de esta crónica hemos tenido opor tunidad de confirmar una buena parte de ello; ahora, de lo que se trata es de aclarar cuáles han sido los móviles y objetos de la judeo-masonería.

La existencia del pueblo de Israel y la masonería, como sujetos de la historia, pueden considerarse en principio independientes uno del otro. Fue hasta después del triunfo de la masonería con la revolución francesa y la extensión de los derechos de ciudadanía de los judíos en Europa,[1] cuando comenzó a comprobarse una misteriosa confluencia entre los ju díos y la masonería; afinidad nada sorprendente desde **el** momento en que la emancipación social de los judíos se debía en primer término a la masonería, enemiga a muerte de las viejas monarquías, de las que tam bién los judíos se consideraban víctimas.[2] En esa forma, el hundimiento

---

1 En el curso de la revolución francesa los judíos adquirieron los derechos de ciudadanía en Francia; en el resto de Europa los adquirieron posteriormente, y sólo en parte, como en Austria y Alemania durante el siglo Kix.

2 Algunas veces se ha reprochado a los gentiles el "cruel confinamiento" de los judíos en los viejos ghettos europeos, aunque el origen de estos barrios destinados a albergar a

del feudalismo y el ascenso de la burguesía significaba para la masonería el triunfo sobre un obsoleto orden social incompatible con sus ideas progresistas, al mismo tiempo que para los judíos el fin del feudalismo significaba el fin del ghetto y el comienzo de la igualdad política y social. Con la supresión del viejo régimen, más que un mundo que perder, los judíos y los masones tenían un mundo que ganar. No hay duda sobre los intereses que unos y otros podían tener en común. Pero ¿hasta qué punto podría hablarse con mayor fundamento de una relación judeo-masónica, tal y como la misma palabra lo sugiere?

En vista del secreto que rodea a las actividades políticas de las logias, no existe suficiente información para poder responder ampliamente a esta pregunta. Dentro de lo que se sabe, existen algunas evidencias inquietantes relacionadas con la actividad política de los judíos y la masonería, extraña coincidencia que fue advertida a fines del siglo XIX en medio de una ola de antisemitismo que se extendió por gran parte de Europa, a raíz de la desproporcionada influencia que los judíos ejercían en la economía, la política, la prensa y los movimientos socialistas.

Acerca del antisemitismo, puede decirse que no era un fenómeno nuevo en Europa; sólo que los motivos de repudio hacia los judíos tendían a cambiar, ya que si en un principio éstos habían sido más bien de índole religiosa, a medida que los judíos se asimilaban a la sociedad en calidad de ciudadanos con plenos derechos, los motivos del antisemitismo adquirían un carácter político y social. La igualdad de oportunidades que el nuevo orden social reconocía a los judíos había hecho posible que el talento y la inteligencia de este extraordinario pueblo se destacara en todos los terrenos de la creatividad, y especialmente en el mundo de la

---

las comunidades judías no obedecía a ninguna iniciativa segregacionista, sino a un hecho fortuito, puesto que los asentamientos de estos barrios surgieron a iniciativa de los propios judíos desde antes de la Edad media, cuando éstos demandaron tierras a los príncipes y señores para establecer sus colonias. Más adelante, con el paso de los siglos, estos asentamientos quedaron absorbidos por el crecimiento de los pueblos y ciudades, de tal suerte que judíos y cristianos convivían lado a lado. En el siglo xvi, sin embargo, la Iglesia decidió aislar al judaísmo, y exigió a sus fieles que abandonasen los barrios judíos bajo amenaza de expulsión y ostracismo; fue así como éstos abandonaron los ghettos reservados en lo sucesivo para los judíos. Véase M. Dimont, "Ocaso del Talmud", en *Los indestructibles judíos.*

política; en donde los judíos se inclinaban hacia el socialismo, los partidos liberales y la prensa antimonarquista. Por lo que se refiere a los partidos conservadores, algunas veces se destacaron los judíos pero en pequeña proporción, puesto que la igualdad civil y el porvenir del pueblo judío dependían del éxito del liberalismo; ideología política en la que residía su libertad de acción, negada por las viejas monarquías. He aquí la razón por la que clericales, terratenientes y conservadores identificaron a partidos progresistas y liberales con los judíos, como sucedió en Austria-Hungría en 1879 y, posteriormente, en Francia, en donde clericales y conservadores se valían del antisemitismo para dirigir sus ataques contra los republicanos.

En la misma medida en que las monarquías europeas cedían terreno ante el liberalismo, otra lucha había comenzado a anteponerse a la vieja rivalidad entre liberales y conservadores: la lucha del comunismo contra la burguesía. Enfrentamiento que recrudeció más el antisemitismo, a causa del terrorismo revolucionario judaico. En ese entonces, el antisemitismo comenzó a especular sobre una conspiración judía internacional, que pretendía la conquista del mundo en obediencia a las consignas religiosas del pueblo judío; según las cuales, los hebreos habían sido escogidos por Dios para prevalecer sobre las demás naciones de la Tierra. El socialismo y la masonería —sostenían los antisemitas—, eran simples instrumentos inventados por el judaísmo para cumplir con sus sueños milenarios de dominación mundial. Ya desde antes de nuestra era, durante la dominación de Palestina por los romanos —de acuerdo con sus creencias religiosas—, los judíos esperaban la llegada del Mesías, es decir, el descendiente de la casa de David que habría de dar el dominio del mundo al pueblo de Israel y la liberación de la dominación romana.

Desgraciadamente para las esperanzas del judaísmo, el advenimiento de Jesucristo y la dispersión ulterior de los hebreos por el imperio romano modificaron las expectativas estratégicas del mesianismo. La aparición de Jesús de Nazaret, que se autoproclamó como el Mesías sin que luchara contra los romanos ni diera a los judíos el dominio del mundo, para el judaísmo significó una catástrofe nacional; pues la "herejía cristiana" se extendió por doquier predicando indistintamente su mensaje de paz y amor entre judíos y gentiles. De acuerdo con el mensaje de Cristo, ya no se trataba de que Israel prevaleciese sobre las demás naciones, sino de que la fraternidad prevaleciese entre los hombres de la Tie-

rra unidos por el mismo Dios. La idea, por supuesto, desagradó mucho al judaísmo, que se resistía a compartir su dios con los demás pueblos; empero, el evangelio cristiano se propagó entre los gentiles, entre quienes sí encontró aceptación. En esa forma el cristianismo comenzó a convertirse en una religión mundial, mientras que los judíos continuaron esperando al "verdadero Mesías".

Tiempo después, cuando los judíos tuvieron que convivir entre los pueblos gentiles a continuación de la diáspora del año 70 d. de C., el enfrentamiento entre ambas religiones era inevitable. Si se hubiese tratado de otro pueblo, un exilio forzoso, como el impuesto a los judíos, hubiera sido suficiente para disolver toda tentativa nacionalista por medio de la asimilación con otros pueblos, no obstante el caso de los hebreos fue diferente. Con todo y haber perdido su territorio nacional, las colonias judías diseminadas por Europa siguieron conservando su propia religión, sus costumbres y lenguaje, y hasta sus leyes y administración, diferentes a las que prevalecían en los dominios a donde llegaban. La obsesión milenaria del judaísmo les impedía olvidar que ellos eran "el pueblo elegido" y que algún día prevalecerían sobre las demás naciones, a pesar de todas las adversidades pasajeras.

Sobre la intolerancia religiosa de la cristiandad con el judaísmo mucho se ha hablado, pero en realidad la intolerancia del judaísmo antecedió a la del cristianismo; pues el principal acto de esta intransigencia religiosa fue la crucifixión de Jesucristo. Más adelante, entre los años 64 y 364 d. de C., víctima de esta misma ferocidad, la en ese entonces pequeña secta cristiana fue denunciada a los emperadores romanos por los judíos, y entregada a las fieras del circo para divertir al populacho.

A pesar de todos estos motivos de discordancia, judíos y cristianos convivían dentro del imperio romano unidos por las mismas escrituras, aunque bajo diferente interpretación. Posteriormente, ante la negativa judaica a reconocer que la Edad del Mesías anunciada por los profetas había comenzado, la polémica se agudizó y el cristianismo comenzó a rechazar a los judíos bajo las acusaciones de paganismo y "pueblo deicida". Cuando el emperador Constantino reconoció al cristianismo como la religión oficial del imperio, cesó la persecución de los cristianos pero comenzó la persecución contra los judíos. A partir de ese entonces, los judíos dejaron de tener los mismos derechos civiles y quedaron prohibidos los matrimonios entre cristianos y judíos, aunque de hecho la religión

judía prohibía los matrimonios mixtos desde los tiempos de Moisés;[3] además de que las leyes hebraicas del Antiguo Testamento y El Talmud discriminaban a los no-judíos con prohibiciones para administrar al pueblo judío o a ocupar el trono de Israel.

Después del Concilio de Nicea del año 325 d. de C., en el que se decidió que de ahí en adelante los cristianos dejarían de celebrar la pascua en la misma fecha que los judíos, ambas religiones se separaron. La caridad cristiana difícilmente podía hacer adeptos en ,ún pueblo de comerciantes y usureros. Únicamente entre las capasdesposeídas de los judíos, algunos de ellos abrazaron el cristianismojo's demás, particularmente los estratos acomodados, continuaron fieles al judaísmo.

Algunas veces las injusticias de los emperadores, o del clero, provocaron la rebelión de los judíos, tal y como sucedió en Palestina el año 325 d. de C:, y más adelante, en Antioquía, en donde la comunidad judía se rebeló violentamente; aunque en general, la situación de los judíos después de la Diáspora tendía a mejorar. Gracias a su importante función comercial, los judíos fueron los únicos extranjeros dentro del imperio romano a los que se les permitió el privilegio de la autonomía administrativa; su vocación de pueblo comerciante parecía ilimitada. Durante siglos, a ellos se había debido el intercambio comercial entre Oriente y Occidente; y después de la caída del imperio romano, la prosperidad económica de los judíos no declinó, sino que se incrementó. En la Edad Media la ancestral vocación para los negocios de los judíos los llevó al control del comercio de Europa; fueron muchas las regiones y ciudades, como Flandes, Huy, Londres, Lieja y las Galias, en donde prácticamente todo el comercio se hallaba en sus manos. Desde Rusia y Polonia fueron igualmente comerciantes judíos quienes acudían al Occidente para vender esclavos, pieles y sal a cambio de otra clase de géneros. La importancia de los mercaderes semitas, función que nadie más en aquel entonces podía ejercer, es innegable. El único inconveniente de esto fue el carácter usurario del capital judío, desventaja que a la larga no pudo evitar el rechazo y repudio del pueblo. Eh España, por ejemplo, con motivo de las disputas teológicas, los cristianos se quejaban de que los judíos "se habían apode-

[3] Véase L Guinsburg, "Esdras y la gran asamblea" en *El Talmud*, México, Fernández (Biblioteca de Temas Judíos), 1983.

rado de campos y animales [...] Poseen las tres cuartas partes de los cam pos y tierras de España".4

Muy pronto fue común ver por todas partes de Europa tanto a campesinos como grandes señores arruinados por **la** práctica judía de préstamo de dinero con interés. En esta forma, el agiotismo y la usura cosmopolitas se convirtieron en una auténtica pesadilla que acabó por exasperar a la cristiandad.

La declinación del capital usurario judío se produjo a partir del siglo XI, cuando, bajo el estímulo del intercambi comercial con Oriente, el capitalismo mercantil comenzó a des ar a los comerciantes judíos. Acontecimiento que, en otros términos, lo que significaba era que la economía cimentada en la producción para el consumo, de la que dependía el éxito del capital judío, estaba siendo sustituida por la producción destinada al intercambio; a partir de ese entonces, los comerciantes judíos dejaron de ser imprescindibles y la usura aparecía ahora odiosa e inecesaria. El porvenir pertenecía así a los comerciantes no judíos de las ciudades comerciales del norte de Italia y de otras comarcas industriales como Flandes, Dinant e Inglaterra.

Por añadidura a la declinación del capital judío, la verdadera tragedia de este pueblo se desencadenó hasta el año 1096 con el inicio de las cruzadas; acontecimiento que se aprovechó para organizar las primeras persecuciones contra los judíos.

El objetivo de estas expediciones militares, destinadas a reconquistar Tierra Santa **a los** musulmanes, obedecía a fines religiosos, pero los intereses comerciales para abrirse paso hacia el Oriente, así como el afán de conquista y botín, dibujaban la otra cara de estas guerras religiosas que cobraron sus primeras víctimas entre la población civil judía.

"Vamos a vengarnos de los israelitas [...] Antes es necesario arreglar cuentas con ellos", gritaban los soldados al pasar por los barrios judíos y a continuación se lanzaban sobre éstos apoyados por las multitudes. Una tras otra fueron arrasadas comunidades judías enteras, como las de Colonia, Maguncia y Worms; en esta última ciudad la cifra de muertos se

---

4 A. León, *Concepción materialista de la cuestión judía.*

5 Véase S. Dubnow, *Manual de historia judía,* p. 411.

elevó a 800. En Jerusalén, después de indecibles penalidades y una dura travesía de tres años, los musulmanes de la ciudad fueron exterminados, y a los judíos se les encerró en una sinagoga en donde se les prendió fuego en venganza por las persecuciones anticristianas.

En Alemania, la intervención de Enrique IV hizo cesar por algún tiempo el saqueo y el vandalismo; posteriormente, especialmente durante la fanática excitación de las cruzadas, la ola de persecuciones que se desató sobre los judíos se extendió durante casi tres siglos, en los que la matanza y las vejaciones parecían no tener fin.

En 1146, durante la segunda cruzada, la violencia volvió a estallar contra las comunidades judías de Francia-y Alemania; 40 años después les tocó el turno a las ricas comunidades judías de Inglaterra, que no corrieron con mejor suerte que la de sus hermanos del continente. Muchos judíos prefirieron quitarse la vida antes de que se les obligara a apostatar de su fe, y otros, refugiados inútilmente en sus casas, perecieron entre el fuego provocado por sus perseguidores. El caso más dramático fue el suicidio colectivo de los judíos de York; tragedia en la que fueron quemados públicamente los pagarés, después de un asedio de 6 días.

Aparte de la quema de pagarés, los libros religiosos del judaísmo también fueron a menudo objeto de la ira popular; especialmente en Francia, en donde a continuación de la denuncia de El Talmud por Nicolás Donin, un judío converso, la obra del judaísmo fue incinerada en grandes cantidades, después de haber sido denunciada como "perniciosa y sacrílega" por un proceso convocado por el Papa Gregorio IX en 1240.

Antes de recurrir a la expulsión, como última medida para deshacerse de los judíos, la extorsión produjo pingües beneficios a algunos monarcas europeos; no obstante que ellos mismos se beneficiaban con los crecidos impuestos originados por el pueblo judío. Fue así como en 1182 los judíos de París —que por cierto, habían adquirido casi la mitad de la ciudad— fueron arrestados por el rey hasta que pagaron la suma de 150 000 marcos oro. Posteriormente, los judíos fueron expulsados e invitados a regresar sucesivamente vía el pago de crecidas sumas; hasta que en 1394, los judíos de Francia y Languedoc fueron expulsados definitivamente y sus bienes quedaron confiscados; solamente se salvaron del destierro aquellos que se convirtieron al cristianismo.

La situación de los judíos en Inglaterra y España fue parecida; con la salvedad de que en este último reino toda tentativa de asimilación resultó contraproducente. Ya que ante la negativa judía para abrazar el cristianismo, tras un largo periodo de vejámenes y persecución, en 711, cuando los sarracenos invadieron la península, los judíos se pasaron al lado del invasor y juntos dominaron España durante 700 años; hasta que a fines del siglo , los judíos fueron expulsados del reino por los reyes católicos.

Entre otras desgracias, como las de Guienne Sur de Francia en 1321, y en 1348, en varios sitios de Europa, que también provocaron miles de muertes, el periodo de las cruzadas fue, a grandes rasgos, una de las etapas más duras por las que atravesó el pueblo judío. Los motivos de dichas persecuciones habían sido de índole económica, social y religiosa. Sobre este último punto, J. A. Eisenmenger, en el siglo XVIII, hizo una serie de revelaciones en cuanto al carácter anticristiano y xenófobo de la religión judía; al cual han atribuido muchos autores de obras antisemitas la naturaleza dominante de este pueblo, así como su rechazo entre los gentiles.

Conforme a la concepción materialista de la cuestión judía, no es, sin embargo, la mentalidad del judaísmo la que explica las inclinaciones plutocráticas de este pueblo, y sí estas últimas las que dieron origen al egocentrismo religioso. En cualquier caso, con todo y el concepto de paz mesiánico universal caro al judaísmo, el contenido político y xenófobo de esta religión resulta interesante para entender parte del problema de adaptación de los judíos de la diáspora. Algunas sentencias religiosas son elocuentes a este respecto:

"Devorarás a todos los pueblos que Yahvé, tu Dios, va a entregarte; tus ojos no los perdonarán y no servirás a sus dioses". (Deuteronomio, 7-16.)

"Prestarás a muchos pueblos y no tendrás que tomar prestado de nadie; dominarás a muchas naciones y ellas no te dominarán a ti". (Deuteronomio, 15-6.)

"Habrá extranjeros para apacentar tus ganados, y extranjeros serán tus labradores y viñadores. Y vosotros seréis llamados sacerdotes de Yahvé y nombrados ministros de nuestro Dios. Comeréis lo exquisito de las naciones y os adornaréis de su magnificencia". (Deuteronomio, 61-5-6-7.)

"Extranjeros reedificarán tus muros, y sus reyes estarán a tu servicio". (Isaías, 60-10.)

"El pagano que se ocupa del estudio de la Torah merece la muerte". (Sanedrín 59a.)

"Los extranjeros son como la lepra sobre el cuerpo de Israel", reza un célebre dicho Schanaíta.

"Un goim (es decir, 'un gentil') que golpee a un israelita merece la muerte". (Sane&ip, Fol. 58, Col. 2.)

"Las nacioneá se reunirán para ir a ofrecer sus homenajes al pueblo de Dios; toda la fdrtuna de las naciones pasará al pueblo judío, y (las naciones) caminarán detrás del pueblo judío encadenadas, como cautivos, y se postrarán delante de él, los reyes educarán a sus hijos y las princesas serán las nodrizas de sus niños. Los judíos darán órdenes a las naciones; llamarán a pueblos a los que ni siquiera conocen, y los pueblos que ni siquiera les conocen correrán hacia ellos. Las riquezas del mar y la fortuna de las naciones irán por sí mismas hacia los judíos. El pueblo y el reino que no sirvan a Israel serán destruidos... (I. Loeb, *La literatura de los pobres en la Biblia,* pp. 219-220.)

Para ciertos profanos los designios imperialistas de la religión judía podrán resultar arcaicos pero, de acuerdo con las fuentes antisemitas, la obsesión milenaria de dominación mundial para los judíos es una cuestión seria, para la que no reparan en medios. La masonería, por ejemplo, es un instrumento creado por el judaísmo para tal fin. Por medio de esta sociedad secreta, en la que sus jefes ocultos siempre son judíos, es como éstos han logrado ejercer una influencia decisiva en la política mundial —aseguran.

Sobre el origen y finalidad de la masonería existen muchas especulaciones. Una de las versiones que gozan de mayor aceptación es la que atribuye su origen hacia el año 1012, durante la construcción del templo de Salomón; durante la cual, el objetivo de dicha orden se circunscribía al arte de la construcción. Posteriormente, la masonería estuvo relacionada con otras sectas, como las de los albigenses y cátaros, de las que recibió cierta influencia cultural; pero en términos generales, una buena parte de los ritos y símbolos masónicos inspirados en la Biblia y la Cábala sugieren un origen judío.

En cuanto al objeto de la masonería moderna, éste se ha distanciado de la arquitectura y la albañilería; mas sus variantes históricas y la di-

versidad de tendencias culturales hacen muy difícil explicar, a fin de cuentas, qué es la masonería. Uno de los puntos de vista que más podría acercarse a la versión que la masonería da de sí misma es el de John Truth. "La masonería —afirma— es una asociación universal, filantrópica, filosófica y progresiva, que procura inculcar en sus adeptos el amor a la verdad, el estudio de la moral universal, de las ciencias y de las artes, los Sentimientos de abnegación y filantropía y la tolerancia religiosa; que tie de a extinguir los odios de raza, los antagonismos de nacionalidad, de cr ncias y de intereses, uniendo a todos los hombres por los lazos de la s idaridad y confundiéndolos en un tierno afecto de mutua correspondencia". En cuanto al objeto de la masonería, John Truth añade: "borrar entre los hombres las preocupaciones de casta, las distinciones convencionales de colores, orígenes, opiniones y nacionalidades, combatir el fanatismo y la superstición, extirpar los odios nacionales y con ellos el origen de la guerra [...]

Con todo el altruismo y hermandad aparentes de la masonería, su lucha contra la enseñanza religiosa —especialmente la católica—, a la que calificaba de oscurantista, así como sus actividades políticas y revolucionarias, revelaban la otra cara de la masonería; cuyos enemigos supieron advertir sus equívocos, puesto que esta orden, que se negaba a reconocer cualquier injerencia en la política y que aseguraba respetar todo credo religioso, en primer lugar sí tomaba partido por la política, y en segundo lugar la guerra oculta que sostenía contra el clero la había convertido en la contra-iglesia; conflicto que le atrajo numerosas condenas y excomuniones de los pontífices romanos desde el siglo XVIII hasta principios del XX.

El Papa Pío VII condenó a la masonería y a los carbonarios en sus "Letras apostólicas Ecclesiam a JesuChristo" (La Iglesia de Jesucristo) de 1821, acometida en la que de paso se denunciaba la licencia de que se gozaba en las sociedades secretas para asesinar a cualquiera que revelare los secretos de dichas asociaciones. "Por lo cual —añadió el Papa— no hay que extrañar que se hayan cometido ya tan graves atentados en Italia".

---

[6] "Masonería" en *Enciclopedia* Espasa-Calpe.

En 1738, Clemente XII condenó a las sociedades secretas, a las que calificó de "perniciosas para la seguridad de los Estados y la salvación de las almas", anatema que reiteró el Papa Benedicto XIV en su Constitución "Providas"(Guardaos) de 1751.

León XII, quien atribuyó a las sectas secretas la revolución francesa, así como las perturbaciones sociales y calamidades que sufría la Iglesia, también condenó a todas estas sociedades secretas en su Constitución "Quo Graviara" (Adonde apuntan tan graves cosas) de 1815.

Después de Gregorio XVI, quien se sumó a esta serie de excomuniones y anatemas en su encíclica "Miran vos" (Os debéis asombrar) de 1832, el Pipa Pío XI, el mismo al que la masonería intentó hacer pasar como masón, señaló en su encíclica de 1846 que si los príncipes hubieran hecho caso de las exhortaciones de los Papas anteriores, que les inculcaban el deber de reprimir a la peligrosa secta, "ni vuestros padres ni nosotros jamás habríamos tenido que deplorar tantos movimientos sediciosos y revolucionarios, tantas guerras incendiarias que pusieron fuego a Europa entera ni tantos males que han afligido y afligen aún a la Iglesia".

Finalmente, cabe agregar la encíclica "Humanum genus" (El Género humano) de León XIII, en el famoso documento de 1884, a propósito de los masones, en el que se afirmaba que "no era lícito unirse a ellos ni ayudarles en modo alguno". De acuerdo con la versión antisemita fundada en la conspiración judía, la discordia entre el clero y la masonería no tenía nada de extraño, ya que era precisamente el odio de los judíos hacia el cristianismo el que se encontraba detrás de todo esto. En cualquier caso, el ascenso de la masonería al poder fue rápido.

A partir de 1717, año en el que se fundó la Gran Logia de Inglaterra, en cuyos fines y organización se inspira la masonería moderna, la difusión de esta orden se propagó primero por dicha isla, en donde se contó con la sobresaliente participación de la nobleza, y, posteriormente, su influencia se extendió por casi toda Europa y la India. El carácter cultural de la masonería fue más bien un rasgo distintivo de los países en donde se produjo la Reforma (Inglaterra, Estados Unidos y Alemania), pero sus actividades revolucionarias en otros países tuvieron un efecto menos benigno. En el Estado bávaro, por ejemplo, el gobierno publicó en 1786 el archivo secreto de "Los iluminados", luego de una pesquisa en la que fueron arrestados varios cabecillas de esta secta asociada a la maso-

nería. Posteriormente, una vez que se consolidó esta última por el conti nente, su acción más espectacular se desarrolló en Francia.

Desde la revolución de 1789 a nuestros días nadie ha ejercido mayor influencia sobre el Estado y la sociedad francesa que la masonería. Hecho que, sin embargo, la historia oficial pretende ignorar. Aun que ni los mismos masones en la actualidad se atreverían a negar su actuación decisiva durante la revolución francesa; toda vez que, de acuer do con sus escritos, tanto los principios de la revolución como sus más importantes ideólogos y políticos estaban inspirados en la masonería. La *Enciclopedia,* es decir, el primer antecedente intelectual de la revolución fue una obra de célebres adeptos de dicha orden; tal y como lo fueron D Alambert, Diderot, Helvecio, Voltaire y Condorcet.

Más adelante, cuando se desencadenó la vorágine de 1789, se distin guieron a la cabeza de la revolución Robespierre, Desmoulins, Danton, Mirabeau, así como el marqués de La Fayette y Tayllerand (el llamado "mago de la diplomacia napoleónica", que también era iniciado en la ma sonería), al igual que casi todas las demás ilustres figuras de la revolu ción.

La historia secreta de los planes revolucionarios de la masonería probablemente nunca se conocerá; lo único que puede constatarse son *sus* efectos. El conde de Haugwitz, ministro de Prusia, quien reconoció haber sido francmasón, afirmó en el Congreso de Verona de 1822 que él se había encargado de la dirección de las logias de Prusia, Polonia y Rusia en.1777, y que había adquirido "la firme convicción de que todo lo que le sucedía a Francia desde 1789, la revolución, incluso el asesinato del rey, con todos sus horrores, no se decidió solamente en aquellos días, sino que venía preparado mediante reuniones, instrucciones y juramentos, y señales que descubren la mano que todo lo preparó y dirigió".7

El conde de Virieu, representante de la logia de los Caballeros bien hechores de Lyon, agregó:

"No os revelaré los secretos que traigo; pero lo que os puedo decir es que se trama una conspiración tan bien urdida y tan profunda, que será difícil que no sucumba la religión y el gobierno".8

L. de Poncins, *Las fuerzas secretas de la revolución,* p. 37

Tal y como lo aseguró el conde de Virieu, una vez que se desencadenó la revolución comenzó la caída del gobierno y la religión; debacle a la que contribuyó la pasividad del ejército francés, infiltrado también por la masonería. Los sucesos revolucionarios desde la toma de La Bastilla, pasando por el guillotinamiento de Luis XVI y María Antonieta, hasta el terrible periodo del "terror", son de sobra conocidos.

Tocante a la decisiva influencia de la masonería en la revolución, en cambio, pocos saben que más de 300 diputados de la asamblea constituyente que regía los destinos de la Francia revolucionaria eran masones, al igual que más de la mitad de los miembros de los Estados Generales posteriormente. Durante este periodo fue cuando se les reconoció a los judíos la ciudadanía francesa, para lo que mucho influyó la intervención de Mirabeau y el abate Gregoire. Por cierto, algunas fuentes antisemitas, que ponen en tela de juicio el origen judío de la masonería, sostienen que la admisión de los judíos en las logias data del congreso masónico de Wilhelmsbad, que se celebró por aquella misma época.9

A continuación del golpe de Estado de Napoléon el 18 de brumario de 1799,[10] la masonería se sumó por el momento al bonapartismo, y jun tos marcharon a la cabeza de Francia, hasta que el caudillo se coronó emperador y trató de independizarse de las logias masónicas, cuyas ac tividades políticas terminó por prohibir; aunque a la larga, la coalición antinapoleónica levantada por éstas, que contaban con el concurso de una gran parte de la nobleza europea, finalmente se impuso, y luego de la derrota de Napoleón quedó restaurada la monarquía. A partir de ese entonces, la masonería demostró que podía sobrevivir a cualquier cambio político. Un año después, cuando Napoleón regresó a Francia para resu citar el imperio, la masonería volvió a "doblarle la rodilla"; mas en cuanto éste fue derrotado definitivamente por la coalición europea, ahí estaba de nuevo la masonería colaborando con la restauración, mientras se pre

8 **Ídem.**

9 Véase N. Webster, *Revolución Mundial*, p. 26.

10 Napoleón también fue iniciado en la masonería, así como muchos de sus generales, además de 22 mariscales; entre ellos, Massena, Neurnonville, Bernadotte, Keller mann, Ney, MacDonald. Véase E. Lennhoff, *Los masones ante la historia.*

paraba para dar los golpes revolucionarios de 1830 y 1848, que dieron al traste con la monarquía.

Previamente al derrocamiento de Luis Felipe, el último monarca de la dinastía borbón, conociendo la amenaza que la masonería representaba para su régimen, había prohibido a los militares la entrada a las logias; pero la tardía medida era ridícula ante el creciente poder de la secta. Una vez depuesto Luis Felipe, la masonería, que oficialmente "no tiene nada que ver con la política", envió un oficio al nuevo gobierno provisional en los siguientes términos:

"Cuarenta mil masones, distribuidos en 500 logias, que no tienen entre sí sino un mismo corazón y un mismo espíritu, os prometen su concurso vara acabar la obra de la regeneración tan gloriosamente comenzada". 1

El inconveniente para este gobierno provisional, en el que de 11 ministros 9 eran masones, fue que la nación entre tanto eligió a una asamblea ajena a la masonería; desaguisado que condujo a una lucha entre las dos facciones, y que culminó con el golpe de Estado de Napoleón **III,** quien estaba ligado a las logias y se pronunció en nombre de la revolución en 1852.

El papel político jugado por la masonería en esta ocasión fue el mismo de siempre. Napoleón **III** tuvo el sostén de las logias mientras se sometió, pero en cuanto trató de recobrar su independencia éstas le retiraron su apoyo; la escisión definitiva se produjo en 1861. A partir de entonces, la masonería comenzó a trabajar por el derrocamiento del "hombre diciembre", "el bandido", "el asesino de la libertad", según lo llamaba Víctor Hugo —quien también fuera iniciado de las logias.

Una buena parte de la derrota definitiva del **II** imperio en 1870 se debió a la estrategia de la masonería, que exaltaba el patriotismo y con tribuía a incrementar el poderío de Alemania; al mismo tiempo que en Francia predicaba el pacifismo y se oponía a la reorganización del ejército por el mariscal Niel. El caso es que, con el hundimiento **de** la monarquía y el restablecimiento **de** la república la masonería pudo continuar con su obra inconclusa de 1789. Durante los primeros tiempos del nuevo régi

---

[11] J. M. Card. Caro, *El misterio de la masonería,* p. 139.

men su poder todavía no se había consolidado; no obstante, a raíz de las elecciones de 1877 la secta "invisible" acabó por adueñarse del gobierno de Francia, a través del cual comenzó a cumplir con sus objetivos, uno tras otro. En 1880, tres años después de que el Gran Oriente rechazó la creencia en dios y la inmortalidad del alma, en obediencia a las consignas emanadas de la calle Cadet, el gobierno francés decretó la expulsión de los religiosos como primer paso para el establecimiento de la enseñanza laica; la Iglesia católica fue despojada de sus bienes y finalmente se con sumó la separación entre la Iglesia y el Estado. Desde ese entonces difí cilmente existía acto de gobierno o legislación importante que no se decidiera previamente en los talleres masónicos, según sucedió en el caso de las leyes sobre el divorcio y la milicia.

Después de la revolución francesa, el otro acontecimiento planeado y dirigido por la masonería a gran escala fue la independencia de los Estados Unidos, aparte de las demás colonias de Iberoamérica. Acción dirigida también para debilitar el poder de la monarquía por medio de la eficaz intervención de las logias masónicas de Filadelfia y Caracas; ade más de muchas otras que constituyeron auténticos cuarteles generales, de donde procedían la mayoría de los mejores hombres de las guerras de independencia, como lo fueron en los Estados Unidos: George Washing ton, Benjamín Franklin, James Otis (joven abogado que defendió los de rechos naturales del hombre en un brillante discurso), James Madison (quien estableció las bases del nuevo Estado, junto con Alexander Hamil ton y John Marshall); Samuel Adams (quien pronunció un discurso a continuación del cual se inició el asalto a los barcos ingleses, acto de vio lencia con el que se inició la rebelión popular). Tampoco podríamos dejar de citar a Patrick Henry, "el orador de la revolución", y a algunos de los generales y voluntarios de Washington: Nathaniel Green, Sullivan, lord Stirling, Lafayette, Montgomery y Jackson, entre otros.

Por lo que se refiere a las colonias españolas, en éstas destacaron Francisco Javier Mina, Ignacio Allende y Juan Aldama en México.13

---

[12] La elevada cifra de diputados y senadores masones que en 1900 había aumentado a más de 400 asientos en el parlamento, explica por sí misma lo que la política signifi caba para la masonería.

[13] Respecto a Miguel Hidalgo, Ignacio Allende y Morelos, muchas fuentes —inclusive

En Venezuela, los principales caudillos fueron Francisco Miranda, Simón Bolívar (el precursor de la unidad hispanoamericana), Juan Antonio Páez (el "Caudillo de los llanos"), Diego Bautista Urbaneja (ministro del ejecutivo y primer gran maestro de la gran logia de los Estados Unidos de Venezuela), los libertadores José Francisco Bermúdez, Santiago Mariño y el doctor Félix Blanco.

Para no extendernos demasiado, citaremos a unos cuantos más: Marino, en Nueva Granada; O' Higgins, en Chile; San Martín, en Argentina; Montúfar, en Ecuador; Monteaguado, en Perú; Caro, en Cuba, y del Valle e Irrisari, en Guatemala. Es decir, en general los cuadros de mando del movimiento insurgente estuvieron en manos de la masonería, la cual maneja desde entonces la vida política del continente extraoficialmente. El Estado laico y el régimen republicano actuales representan el mayor triunfo político alcanzado por la masonería, empresa para la que fue necesaria una larga historia de guerras, sublevaciones, intrigas, crímenes y revoluciones.

En México la actividad conspiradora de las logias del rito de York, introducidas al país por el embajador Poinsett, entregó a los mexicanos a las ambiciones territoriales de los Estados Unidos, que se adueñaron de la mitad del territorio de su vecino del sur. Desde la guerra de independencia, apenas hubo acontecimiento político que no haya sido influenciado decisivamente por la masonería: la constitución de 1857, la de 1917, la revolución mexicana, la persecución religiosa. Para apreciar mejor la importancia que la secta ha tenido en el país, bastaría con tomar nota de la filiación masónica de la mayoría de sus jefes de Estado, incluyendo la de otros estadistas de los demás países, empezando por los Estados Unidos. La red revolucionaria de la masonería prácticamente ha sido cosmopolita.

Como presidentes iniciados en la masonería en los Estados Unidos destacaron Harry Truman, de acuerdo con Alec Mellor en *La encrucijada de la masonería;* Franklin D. Roosevelt, iniciado en la logia Holland número 8, según Julio Hoenigsberg en *Influencia revolucionaria de la ma-*

masónicas— los consideran como iniciados; sin embargo, de acuerdo con F. Navarrete, autor de *La masonería en la historia y en las leyes de México*, México, Jus,1957, no existe ningún documento para probarlo.

sonería en Europa y América; Mac Kinley, Taft y Harding fueron también afiliados a la orden, según E. Lennhoff en *Los masones ante la historia.*

Por lo que respecta a los presidentes de México iniciados en la masonería, éstos fueron numerosos: Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero, Antonio López de Santa Ana, Valentín Gómez Farías, Benito Juárez, Porfirio Díaz, Francisco I. Madero, Emilio Portes Gil, Venustiano Carranza, Adolfo de la Huerta, Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Manuel Ávila Camacho, Lázaro Cárdenas, Miguel Alemán, y casi todos los demás, de acuerdo con Félix Navarrete en su documentada obra *La masonería en la historia y en las leyes de México.*

Volviendo a la situación europea, la guerra oculta desencadenada contra los tronos y altares también aquí dio mucho de qué hablar, aunque en algunas partes actuó con menor virulencia. En Alemania la masonería se mostró adicta a los emperadores y procuraba apagar cualquier sospecha de traición, mas sin dejar por ello de alimentar su lucha contra el clero. A fines del siglo **XVIII** fueron inútiles los intentos de Francisco II para prohibir las logias masónicas. [14] De todas formas, la masonería alemana no se distinguió por una tendencia revolucionaria, especialmente después de la integración del imperio alemán bajo la hegemonía de Prusia. Hacia el fin de la **I** Guerra Mundial, no obstante que en una asamblea general de **1911** las grandes logias alemanas habían decidido que en lo sucesivo se abstendrían de toda manifestación política, éstas tomaron parte activa para organizar la revolución en el interior del imperio.

Además de la masonería alemana, las logias masónicas de Inglaterra también se caracterizaron por su escasa actividad revolucionaria y sus buenas relaciones con la corona, actitud pasiva, que no observaron fuera de sus fronteras; pues por paradójico que pareciera, a iniciativa de lord Palmerston (jefe de gobierno y gran maestro de la masonería), Ingla-

---

[14] Independientemente de esta tentativa de Francisco II, la persistente amenaza de la masonería para la seguridad de muchos Estados le atrajo numerosas prohibiciones. En 1735 la masonería fue puesta fuera de la ley en Holanda, y tres años después ocurrió lo mismo en Suecia y Ginebra. En 1740 le tocó el turno a la masonería de Zurich, que quedó prohibida, al igual que más adelante la de Berna en **1745** y la de Baviera en 1784. En España, Portugal e Italia también se adoptaron algunas disposi ciones contra la secta de 1783; así como las sucesivas prohibiciones en Austria en 1795, en Baden en 1813, y en Rusia en 1822.

terra declaró, ante el asombro mundial, "que ella cubriría con su protec ción todo levantamiento democrático". De esa manera la política del go bierno inglés —en manos de la masonería— apoyó y financió a la revolución francesa y a otros estallidos populares, como los que ocurrie ron en Brasil, Portugal, Holanda e Italia; en esta última, por cierto, el embajador inglés lord Minto proclamó la independencia nacional en ple no teatro.

Durante aquel tiempo, Londres se había convertido en el centro de la revolución europea, de donde partían todas las instrucciones y consignas. La ola revolucionaria y antimonarquista que se extendió por Europa parecía interminable. En donde actuó la masonería con el apoyo inglés, o sin él, el resultado fue el mismo.

En Italia las sociedades secretas encabezadas por Mazzini y Garibaldi condujeron a la unidad italiana y, posteriormente, durante la I Guerra Mundial, provocaron la entrada del país al conflicto con las potencias centrales; y así sucesivamente en los demás países, apenas había acontecimiento político en el que no tuviera que ver la masonería. En Portugal, en donde según Bodas Grainha, "fueron masones la mayoría de los hombres más importantes de las revoluciones religiosas, políticas y literarias de los últimos dos siglos", [15] el golpe de Estado de 1910 estuvo influenciado por la masonería. En España, en donde las logias conspiraron contra Fernando VII, la masonería quedó prohibida durante la restauración y en 1848 la orden destruyó sus archivos para evitar posibles persecuciones. A lo largo del siglo, hasta 1875, la masonería hundió al reino en una serie de revoluciones y motines sangrientos.

Lo más interesante de todo esto fue que esta ola revolucionaria, que amenazaba a Europa, poco a poco comenzó a dejar atrás las ideas de la revolución francesa; aun antes de que éstas terminaran por imponerse, para dar paso a otra concepción más avanzada: la revolución socialista, transición ideológica nada sorprendente para la masonería. Particular mente, si tomamos en cuenta la aceptación indiscriminada de las diver sas ideologías y doctrinas a las que ésta dio cabida. Según el materialismo histórico, la continuación lógica de la revolución burguesa

---

[15] **B.** Grainha, *Historia de la masonería en Portugal (de 1733 a 1912).*

es la revolución socialista, gran paso hacia adelante que la masonería decidió dar en la Comuna de París de 1871, la revolución comunista de Hungría en 1919, y más adelante, en la guerra civil española de 1936. La responsabilidad adjudicada por el antisemitismo a la masonería en la causa comunista, por lo tanto, no carece de fundamento; aunque en otros aspectos de esta teoría, que señala a los judíos como los autores de un complot internacional para adueñarse del mundo mediante la esclavización comunista, sus argumentos resultan menos convincentes.

Los hechos históricos prueban que los judíos y la masonería, independiente o conjuntamente, han contribuido a lo largo de la historia —decisivamente— para el triunfo del comunismo. Pero lo que no han podido comprender los partidarios de esta teoría del complot judeo-masónico es que el contenido político, histórico y cultural del comunismo tampoco puede reducirse a los detalles de un plan mesiánico adoptado por el imperialismo judío.

¿Mito o realidad?

Sí, NO CABE DUDA que ante el enigma planteado por los judíos tiene que llegar el momento en el que aparece la necesidad de una respuesta esclarecedora, aunque la índole del tema la vuelva tan dificil.

Desde el punto de vista histórico, no existen suficientes elementos de prueba para demostrar que existe un plan de acción judío para el control político mundial. Ahora bien, lo más curioso de esto es que desde la revolución francesa hasta el presente, la desproporcionada influencia del poder político y financiero de la judeo-masonería acabó por imponerse por el mundo; pero lo que más contribuyó a volverla sospechosa ante las acusaciones del antisemitismo, fue su acción frecuentemente oculta. ¿Cómo dejar de sospechar de una sociedad secreta a la que se debe todo un orden político y social, mientras que por otra parte ésta desconoce tener algo que ver con la política? Además, ¿por qué necesariamente la actividad política de la masonería tiene que desenvolverse en secreto y no a la luz del día? ¿Cómo es posible que las llamadas democracias de Occidente estén plagadas de políticos comprometidos ideológicamente con las sociedades secretas y a espaldas de las masas que los llevaron al poder? Y, todavía más, ¿cómo es posible que en los países ahora ex comunistas haya sido una minoría semita la que hizo triunfar el comunismo y

gobernara a la URSS sin que el mundo se enterara? ¿Cómo es posible que en pleno siglo XX, con todo y los medios masivos de comunicación dispo nibles, apenas estemos redescubriendo la historia de nuestros días? ¿Qué intereses han pesado tanto para ocultar a los ojos del mundo, quién es en realidad el que gobierna en el fondo?

Ante la escalofriante actividad clandestina de la judeo-masonería, éstas son algunas de las interrogantes que se han planteado durante décadas los divulgadores de la susodicha teoría del complot. Hipótesis que en realidad no resulta tan descaminada, pues si la falta de datos impide reconstruir esta historia en su totalidad, existe suficiente información como para justificar la sospecha.

Sobre la versión de los hechos difundida por los acusadores del judaísmo —es preciso reconocerlo—, la limitada información subsistente no es el único inconveniente de todo esto, pues el amarillismo y la superstición en los que tan a menudo se incurrió son otros agravantes que le restaron credibilidad al antisemitismo.

Finalmente, hablar de un complot internacional judío en la actualidad podrá parecer paranoico o gratuito, pero la poderosa influencia internacional ejercida por una minoría semita, aparte de su sorprendente discreción, no es un mito, es una realidad. De toda la literatura antisemita actual, esto es lo que hay que saber: *distinguir entre el mito y la realidad.*

BIBLIOGRAFÍA

ALEXANDROV, V, *El fin de los Romanov,,* Barcelona, Bruguera, 1972.

AMEN, S., BETTELHEIM, Ch., ARGHIRI, E. y PALLOIX, Ch., *Imperialismo y comercio internacional,* México, Siglo XXI (Cuadernos de Pasado y Presente, 24), 1981.

ARON, R., *Un siglo de guerra total,* Barcelona, Hispano-Europea, 1958.

— *Las etapas del pensamiento sociológico,* 2 tomos, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1987.

BABAN, P. A., *La economía política del crecimiento,* México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

BARNES, H. E., *Historia de la economía del mundo occidental,* México, UTEHA, 1980.

BETTELHEIM, Ch., *Las luchas de clases en la URSS* (primer periodo: 1917-1923), México, Siglo XXI, 1977.

BOCHACA ORIOL, J., *La historia de los vencidos,* 2 tomos, Barcelona, Ediciones Bau, 1976.

BORREGO, S., *Derrota mundial,* México, Impresos Aldo, 1963.

BOUSCAREN, A. T., *La política exterior soviética,* Buenos Aires, Huemul, 1963.

BRIAN-CHANINOV, N., *Historia de Rusia,* Barcelona, Luis de Caralt, 1955.

CARO RODRÍGUEZ, J. M., *El misterio de la masonería,* 336 p. (s / d).

COPLESTON, F., *De Hobbes a Hume,* México, Ariel (Historia de la Filosofía, 5) (Convivium), 1983.

— *De Bentam a Russel,* México, Ariel (Historia de la Filosofía, 7) (Convivium), 1983.

COSTON, H., *La Republique du Grand Orient* (La república del gran Oriente), París, Librería Francesa, 1978.

DIMONT, M., *Los indestructibles judíos,* México, Menorah, 1974.

DOBB, M., *Capitalismo, crecimiento económico y subdesarrollo,* Barcelona, Oikos, 1975.

DREYFUS, F. G., *Histoire des allemagnes* (Historia de los alemanes), París, Desfossés-Neogravure, 1972.

DUBNOW, *S.*, *Manual de la historia judía (desde los orígenes hasta nuestros días),* Buenos Aires, Judaica, 1944.

FERRO, M., BENTELI, M., MARGARIDO, A. y otros, *La historia (diccionarios del saber moderno),* 2 tomos, Bilbao, Mensajero, 1975.

FOUGEYROLLAS, P., *Ciencias sociales y marxismo,* México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

GAUCHER, R., *La oposición en la URSS* (1917-1967), Madrid, Luis de Caralt, 1971.

GóRLITZ, W, *La compra del poder,* Barcelona, Dopesa, 1977.

GÜNSCHE, K.-L. y LANTERMANN, K., *Historia de la Internacional Socialista,* México, Nueva Imagen, 1979.

GÜNTHER, N., *Las internacionales,* Barcelona, Luis de Caralt, 1964.

JOHNSON, P., *Tiempos modernos,* Buenos Aires, Javier Vergara, 1989.

KONSTANTINOV, F. V, *Fundamentos de la filosofía marxista,* México, Grijalbo, 1965.

LAZITCH, B., *Los partidos comunistas de Europa: 1919-1955,* Madrid, Ins tituto de Estudios Políticos (Ideologías Contemporáneas), 1961.

LEFEBVRE, **H.,** *Hegel, Marx, Nietzsche,* México, Siglo XXI (Filosofía), 1980.

LENDVAI, P., *L'antisemitisme sans juifs* (El antisemitismo sin judíos), París, Librería Arthéme Fayard, 1971.

LENIN, V I., "El Estado y la revolución", en *Obras Escogidas,* tomo II, Moscú, Progreso, 1960.

— "¿Qué hacer?", en *Obras Escogidas,* tomo I, Moscú, Progreso, 1960.

— "El imperialismo, fase superior del capitalismo", en *Obras Escogidas,* tomo I, Moscú, Progreso, 1960.

LENNHOFF, *Los masones ante la historia,* México, Diana, 1981.

LEÓN, A., *Concepción materialista de la cuestión judía,* México, Juan Pablos Editor, 1976.

MAGDOFF, H., *Ensayos sobre el imperialismo,* México, Nuestro Tiempo (Desarrollo), 1982.

MARX, C. *y* ENGELS, F., *La ideología alemana,* México, Cultura Popular, 1979.

— en *Obras Escogidas,* Moscú, Progreso (Tesis sobre Feuerbach. Mani fiesto del partido comunista. Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política. Salario, precio y ganancia. La guerra civil en Francia. Introducción a la dialéctica de la naturaleza. Del socialismo utópico al socialismo científico. Feuerbach y el fin de la filosofía clá sica alemana).

MEHRING, F., *Marx,* México, Grijalbo (Biografías Gandesa), 1960.

MOMMSEN, W J., *La época del imperialismo (Europa: 1885 - 1918),* México, Siglo XXI (Historia Universal, 28), 1978.

MONTGOMERY, H. H., *Stalin (Historia de un dictador) ,* Barcelona, Grijalbo (Biografías Gandesa), 1975.

NAVARRETE, F., *La masonería en la historia y en las leyes de México,México,* Jus, 1957.

PARKES, J., *Antisemitismo,* Buenos Aires, Paidós, 1965.

RAMOS OLIVEIRA, A., *Historia social y política de Alemania,* México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

SABINE, H. G., *Historia de la teoría política,* México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

SAINT-PASTOUR, *La Franc-macconerie au Parlament (Documents et* 71-*moignages)* [La francmasonería en el parlamento] (Documentos y Testimonios), París, Henry Coston, 1970.

SALÍS, J. R. de, *Historia del mundo contemporáneo,* 3 tomos, Madrid, Guadarrama, 1960.

SERRA y CAUSA, *Masonería al derecho y alrevés ,* 2 tomos, Barcelona.

SWEEZY, P. M., *Teoría del desarrollo capitalista,* México, Fondo de Cultura Económica, 1977.

TROTSKY, L., *La revolución traicionada,* Buenos Aires, Escorpio, 1964.

VALENTÍ CAMP, S., *Las sectas y las sociedades secretas,* 2 tomos, México, Valle de México, 1975.

WASSILEW, A. T. Ochrana, *Memorias del último director de la policía rusa,* Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1966.

XIRAU, R., *Introducción a la historia de la filosofía,* México, UNAM (Textos Universitarios), 1971.

Este libro se terminó de imprimir en octubre de 1994
en los talleres Unidos:

Al seno
411k hIroéghw•~41.1114

Juan A. Mateos No. 61 Col. Obrera
06800 México, D.F.
Tel. Fax. 761.03.98